

Carine Fernandez

Mil años después de la guerra

Dos hermanos, dos caras
de una misma historia



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Agradecimientos

Nota

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



Sinopsis

Miguel Carabajal, un solitario anciano, decide dejar atrás su pueblo en la provincia de Toledo y tomar, junto a su inseparable perro Ramón, un autobús hasta su pueblo natal, Montepalomas, al que no volvía desde el tiempo de la guerra. Pero todo en el pueblo ha cambiado: las aguas de un pantano inundan ahora las callejuelas y plazas de su infancia. Allí, Miguel hará un repaso de todo lo vivido: las aventuras de su niñez, con el apodado de *Medianoche* en sus espaldas, el asesinato de su hermano mellizo, *Mediodía*, por los falangistas, sus diez años en distintas cárceles, su primer amor, su matrimonio fallido y el suicidio de su hijo, entre otros. Carine Fernandez, hija de un republicano español exiliado en Francia, dibuja un viaje interior hacia la redención, a través de una revisión del pasado más oscuro en la historia de nuestro país.

CARINE FERNÁNDEZ

MIL AÑOS DESPUÉS DE LA
GUERRA

Traducción del francés de Rosa Martínez-Alfaro



*A Adèle, a Françoise y a Jules
A los hijos del exilio*

«No creo que exista un solo hombre que no haya tenido en la vida un momento de belleza. Ni uno. Ya sabes, el momento en que se aferra a su juventud, con ambas manos, ahí, cuando todo está en su contra, ardiente e inquieto como un animal, duro, con la sangre llena de ira y de canciones. Lo difícil es conservar ese momento.»

Défaite, GEORGES HYVERNAUD

1

Quiso a *Ramón* porque, de todos los animales de la creación, sólo él sabía sonreír.

Encaramado en sus cuatro patas, alto como un vulgar taburete, *Ramón* lo miraba meneando la cola, lo miraba con el ojo tuerto —el derecho, que parecía que lo tuviera amoratado por la mancha negra que le cubría parte del hocico—, lo miraba con aire contento. ¡Pues claro! ¡El animal sonreía!

Era uno de esos perros mestizos que sólo la insolente naturaleza es capaz de crear: un cruce de cocker y teckel que le había proporcionado unas orejas caídas y el tamaño de un chucho cualquiera. El pelaje, de tono bazo, entre gris y marrón, del color tipo «perro callejero».

Sus días transcurrían recorriendo las calles de Talavera de acera en acera en busca de sombra, deambulando a orillas del Tajo, descendiendo a toda prisa por las riberas de debajo del puente romano en ruinas para que *Ramón* se revolcara en la arena fina y lamiera el agua con alegría; después regresaban a Aldeanueva por la carretera principal: media legua de eucaliptos hasta el cementerio.

Ése era el nombre que los habitantes de la ‘población’^[1] de Aldeanueva le daban desde hacía mucho tiempo a la carretera: *Media Legua*, por la parada del autobús que daba servicio a los alrededores de Talavera. Pero ¿quién visita un pueblucho así? En realidad, nadie. El conductor que pasa volando por la vía rápida Madrid-Cáceres ni siquiera se digna a mirar la aldea, sino

que aprieta con fuerza el acelerador para no desperdiciar el viaje.

Aldeanueva nació en la posguerra y ni siquiera se había atrevido a lucir el título de *villa* o *pueblo*, no era más que un acantonamiento: hileras de casas bajas y adosadas cuyas cortinas de anchas rayas indias se inflaban con la mínima ráfaga de aire cargado de arena de la calle sin asfaltar. Las mujeres desvainaban guisantes en el umbral de las puertas, sentadas en sillas de madera rojiza minúsculas, o trenzaban cestos para la fábrica.

Daba la sensación de que aquello era México.

Era gente bajita, de extremidades toscas, nariz chata, voz ronca y pelo tupido. Pobres desde tiempo inmemorial.

Los vecinos se limitaban a saludar con la cabeza al viejo del perro cuando lo veían pasar con aquella cara de satisfacción, en la que, desde hacía años, se había instalado una sonrisa indeleble, surcada igual que las arrugas. Por obra del tiempo o del decaimiento interior. Una sonrisa falsa que no tenía nada de afable, ni transmitía la más mínima señal de simpatía o de simple humanidad. La misma sonrisa que la de su perro.

De todas formas, el viejo ya no respondía al saludo. Sería por la sordera o por la falta de razón, pero parecía que no entendía; posaba la mirada en ti, te atravesaba, se perdía a lo lejos, y proseguía su camino parloteando con su compadre de cuatro patas.

Tiene que atravesar todo el pueblo para llegar a su casa. Se toma su tiempo, ralentiza el paso, da zancadas más cortas que en la carretera principal. «Hemos llegado, *Ramón*, compañero. ¿Qué nos apremia? Nadie nos espera.»

No, nadie los espera en su vivienda de la calle San Cristóbal, una casucha con las persianas siempre bajadas, la última. A partir de ahí las construcciones humanas se interrumpen y se despliegan terrenos baldíos cubiertos de chatarra. Unas cabras negras pacen, aquí y allá, haciendo

cabriolas entre carcasas oxidadas para ramonear la mejorana escasa pero muy perfumada. A lo lejos se extienden la llanura del Tajo y las huertas hasta las primeras alturas de los Montes de Toledo.

El viejo abre el buzón. Hoy ha recibido correspondencia: la pensión de Ceramivera, la fábrica de cerámica en la que pasó treinta años echando leña a los hornos. Y, para su sorpresa, también hay un sobre con un sello pintoresco, azul y dorado, que exhibe, como una bailarina altiva, la Giralda de Sevilla. ¡Vaya, una carta de su hermana, Nuria!

Palpa el sobre con los dedos agrietados de tanto pico y tanta pala. ¿Nuria? ¿Qué tendrá que decirle si hace ya cinco años que no la ve, desde poco después del entierro de su esposa?

Empuja la puerta de entrada, nunca echa la llave, ¿qué podrían robarle? El hombre no es desconfiado, es que no le importa nada. «Me da igual», dice siempre que se ve obligado a hablar. Todo le da «igual». El tiempo que hace hoy, idéntico al de la víspera, los acontecimientos, la política, los sucesos, nimios o importantes, que comentan con amargura sus coetáneos... Todo le da igual, como si no se supiera qué suerte de nivelador cósmico lo hubiera allanado.

La carta lo intriga, pero no se apresura a leerla, se limita a dejarla en el aparador de la cocina, debajo de la foto de su hijo vestido de soldado, entre un desorden de servilletas sucias, saleros pegajosos y tapones de corcho.

A paso lento, se acerca al fregadero para llenar con agua fresca el bebedero de *Ramón*. Se arremanga para abrir el grifo de cobre y deja al descubierto un tatuaje curioso que le ensombrece el brazo derecho. El dibujo ocupa la cara interna del antebrazo. A pesar de la torpeza de la línea, se puede distinguir la cara de un joven de mandíbula prominente, orejas de soplillo y pelo corto pacientemente aplastado con la raya al lado.

El tatuaje es feo, aunque el modelo tampoco debía de ser muy guapo. Lo bonito es la juventud. ¡Nada puede despojar al tatuaje de una belleza adolescente que ha permanecido en el tiempo, indeleble, terrible, de mal gusto, invencible! Un tatuaje como el de un truhan o el de un lobo de mar, muy anterior a la moda del *body painting* y a los delirios barbaroestéticos de la juventud llena de *piercings*.

—¡Toma, chico! —exclama el viejo, poniendo el bebedero delante del perro—. ¡Has tenido una paciencia de santo! Y yo, que ya no me paro ni en el bar, también voy a tomarme con tranquilidad una cerveza para acompañarte.

Abre con el pie la puerta del frigorífico de los años sesenta, saca una San Miguel y tantea con la mano en el aparador en busca de un abrebotellas, aparta la carta, la coloca en el mismo sitio. Luego.

Hacia las siete se acomoda en el patio como todas las tardes para esperar la noche y el frescor que subirá de las plantas. Sus flores son su único lujo. Las cuida con tanto amor como a su perro, y éstas se lo agradecen.

¿Quién hubiera creído que una vez franqueado el umbral de la casa más insignificante de Aldeanueva, atravesado el lúgubre espacio común que hace las veces de cocina, salón y comedor, el patio cuadrado y rodeado por las paredes de las construcciones contiguas, desembocaría en un delirio de plantas extraordinario como un sol en el fondo de un pozo?

Un júbilo de claveles rojos y dalias amarillas, de geranios de hojas lustrosas y rebosantes de savia, de rosas de mayo que trepan enloquecidas por el vil cemento de la pared hasta arañar el tejado. Todo brota de tastos improvisados, de bidones de aceite de metal blanco o de recipientes de plástico reciclados entre los que serpentean mangueras perforadas con orificios ínfimos, una instalación de regadío fabricada con amor por el anciano.

Cada planta está destinada a recibir el gota a gota vital con una precisión y una diligencia clínicas. En el centro del patio, una cisterna metálica hace las

veces de depósito. El viejo le ha instalado un motor provisional que bombea el agua parsimoniosamente para dejar que se deslice, ligera como el rocío de abril, por los tubos de caucho amarillo.

El sol se zambulle en la sima del patio, templela el agua infundida en las venas de las plantas, se convierte en vida verde, en olores. Los perfumes hechiceros de la verbena, las adelfas rosas, las arvejillas y el jazmín se mezclan para nadie más que para el viejo y su perro.

Desde hace cinco años no acude ningún otro visitante que no sean los pájaros, las abejas y los gordos abejorros de cuerpo veloso, como unos parientes que se presentan a la hora habitual.

El viejo se sienta en un banco para fumar, se lía un cigarrillo mientras observa el juego de las abejas libando pistilos, sus pasos de danza en las corolas, el frágil insecto en una tensión extraordinaria, aferrado con violencia a la flor, concentrado en aspirar la vida.

El viejo chupetea el pitillo de tabaco negro con deleite. Los últimos años en vida de su mujer tuvo que privarse, fumar a escondidas en el bar o a la orilla del Tajo. «¡Con esa tos y los pulmones que tienes, que ni de asadura servirían para dar de comer a los gatos, y te vuelvo a pillar fumando! ¡Ay! ¡Qué cadáver tan bonito nos estás preparando!»

Pero el cadáver del viejo está vivito y coleando en su jardín encantado, y un pequeño halo azul, una aureola de felicidad, se eleva con cada calada sobre su cabeza canosa. Fue ella, Pura, la que se marchó al cementerio de golpe y porrazo de un infarto que la fulminó en plena calle mientras iba a por el pan. La mujer cayó muerta de repente, como si le hubieran disparado de lleno en el corazón.

¡El alboroto fue absoluto! Los vecinos la llevaron al hospital, al que llegó demasiado tarde con un corazón marchito, imposible de reanimar, que había

latido durante sesenta y cinco años. Sólo se pudo informar al marido de que se había quedado viudo.

Entonces, *Ramón* entró en su vida.

Nadie sabe de dónde lo recogió, pero un día le hizo cruzar el umbral como si de una nueva desposada se tratara. Se pisaban los talones.

Por *Ramón*, el viejo había renunciado a la partida de cartas en el bar, demasiado humo y barullo para el pobre chucho y, además, sus compañeros, tras los primeros años de jubilación en los que el cuerpo todavía se mantiene alerta y el espíritu vivo, se hundían ya en esas miserias corporales de viejo que agarrotan los huesos y el cerebro. Habían desertado de las mesas de los bares hacia el sofá frente a la tele, hacia la cama y, a continuación, hacia el ataúd. Las tisanas habían sustituido el chato de vino.

Con todo, echaba de menos a su viejo amigo Paco. La delgadez de un rocinante y los hombros algo arqueados, como si fuera a hacer una reverencia, excusaban la bella prestancia que debió de tener en su juventud. Paco, sumamente bonachón, siempre repartía monedas entre los chiquillos para que jugaran al fútbolín; Paco, que pese a estar casi ciego, no había abandonado las partidas de 'ronda'. Las cartas formaban hasta tal punto parte de su universo, casi de su propio ser, que aun con los ojos apagados podía adivinarlas. «¡Mira, un as de bastos! ¡Y ahí un diez de copas! ¡Que a mí no me la pegas!»

Nadie sabía si detrás de sus iris, enturbiados por las cataratas, quedaba alguna luz o si el ciego tenía dones de vidente desconocidos hasta entonces. Los compañeros de juego se apropiaban de aquel hecho para gastarle bromas trilladas con las que Paco jamás se ofendía. Citaban siempre al fundador de la ONCE, que, a pesar de su minusvalía, había creado un imperio financiero. ¡El ciego dotado de la mejor vista de España!

El viejo ignora si Paco sigue jugando a las cartas o si está en un asilo. Jamás ha preguntado por él, lo que no significa que no lo tenga en mente. Y aunque sabe que vive a dos pasos de allí, detrás de la farmacia, no se arriesga a llamar a su puerta.

Los hombres no se rebajan a hacer visitas de cortesía. Sería una vergüenza estar de palique en torno a una taza de café o simplemente de pie en el patio de la vecina.

Los hombres sólo se reúnen en el bar o en el cementerio, y Paco todavía no ha congregado a nadie a su alrededor. Seguro que sigue jugando sus partidas de 'ronda' mentalmente, a solas, en la cama de un hospital. El viejo ya no tiene bar ni amigos, tiene a *Ramón* y los treinta metros cuadrados de su patio.

En vida de Pura, ella era la que se ocupaba de las flores: unos cuantos tiestos de geranios enclenques que regaba todas las tardes con un chorrillo de agua que vertía con descuido de un cántaro de boca ancha. Con la cuerda de tender, de la que pendían camisas y delantales que restallaban como la bandera de la santa patria por encima del gallinero, no quedaba mucho espacio para las plantas ornamentales.

A Pura sólo le gustaba eso, sólo entendía de eso, de coladas y de gallinas. Cuando murió, el viejo se olvidó durante quince días de las aves de corral de ojos amarillos que le recordaban a su mujer y necesitó al menos tres para deshacerse de los cadáveres, que habían quedado reducidos a esqueletos, y limpiar el patio de la gallinaza acumulada.

Tras la muerte de su esposa, el viejo vivía en la anarquía más gloriosa, y comía con el perro en franco compañerismo. Para él, queso de oveja y chorizo, para el otro, sopas de pan. *Ramón* dormía en su cama, acurrucado directamente sobre la colcha; hacía ya mucho que se había deshecho de las sábanas.

El viejo tampoco se preocupaba por el jabón ni por la fregona, se cambiaba de pantalón dos veces al año, pero se movía como un gnomo endiablado por el entrelazado de su maravilloso sistema de riego bajo la verde bendición de las hojas.

2

Ahora ha caído la noche, y el viejo siente su espesura en las manos, una caricia fresca en la cara. Entra y enciende la lámpara de la cocina. La carta... El rectángulo blanco se recorta con autoridad sobre la formica turquesa del aparador. Se plantea dejar su lectura para el día siguiente, pues si su hermana ha esperado años para escribirle, bien podrá esperar una noche más.

Pero después decide que no, que la va a leer en ese momento para ahorrarse la curiosidad que, de todas formas, le reconcomería toda la noche como una chinche. Rasga el sobre con cuidado de no dañar el bonito sello justo cuando el primer grillo nocturno se pone a cantar.

La lectura de la carta promete ser costosa. Descifrar la mala letra de Nuria es una prueba para la vista, un acertijo para la razón. Se trata de la carta de una analfabeta. Su hermana casi no fue a la escuela, un año, no más, lo justo para aprender a leer, escribir y hacer las cuatro operaciones básicas. En casa de los campesinos pobres de antes de la guerra sólo los varones disfrutaban de una educación elemental. Las mujeres ya nacían para ser chachas. Se necesitaban para los quehaceres domésticos y para cuidar a los bebés; después, a partir de los ocho años, ya eran mayorcitas como para trabajar.

Nuria se las apañaba más o menos para leer y hacer cuentas, pero escribía con una pena infinita, como si dibujara, con un trazo tembloroso y unas letras grandes y deformes que se pegaban con desespero entre sí, pues no sabía

separarlas para formar una única palabra y mucho menos puntuarlas para crear una frase. De modo que la carta de Nuria era una cadena de caracteres amorfos que zigzagueaban locamente, sin margen, sin espacios, sin pausas, por toda la superficie del papel.

Para que se haya tomado la molestia de escribir, y de escribir tanto, tiene que ser algo importante. «¡Ay, querido hermano!», la carta rebosa de plañidos de la pobre vieja que él cree oír a través de la hoja que se estremece entre sus manos salpicadas de manchas.

¡Lo sabía! ¡No se había equivocado! Alguien había muerto. Nuria le informa del deceso de su marido, Matías Rivera, «*fanllecido*», como ella dice en un intento por sonar elegante, hace ya dos meses. No se lo había comunicado de inmediato porque en aquel momento ella también había caído gravemente enferma y tuvo que ser hospitalizada. Sigue la explicación confusa de las diversas dolencias de Nuria mezcladas con los lamentos por la muerte de Matías. A pesar de la parálisis, no había perdido la mala leche, y había que hacérselo todo al hombre, incluso limpiarle el hilo de baba que le caía de los labios. ¡Vale que estuviera parapléjico, pero la parálisis sólo le afectaba a las piernas, tampoco es que se hubiera quedado manco, caray! ¡Y, para colmo, era exigente! ¡Había que verlo! Caprichoso como un chiquillo y con accesos de ira imprevisibles. Al final, que Dios lo llamara fue más bien una bendición.

Nuria cita a Dios en su discurso, sin por ello haber puesto jamás un pie en la iglesia. En la familia eran anticlericales, aunque las mujeres no se habían decidido a abandonar la comodidad afectiva de las locuciones cristianas. *¡Dios mío!, ¡Por el amor de Dios!, Si Dios quiere, Vaya usted con Dios.* La divinidad, impotente y olvidada, permanece clavada en sus palabras como un Cristo en la cruz, de esas que suele haber en los cruces de las carreteras secundarias y que ignoran los conductores.

Bueno, Matías ha muerto y el viejo no lo echará de menos; no le dirigía la

palabra desde hacía una treintena de años. Ha olvidado las razones de la discordia, pero le da igual, era un cascarrabias, un maleducado con el prójimo. Un andaluz sin alegría, un antipático. Fue una suerte que regresara a Sevilla en los años setenta.

El viejo ya ha descifrado las tres cuartas partes de la carta, pero el final lo deja estupefacto. Su corazón se embala a cien por hora y tiene que releerlo varias veces para asegurarse de que lo ha entendido bien. Nuria ha tomado la decisión de acabar lo que le queda de vida con su hermano, ahora que se puede decir que están solos en el mundo, ¿o acaso no es verdad? Ella, con los hijos establecidos de forma definitiva en Alemania, y él, viudo; su hijo, que Dios lo tenga en su gloria, se suicidó a los veinte años vete a saber por qué. ¡La juventud es tan estúpida...! Ella se ocupará de la casa y de él, que seguro que lo necesita. Debe de estar hecho una porquería desde que está entregado a sí mismo, pero gracias a Dios, ella pondrá orden.

La terrible noticia estalla en la penúltima línea: Nuria anuncia su llegada el martes 7 de julio. Y estamos a 5.

Al viejo le entran unas náuseas repentinas, como si una mano invisible le removiera las entrañas. Un tumulto interior que le recuerda bruscamente que su cuerpo existe. Su cuerpo, ese compañero silencioso, vísceras e intestinos, frágil cañería orgánica, responde con una sacudida sísmica a las emociones traidoras.

Reconoce esa debilidad en el estómago, que no es otra cosa sino mieditis. *Ramón*, que lo mira con sus cálidas pupilas y una sonrisa recién desplegada, espera a que el viejo deje la carta en el aparador para frotarse contra su pierna. Ha notado el miedo. Su amo respira el mismo pánico que siente él cuando los chavales lo linchan con piedras afiladas. La carta sigue abierta, encima de la formica, blanca como el cuarzo.

Hacia las nueve y media salen de casa para dar un paseo nocturno. Las polillas revolotean alrededor de las bombillas de las farolas. El viejo atraviesa

los terrenos baldíos. El chucho trota delante del dueño, azotando con la cola la hierba seca. Se las da de chulo, de independiente, pero luego regresa muy rápido y le lame las manos ladrando como un descerebrado. Apenas se distingue la pista pálida del sendero. En el horizonte, el cielo se vuelve azul oscuro por encima de la línea entintada de las montañas.

Van paralelos a la nacional, donde los coches dibujan estelas luminosas. Caminan a través de la maleza hasta pasar la piscina que hay a la entrada de Aldeanueva. El bar, abierto por la noche, parpadea con neones rojos y verdes y brama con un sonido histérico que el ruido de las *mobylettes* sin tubo de escape de los jóvenes no logra solapar. El viejo proseguirá su camino hasta que lleguen la noche oscura y el silencio.

Al cabo de un cuarto de hora desemboca en un claro al borde de los campos de melocotoneros. El suelo forma un área circular tan lisa y sonora como la piel de un tambor. La luna acaba de salir, una luna gorda y llena que deja que una luz pálida se cuele entre las hojas. El viejo se sienta cómodamente en una tapia de piedra seca y se saca el tabaco del bolsillo.

Por fin se reencuentra con el silencio, que el cricrí de los grillos apenas perturba. Rodeado de árboles, impregnado de olor a tierra y a noche, se sumerge de nuevo en el tiempo original. Ahora, en ese momento. Sabe que, con la llegada de la hermana, el tiempo se ha puesto en marcha, el tiempo de la vejez, que lo conducirá sin sorpresas a la muerte, mientras que él ha vivido los últimos años con *Ramón* en una feliz atemporalidad, en un presente eterno, el tiempo de unas vacaciones largas o del amor. Y mira por dónde ha caído en la trampa.

Ya se imagina la vida que ella le prepara, con comidas a horas fijas y regadas con televisión. La casa limpia con agua abundante, sin microbios, pero en adelante invadida, llena de voces insoportables, la voz de Nuria, la de las vecinas que vendrán de improviso con sus labores y sus chismorreos, la de los concursos y las novelas estúpidas de la tarde.

Su hermana se apoderará de la habitación de Manuel, su hijo, acostará su carcasa de vieja gruñona en la cama de madera blanca que conoció los sueños de un joven, tan esplendorosos que no pudo sobrevivir a ellos. Ella en la cama de Manuel... ¡Le parece una profanación!

Adiós a los cigarrillos liados en el patio, adiós al patio, adiós a las sardinas y al pan mojado directamente en el aceite de la lata, adiós a la vida ligera, adiós *Ramón*. ¡Oh! ¡Ya se imagina la guerra que Nuria le declarará a la pobre bestia! Odia a los animales, sólo los soporta disecados en las estanterías.

Sí, combatirá a *Ramón* con las mil miserias nacidas de su cerebro de malvada ignorante hasta la capitulación, hasta la inyección del veterinario. El viejo vuelve a sentir el miedo que creía haber dejado atrás, lejos ya. Se parece como dos gotas de agua al terror que sentía de joven, durante la guerra, en tiempos del sometimiento en los campos. La juventud ha desaparecido, pero el miedo no, sigue ahí, despojado de fantasmas, un vulgar canguelo de anciano al que quieren volver a amarrar al yugo.

El viejo monta en cólera. De eso nada, se escapará. ¡Al diablo con Nuria, sus zapatillas desgastadas y su potaje de garbanzos! No defiende su vida, defiende su libertad. Y su libertad tiene un ojo rodeado de negro y una sonrisa milagrosa. Su libertad se llama *Ramón*.

3

Esta vez sí que piensa en echar la llave antes de irse. Ha pasado la noche sin pegar ojo. Al alba, mete tres prendas en una bolsa de viaje y coge sus papeles y la libretita con espiral de la que nunca se separa. Añade un bebedero y llena una botella del grifo de la cocina. No corta la luz ni el agua para que el sistema de riego pueda seguir funcionando en su ausencia, de cinco a siete días. Es lo que ha estimado. Al menos así intentará ganar el tiempo necesario hasta que la amenaza se haya alejado.

Toma el autocar en la parada de la Media Legua para ir al centro de Talavera. Es tan poco habitual que haga algo así que las chismosas que esperan con sus cestas vacías para ir al mercado lo escrutan con curiosidad. «¡Sí que debe de estar pachucho ese viejo correcaminos para verse obligado a tomar el autobús!» «¡Toda la vida lo hemos visto trotar con más agilidad que su chucho o que cualquier animalucho de cuatro patas!»

El viejo no se toma la molestia de saludar, la sonrisa que surca su rostro le sirve de buenos modales y le evita incumplir con el prójimo. Ya no se siente obligado a hablar, su boca torcida le sirve para dar los buenos días y las buenas noches. Desciende en la plaza del Prado, frente a la entrada del jardín público. Bajo el sol matinal, el pórtico resplandece con todos los amarillos y azules de la cerámica talaverana. A esas horas, los jardineros ya han regado los macizos de plantas, y los bojés se estremecen cubiertos por una brillante capa de gotitas.

Se anuncia un caluroso día de verano, un día en el que lo mejor sería

estirar las piernas en un banco de piedra al fresco de las alamedas mientras se escucha el murmullo de las fuentes. Con todo, el viejo deja el jardín a la derecha y se apresura hacia la estación de autobuses.

En los carteles luminosos del vestíbulo mira las líneas para Madrid, Toledo, Valencia, Sevilla, pero, aunque busca de columna en columna, no encuentra ni Cáceres, ni Ciudad Real. El viejo espera a que se quede libre una taquilla para preguntar al empleado:

—¿A qué hora sale el autobús a Fuente del Fresno?

El joven enarca una ceja, adornada con un *piercing*, como si le hubiera preguntado por el autocar que va a la Patagonia.

—¿Fuente del Fresno? Nunca he oído ese nombre. ¿En qué ruta está?

—En la de Ciudad Real. Bueno, por allí pasa una ruta que va a Ciudad Real. Está en Extremadura, al lado de Castilblanco.

—¡Castilblanco! ¡Haberlo dicho antes! Sí, hay un autobús que para allí, que hace la línea de Ciudad Real, sale a las diez. ¿Quiere un billete?

—¿Acaso estoy aquí para otra cosa?

—¡Vamos, no se ponga nervioso, abuelo! ¿Le aplico la reducción de estudiante?

—Mejor la de las canas.

—Para la tercera edad hay un treinta por ciento de descuento. Serán dos mil pesetas.

Con el billete en el bolsillo, todavía le queda una hora y media para resolver lo que no le dio tiempo a hacer la víspera. Va al banco, La Caixa, situado en la plaza del Reloj, y saca cien mil pesetas.

Casi nunca ha llevado encima semejante cantidad de dinero. Cuando le dejan el fajo de billetes en el mostrador, los mira confundido y pide dos sobres. El empleado le responde con aire divertido:

—El año que viene ocuparán menos. En dos mil dos pasaremos al euro. Sólo billetes grandes. Deberá deshacerse de las pesetas que tenga escondidas

debajo del colchón.

—¡Ay! —Suspira el viejo—. ¡Sólo me faltaba eso! Seguro que no me acostumbraré a la moneda nueva.

—Por las buenas o por las malas, no habrá más remedio, todos nos acabaremos acostumbrando. ¡Cambiamos de época!

El viejo no responde, ocupado en distribuir los billetes en los dos sobres; el más fino lo mete en la cartera y el más gordo lo camufla en el fondo de la bolsa de viaje, debajo de los calzoncillos.

Sale del banco y mira a su alrededor asustado. ¿Y si un alma malintencionada se hubiera fijado en él a través de los cristales azulados de La Caixa mientras se embolsaba el botín...? Todavía le da tiempo a entrar en un supermercado para comprar un paquete grande de pienso de perro que encasqueta en la vieja bolsa de viaje, embutiéndolo tanto como puede. La cremallera amenaza con romperse. Tiene sudores fríos cuando piensa en el fajo de billetes que descansa en la bolsa y que se esparcirían entre los calzoncillos, los calcetines y el resto de los bártulos si el cierre cediese.

A las nueve y cuarto, el viejo ya está en las salidas, esperando el autobús de Ciudad Real en la vía que le han indicado. El andén está desierto, es el primero. Se planta delante de los carteles publicitarios que llevan a Granada o a Santiago de Compostela al igual que los de los asientos de Lineabus, como subidos en una nube, mientras su autocar acaba de maniobrar para estacionar. Ya en la parada, el conductor no hace ademán de bajar, sino que se queda al volante anotando algo en una carpeta. Al cabo de cinco minutos acciona la apertura de puertas. El viejo sube enseguida y enseña el billete al conductor.

—Esto es un billete para una sola persona —le espeta el tipo, clavando la mirada en *Ramón*—. ¿Y el perro?

—¿Tendría que haber reservado plaza para el perro? —responde el viejo aterrado.

—Pero ¡qué dice! Transportamos ancianos, enfermos, recién nacidos y

minusválidos, pero bestias aún no. Lo siento, pero no puede subir con el perro. Los animales están prohibidos.

La sonrisa del viajero se crispa, empalidece, como una cicatriz endurecida. ¿Abandonar a *Ramón*? ¿Acaso ese hombre bigotudo y encorbatado que arrastra un paquidermo acristalado por las carreteras de Castilla-La Mancha sabe lo que dice?

El viejo mitiga el acceso de ira que le sube a la cabeza y, al contrario de lo esperado, le sonrío con su mueca eterna, se rompe poco a poco, con gestos ralentizados se quita la gorra para limpiarse el sudor de la cabeza con un pañuelo de cuadros, se rebaja, y encuentra en su mente alarmada recursos de elocuencia que desconocía.

—Vamos, amigo, podrías hacer un esfuerzo si quisieras. No te pido que contravengas el reglamento, nada de eso, pero déjame que te diga una cosa. Sé que los animales están prohibidos, pero este perro es más persona que cualquiera de tus coetáneos; no es un perro, es un prodigio. ¡Muy dulce, muy inteligente! Te aseguro que no lo oirás, que no moverá ni una oreja en todo el trayecto. Y, además, toma, te pago su plaza si quieres. Mil pesetas para ti.

El viejo saca de la cartera los billetes nuevos, anchos y lisos como décimos de lotería. El conductor no alarga una mano, no guarda furtivamente el dinero en la caja, se limita a responderle con humor:

—¿Por quién me toma?

—Mil perdones —balbucea el viejo avergonzado.

No ha obrado bien, corre el riesgo de que el tipo lo acuse de querer sobornarlo. Agacha la cabeza y se dispone a bajar del autobús a toda prisa cuando el conductor le dice con tono más calmado:

—Venga, deme el dinero y ocupe los dos asientos del fondo. Si alguien se percata del perro y se queja, diré que es ciego; es el único caso previsto en el reglamento. ¿De acuerdo? No llame la atención e intente hacerse pasar por discapacitado. Pero, se lo advierto, al más mínimo alboroto de su prodigio, se

aprearán los dos en la siguiente parada.

A las diez en punto el autocar arranca, con sólo una tercera parte de los asientos ocupada. El viejo se acuerda del último coche de línea que conectaba los pueblos antiguamente, una furgoneta estrepitosa que se inclinaba en las curvas, rebosante de carne sudada, gritona, que no paraba de cantar, que se aseaba poco, que se hacinaba bajo la pirámide de maletas acoplada en la baca.

Era otro mundo, otra España, otro siglo. Hemos entrado en el año 2000. Hoy, las gargantas ya no vociferan su dicha o su desesperación, se han tragado sus canciones y se limitan a escuchar las de los demás, las de los profesionales; ya no se canta por la carretera ni por la amistad. Cada uno enciende la radio de su coche en los trayectos en solitario.

España se ha convertido en un país de propietarios a crédito. Todo el mundo tiene un piso en bloques de ladrillo rojo y un coche nuevo aparcado abajo. En autocar ya sólo se desplazan las amas de casa, los adolescentes y los viejos como él.

Ramón está tranquilo, sentado al lado de la ventanilla; es la primera vez que va de viaje. Ha comprendido inmediatamente que no debe quedarse en el pasillo olisqueando por debajo de los asientos, sino que su lugar estará, en adelante, en el hueco de su asiento mullido. Se acurruca mecido por el runrún de las ruedas, como en una cesta encantada, con una mano de su dueño posada en un costado, una mano ruda de obrero de articulaciones gruesas, cálida y ligera como un soplo de vida.

Una vez franqueado el Tajo, el autocar deja la exuberante llanura de Talavera para subir por las tierras montañosas plantadas de olivos y almendros. Por fin, tras el tapiz monocromo de los campos de maíz y los postes metálicos de los sistemas de regadío intensivo, aflora la tierra arenosa que derrama sus

tonos ocres en cada curva. La región de la tierra seca, la región leonada, recupera sus derechos.

El autobús se encamina hacia el suroeste. En veinte minutos, las brumas temblorosas del bochorno han disipado los últimos rastros de agricultura industrial. De repente, el viejo se siente más ligero. Acaricia la cabeza de *Ramón* con su mano huesuda, que el aire acondicionado ha congelado como a una rama en enero. Ya está, la Nacional 502 ya no es aquella herida de asfalto rectilíneo que se perdía en el horizonte, ahora serpentea con suavidad por las colinas. El viejo suspira de alegría, le gustaría aspirar las montañas y la maleza a pleno pulmón. Piensa que en el exterior, a cuarenta grados en verano, el aire debe de oler a otra cosa y no a ese hedor a cerdo que apesta todo el valle. Aunque después de tantos años ya se ha acostumbrado.

Enseguida saldrán de la provincia de Toledo para entrar en Extremadura, en las tierras de la jara, embriagadora como el árbol de la mirra, tan seca y rojiza que parece a punto de arder en la misma mata.

El viejo ve desfilar el paisaje por detrás de las orejas levantadas del perro, lo que le hace el camino doblemente placentero. Los pueblos enjalbegados de cal, los pequeños bancales de trigo romboidales entre olivares, chaparros, alternando el dorado y el verde metálico, se dibujan en la *U* que forman las orejas de *Ramón*, como si el animal le abriera la puerta de la tierra de sus antepasados.

Todavía pueden verse algunos cortijos blancos con contraventanas verdes y techos de tejas romanas dispersos en la lejanía. Cada vez más espaciados, cada vez más escasos. Enseguida sólo habrá ‘campo’, encinas pequeñas bailando en la hierba quemada, tapias de piedra seca y ovejas acarradas como grandes piedras plantadas en un desierto.

Su mirada se pierde, se pega al grano rojo de la roca corroída como una costra de sal en el borde blanco de los barrancos lejanos. Ha olvidado sus extremidades pesadas, su cuerpo enorme se aligera, se vuelve aéreo. La respiración se le acompasa al ritmo de la de *Ramón*, encogido en una bola caliente contra su muslo. El anciano siente cómo la lamparilla de su

conciencia titila como un farol en el mar.

Ha debido de quedarse dormido antes de Alcaudete, pero como nadie baja, el autocar sigue la marcha sin hacer la parada.

El viejo se despierta con la llamada del conductor, que anuncia Belvis de la Jara. No reconoce la entrada del pueblo. Una llamativa estación de servicio con columnas rojas ha colonizado el cruce en el que anteriormente se erguía la antigua ‘posada’, la hospedería de viajeros. Una decena de pasajeros bajan en la plaza, bulliciosa y animada cerca del mediodía. La furgoneta del vendedor ambulante es el centro de atención: unas amas de casa con delantales estampados la asaltan para regatear los precios de las sandías y las lechugas.

Belvis es la puerta de entrada a la montaña; ahí empiezan los ‘latifundios’, tierras silvestres que parecen no pertenecer a nadie pero que son propiedad de uno solo, hectáreas de pedregales enteramente vallados con alambradas, llenos de encinas verdes, por los que corretean liebres y culebras, tierra de cazadores con olfato de jabalí. De vez en cuando aparece un letrero: COTO PRIVADO DE CAZA.

En la segunda parada, Sevilleja, baja una mujer gruesa con sus cuatro hijos endomingados y todo su barullo. Entre Belvis y Sevilleja, a la mujer le ha dado tiempo a entablar amistad con una señora de gafas y pelo entrecano al otro lado del pasillo. Hablaba con una voz sonora, como si la otra estuviera al fondo del autocar y no a veinte centímetros de ella, de manera que todo el mundo ha podido disfrutar de sus historias familiares, de los nacimientos y los matrimonios, de los menús de boda detallados hasta la indigestión mientras los chiquillos se atiborraban de paquetes de caramelos y tiraban los papeles debajo de los asientos. Con su marcha, el autobús parece medio vacío, y el viejo se da cuenta de que esas conversaciones le han infestado la cabeza sin su consentimiento.

¡Ya verás, *Ramón*, qué bien estaremos ahora! ¡Por fin! El viejo estira las piernas y suspira. Se deja llevar por la contemplación del paisaje, sin contrariedades, sin amenazas, en la suave espiral del silencio sólo arañado por los chirridos de las ruedas y el murmullo del aire acondicionado. La película muda se proyecta por detrás de las orejas del perro, con el decorado silvestre donde en otro tiempo el anciano fue figurante.

El asfalto negro muerde a lo ancho la tierra parda. La Nacional, de doble sentido, se eleva progresivamente, se recorta en las curvas del relieve, donde el viejo todavía puede distinguir el serpenteo de la carretera antigua, una banda fina gris perla que permanece pegada, por aquí y por allá, al flanco de la montaña.

El viejo ya había pasado por aquella carretera antigua en la que dos coches se cruzaban con dificultad antes de la existencia de las líneas de autocar, e incluso antes del asfalto. Bajo el mismo sol, bajo la misma maldición de mediodía.

4

Con los tobillos encadenados, apretujados los unos contra los otros, de pie, con la cabeza descubierta en camiones sin lona, una masa gris de detenidos descendía por el puerto envuelta en una nube de polvo. Les habían arrancado las camisas blancas y los pañuelos rojos de milicianos, no eran más que tobillos ensangrentados y sudor acre. Esteban, Aurelio, Basilio, Tomás, y tantos otros, toda la juventud republicana de la provincia.

Los fascistas habían arrasado todos los pueblos a la redonda y arrastraban su cohorte de condenados encabezada por los todoterrenos militares que circulaban al paso para que toda la montaña se conmoviera y se estremeciera con el ejemplo, a un paso tan lento como el que llevaban las legiones romanas dos mil años antes por la vía de Mérida a Segovia.

El agotamiento, tan intenso, tan pesado. Puro dolor superado por el cuerpo que se mantiene tieso, de pie en el camión, soldado al compañero de aquel infierno, un cuerpo que sigue resistiendo, que sigue avanzando, sin alma. El alma muerta. Sólo los ojos se desvanecen, la garganta está en llamas, la mente hirviendo, como si toda la sangre febril del pobre cuerpo se hubiera subido a la cabeza. Nadie se quejaba de sed, ni de dolor, nadie confesaba tener miedo.

—¡A este paso no llegaremos a Talavera ni en ocho días!

—¿Quién te ha dicho que nos llevan a Talavera?

—¿Acaso no es ése su cuartel general desde el treinta y seis? ¿Adónde te

crees que nos llevan? ¿A Madrid, quizá? ¡Anda ya! ¡Madrid no ha caído, y nunca caerá!

—Pues yo he oído a uno de los guardas gritar: «¡Al Alberche!».

—¿«Al Alberche»? ¿Es que no nos ahogarían igualmente en el río?

—¡Agua! ¿Por qué te quejas del agua? Nos darán agua a cubos llenos para que nos exploten los pulmones, y yo no pienso rechazarla. Me sumergiré dentro, con la cabeza por delante.

Los que están al lado del gracioso se desternillan, los del fondo del camión los miran con aire hostil. ¿Hay que tomarse a broma el camino al cautiverio?

—No, en el Alberche no hay playa, es un campo. Me lo han dicho.

—¡Sí que sabes, tú! ¡Cosa que no me sorprende! ¿No eras el maestro de escuela de Herrera del Duque? Me parece que te vi cuando fui a las fiestas de San Antonio.

—Sí, el padre de un alumno me ha denunciado.

—Hay gente mala en todas partes.

—En estos momentos salen de sus agujeros como los caracoles rayados después de la lluvia.

—¿Y tú, chaval, de dónde eres?

Se dirigían a él, a Medianoche, conocido en el pueblo con ese apodo, a él, el viejo, que en aquella época apenas tenía diecisiete años y todo el candor de un chiquillo de cara achatada y tosca.

—Como ellos, de Montepalomas.

—¿En vuestro pueblo han ejecutado a alguien?

—Mataron.

Eso dijo. Las palabras ‘*han matado*’ salieron de su boca, una boca juvenil que hasta entonces sólo se había reído con franqueza, a mandíbula batiente y sin rencor, mientras que ahora en su cara de octogenario lucía el estigma terrible de una sonrisa desgarrada. *Han matado*, palabras para una acción cometida a ciegas. Sin explicación. Sin objetivo. ¿Quién mató a quién? ¡Qué más daba! ¿Tenía sentido? ¡Habían matado, matado, matado! Sin piedad. Sin remisión.

Y el ansia por asesinar era inagotable.

«¿Qué has hecho de tu hermano?» En su cerebro en llamas latía esa pregunta. Cuando Caín regresó del campo sin Abel, Yahvé le preguntó: «¿Qué has hecho de tu hermano?». «¡Eh! ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?», respondió Caín.

Un recuerdo de las clases de catecismo de antes de la Segunda República, de antes de la gran expulsión y del odio a los curas que lo acometió cuando le creció la barba y se concienció de que era un hombre libre.

Pasó tres días en el cuartel de la guardia civil después de ser arrestado. Con cada bofetada que le asestaban, le hacían la misma pregunta: «¿Has asaltado la iglesia con tu hermano? Venga, lo mejor que puedes hacer es confesarlo». Por más que respondiera que no, «no he sido yo», «se equivoca», «yo nunca he saqueado el altar ni he mutilado a los santos», todo resultaba en vano, las evidencias estaban de su lado. Y aquellos hombres de camisas azules se jactaban. ¡Ay! ¡Con qué menosprecio y con qué seguridad hablaban! «Te hemos visto salir de la sacristía, a ti o a tu maldito gemelo, el Medianoche o el Mediodía, lo mismo da que da lo mismo.»

Las preguntas, los golpes, los toques a rebato resuenan en su cabeza. Los doce toques para que el demonio se llevara a Medianoche y a Mediodía, los gemelos de Montepalomas.

5

El viejo contempla el paisaje por la ventana del autocar, pero, por mucho que se fije, ya no reconoce nada. El rastro de la antigua carretera ha desaparecido y, como una herida prodigiosa en la montaña, la nueva vía se abre paso entre dos paredes de color óxido, rayadas de estratos geológicos. La ordenación del territorio ha cortado impecablemente el monte bajo silvestre, lugares olvidados por el hombre por los que nadie pasaba antes, excepto el pastor y su rebaño.

En Belroca, el conductor anuncia una parada de quince minutos. El viejo baja con *Ramón* para vaciar la vejiga y echar un trago. Se olvida de hacerse el ciego. ¿Acaso le preocupa a alguien? Los pasajeros son buena gente que no estaría dispuesta a quejarse del perro; *Ramón* se ha comportado como un auténtico santo.

En el bar El Frenazo pide una cerveza, un bocadillo de calamares y una botella de agua. Vacía la mitad de la botella en el bebedor que saca de la bolsa. Y mientras *Ramón* lame contento el agua helada, el viejo se lía el primer cigarrillo del viaje a la espera de que le preparen el bocadillo.

El bar conserva el frescor de los antiguos cafés sin aire acondicionado en la penumbra de las contraventanas cerradas. Dentro, todo el mundo fuma. Acomodado en una mesa al fondo, el viejo tiene la impresión de ver las cosas a través de un cristal empañado. Se puede palpar la densidad del aire, sólo removido por las palas del ventilador de techo que fustigan los cúmulos de

humo como las aspas de un molino de miniatura. Por las cuentas de madera de la cortina de la entrada refulgen los rayos de luz, salpicando la penumbra como el polvo de oro en el fango.

La televisión retransmite el tour de Francia. Los comentarios de la clientela resuenan, eufóricos, ante aquellos sacrificados de tendones hinchados, aquellos pobres afanosos en maillots llenos de publicidad que salvan el puerto del Tourmalet a pedaladas. Y si un viajero acepta el atrevimiento de beberse un trago a la salud de Indurain, enseguida se le trata como a un cliente habitual.

Al viejo, el ciclismo le importa un comino; nunca en la vida se ha subido a una bicicleta, es tan incapaz al manillar como al volante. Tiene fobia a las ruedas. No se fía; ni siquiera ha hecho el esfuerzo de intentarlo. Le bastan los pies para llegar allá adonde *Ramón* pueda llegar.

Una camarera policromada con una melena rosa y malva sorprendente, que le recuerda a una cacatúa, una chica exóticamente moderna, le pone el bocadillo delante: media barra de pan. Por el lateral abierto sobresalen unos gruesos calamares a la romana que todavía crepitan. El viejo entreabre el pan y, con los dedos, de uñas amarillentas, coge un aro rebozado, que está ardiendo, y se lo lanza a *Ramón*. A continuación, otro, y otro más. El perro atrapa el calamar al vuelo y lo devora en un santiamén, con los labios colgantes y el hocico en punta a modo de interrogación; el glotón reclama el siguiente y presiona con la pata la rodilla de su amo si los calamares tardan en llegar.

—¡Ya basta, querido, ya no hay más! Más tarde te daré pienso.

Contento, el viejo muerde con hambre el bocadillo vacío.

La camarera malva se acerca con el ceño fruncido y las plumas desplegadas. Una perla de plata clavada en la nariz le brilla ferozmente en la pequeña nariz arrugada.

—¿Tan repugnantes son mis calamares que se los da de comer al perro?

—¡Al contrario! ¡Están tan ricos que se los doy a esta criatura! No es un perro cualquiera.

—¡Ah! Claro, ya decía yo que parecía un buen chucho, pero sin pedigrí.

—¡No sé qué es eso! Pero con pedigrí o con lo que quieras, se llama *Ramón* y es mi compañero, para que lo sepas. Mi semejante.

La chica se aleja encogiéndose de hombros; es verdad, esos dos se parecen, tienen la misma sonrisa idiota en sus caras de acelga.

El conductor, acodado en la barra, pide la cuenta dirigiéndose a la concurrencia, es la señal de que se van. El viejo agarra su bolsa y sube al autocar, que, por fin, lo deja en Castilblanco a las tres de la tarde.

No hay transporte para recorrer los doce kilómetros que separan Castilblanco de Fuente del Fresno, pero el mecánico hace las veces de taxista. Es lo que el dueño del bar La Siberia le ha dicho. Que espere un instante, que lo va a llamar para ver si está disponible. Vale, el taxi llegará en media hora. Mientras, el viejo saborea una cerveza fría vigilando la calle por la ventana hasta que ve llegar un Ford gris que aparca a la sombra de un toldo de palma. Un joven sombrío, con camiseta y pantalón negro, gorra echada hacia atrás y el mentón oscurecido de barba, baja del coche dando un portazo. Se parece al ángel de la muerte.

Un ángel que sabe hacer negocios. De acuerdo, acepta la carrera hasta Fuente del Fresno a pesar de ser la hora de la siesta y de que tenga que cambiar una junta de culata antes de que acabe el día. Después de enumerar los sacrificios que se dispone a hacer, el taxista aficionado informa de la tarifa al viejo, quien la considera desorbitante, pero no trata de discutirla. ¿De qué serviría? En adelante, ¿qué seguirá teniendo valor? Hay que pagar, pagar, sea la cantidad que sea. Es el precio de regresar a su tierra.

Se ponen en marcha cuando las cigarras chicharrear en el sopor de la tarde. La carretera comarcal, no más ancha que un camino, se eleva suavemente a la sombra de los altos pinares. A través de las ramas, una brisa ligera insufla un frescor inusual en verano en esta región. El viejo no reconoce la comarca del Fresno. ¿Dónde están los alcornoques y los olivos?

—¡Hijo, con tanto pino, esto ya no parece Extremadura, cualquiera diría

que estamos en la Costa Brava!

El ángel negro sonrío por la estupefacción de su pasajero.

—Usted no es de aquí. Pero no se equivoca, ahora esto parece el Mediterráneo. Y eso que la comarca se llama *La Siberia*. Antiguamente, antes de la construcción de los pantanos, te morías de frío en estas montañas. Espere a ver el embalse cuando estemos en la otra vertiente del puerto: un mar turquesa hasta donde alcanza la vista. Los que veranean en Cataluña no tienen nada que envidiarnos. Después de la llegada del agua, las colinas que se quemaron se reforestaron con pino marítimo que crece en menos de dos años y que reporta un dineral. Bueno, al propietario por supuesto. Todas estas hectáreas siguen perteneciendo a dos o tres caciques. De todas maneras, el verde es bueno para el turismo.

—¿Ah, sí? ¿Hay turistas?

—Sí, bueno, no muchos. Algunos burgueses de Madrid que se han construido chalets en las alturas. Pero, sobre todo, lo que hay aquí son cazadores y pescadores que se hospedan en el hostel o alquilan casas del pueblo cuando vienen con la familia. ¿Dónde se queda en Fresno? ¿Va al mismo pueblo?

—Sí, déjame en el hostel que me acabas de decir.

—Buena o mala, no tiene elección. Para alojarse sólo hay ese hostel de cazadores y algunas habitaciones en casas particulares, pero para eso tendrá que preguntar allí mismo. ¿Viene por una boda o por un entierro?

—A mi edad, llueven más bien los entierros, pero esta vez no, ni por lo uno ni por lo otro.

La extraña sonrisa se congela de nuevo en el rostro del viejo, que niega con la cabeza al ver desfilar el rigor geométrico de los pinos, plantados a intervalos milimétricos. Ya no pronunciará una palabra más hasta llegar al pueblo.

Tampoco puede acariciar a *Ramón* y murmurarle: «Mira, ésta es mi tierra, de aquí vengo. Cuando era pequeño corría por este camino, guardaba las cabras debajo de este alcornoque, me bañaba desnudo en la poza de agua que formaba el arroyo por debajo del puente».

Ese camino ya no existe, ya no hay alcornoques, ni arroyo, sólo pinos en

posición de firmes que lo han cubierto todo, que lo han uniformizado todo, pinos exógenos, importados, que han devorado con su peste verde la comarca de la jara y el olivo. ¿Por qué ha decidido regresar? Lo ha evitado durante sesenta años.

Nada le habría hecho volver al pueblo.

Su madre murió en 1946, dos años antes de que él saliera de la cárcel. La mujer no hablaba con nadie, odiaba a todo el mundo, vecinos y familiares, después de que denunciaran a sus hijos. Al poco tiempo, el gobierno emprendió la construcción de los pantanos en el centro de España, una buena parte de La Siberia quedó sumergida y Montepalomas, borrado del mapa.

El viejo había visto las fotos en los periódicos, las casas desocupadas, las puertas y las ventanas cargadas en camiones, las fachadas saqueadas, que se mantenían con tristeza en pie como ruinas prematuras. Había visto al ministro hacer girar simbólicamente la rueda de la compuerta de la entrada de agua.

Sabía que las aguas del Guadiana lo habían cubierto todo y que la carretera no lo llevaría más allá de Fuente del Fresno, antaño una pedanía dependiente de Montepalomas y ahora, un pueblo engrosado con los habitantes del pueblo sumergido.

Por mucho que hubiera visto las imágenes en blanco y negro de los periódicos de la época... ¿qué era lo que había visto en realidad? Nada. Un pueblucho saqueado, ahogado. El fin del mundo. Un pueblucho cualquiera. Las imágenes en papel siguen siendo las imágenes de los otros. No espera ver lo que ve cuando, de pronto, al tomar una curva, atisba la nueva Fuente del Fresno.

¡Qué conmoción! Un gran cuerpo blanco recostado en la ladera de la montaña, invadida de tejas y balcones de hormigón, con una nube de edificios de dos y tres pisos, calles empinadas y pavimentadas con cemento que relucen desde lejos, como torrentes. Una población irreconocible allí donde antaño sólo se erguían la capilla de san Roque y una fuente en la que

abrevaban las mulas.

En Semana Santa se subía la ladera en ‘romería’ desde la capilla de Fuente del Fresno. Ese día olía a espino, a chuletas a la brasa que se devoraban sobre la hierba y al agua de colonia de los días de fiesta.

Ahora, en las praderas a las que antaño se iba a bailar por Pascua, se yergue una población de quinientos habitantes. Es como si el cortejo alegre de la ‘romería’ se hubiese olvidado de regresar.

El pinar se dispersa a medida que se acerca a las casas. A la derecha, por el hueco que se abre de repente, el viejo divisa un mar azul, cruelmente azul. Allí donde antes se levantaba el viejo pueblo de Montepalomas. Ríe de forma convulsiva. No tenía más remedio que volver allí, al único sitio, al hogar de su infancia.

«Vuelvo a casa de mi madre.» De pronto se da cuenta de que esa simple frase le había rondado la cabeza durante todo el viaje e incluso antes de salir, justo después de haber leído la carta de Nuria. Una frase que lo había acompañado noche y día en los campos de concentración, que lo había ayudado a vivir. Lo liberaron, pero la infancia murió con su madre; y la edad adulta le había grabado, por siempre jamás, en su semblante de campesino, el rictus de los borrachos y los mártires.

En la plaza, el campanario de la iglesia desafía al del ayuntamiento. Cada uno con su carillón en una jaula de hierro forjado en unas construcciones casi idénticas. El taxista dobla en una callejuela y deposita al viejo ante un edificio de tres plantas sin balcones, escaso en ventanas, y una fachada que, cual pancarta, anuncia en letras rojas una inscripción monumental: HOSTAL DE LOS CAZADORES.

Antes de entrar, el viejo deja mear al perro contra un mojón; las ganas que él mismo tiene de orinar lo hacen sufrir, pero no se atrevería a hacerlo a pleno día ni aunque se ocultase tras el andamio del edificio en obras que los albañiles han abandonado en su momento de descanso. A esas horas de la

tarde, todo el mundo sesteaba sin vergüenza y ni un alma podría ver al viejo bajarse la bragueta. Vacila unos segundos y, al final, se decide a empujar la puerta.

No hay nadie en la recepción, un vestíbulo exiguo abarrotado de un revoltijo de bibelots de cerámica, jarras, jarrones y platos en las paredes que refulgen con suavidad como luciérnagas en la penumbra.

El viejo llama con una voz incómoda que resuena extrañamente en el silencio:

—¿Se puede?

Una puerta se entreabre en un pasillo oscuro por el que aparece un hombre gordo en camiseta interior y con un teléfono móvil pegado a la oreja.

—¡Te dejo, que hay alguien en recepción! —grita el dueño del hostel, mientras toma asiento detrás del mostrador de madera.

Ronda la cincuentena, de aspecto lívido, pelirrojo, con una frente recesiva y unas pupilas inquietas que parecen mirar siempre alrededor o hacia otro lado, más allá del interlocutor.

—Claro que se puede, buenos días —le responde seco—. ¿Qué desea?

—¿Tiene habitación para esta noche?

El hombre clava la mirada en el perro y esboza un mohín de desdén, los pliegues de la papada se le escalonan como volantes en el cuello. Parece un rinoceronte.

—Me queda una con la ducha en el rellano, son tres mil pesetas. El perro puede dormir en el patio.

—¿En el patio? No, no. Le pago cuatro mil y me deja que lo meta en la habitación. Le aseguro que este perro no tiene más pulgas que usted y yo juntos.

—¡Eso me da igual! —exclama el dueño del hostel—. Estoy acostumbrado a los perros. Como ha podido comprobar, el establecimiento se llama *Hostal de los cazadores*. Los cazadores en las habitaciones, los perros en el patio; así funciona desde hace treinta años, no tiene por qué cambiar ahora.

El viejo toma la llave a regañadientes y le entrega el carnet de identidad.

—¿Carabajal? —pregunta el hospedero—. Es un apellido de por aquí.

¿Tiene familia en la zona?

—No, ya no me queda nadie. Éramos de Montepalomas. Todo el mundo se fue cuando el pantano.

—Era lo mejor que se podía hacer. Quien no esté contento que se vaya. Y si la habitación no es de su agrado, no está obligado a quedársela, me devuelve la llave y adiós muy buenas.

—No, está bien, me da igual.

El viejo sostiene la llave en el hueco de la palma de la mano, que suda en contacto con el metal, y pregunta por el cuarto de baño. El dueño lo guía por un pasillo estrecho que él mismo obstruye con su volumen. Abre una puerta que da a un patio inundado de sol, con el suelo de tierra tan liso como el cemento. Ni una hierba, ni una maceta de flores, ni una planta; únicamente, por detrás de una portalada de hierro macizo, unas vistas a la montaña y al monte bajo calcinado. Sólo hay un viejo todoterreno cubierto de polvo aparcado contra la pared al fondo del patio. A la derecha, el hombre le señala una portezuela de madera flanqueada por un lavabo.

6

Ahora está sentado en el patio en una silla de plástico mientras *Ramón* devora pienso a la sombra que proyecta el muro. El viejo contempla el vuelo de las golondrinas que surcan el cielo desteñado, el estilete de golondrinas que recorta el cielo cuando se acerca el atardecer. Su violento piar despierta a la población víctima del sortilegio de la siesta. Luego, se producirá la resurrección de cada tarde en el momento de tomar el fresco en la plaza.

«¡Jolín! No nos vamos a quedar mucho en este hostel», piensa el anciano, pues sabe que en Fuente del Fresno hay más gente, aunque no se haya topado aún con ninguna otra criatura aparte del gigantesco dueño del hostel. Mañana buscará una habitación de alquiler en el pueblo. Con el vaivén de los temporeros que trabajan en la obra, tendría muy mala suerte si no encontrara dónde alojarse.

Al viejo le ha dado tiempo a recorrer el pueblo de arriba abajo, a pesar del dolor de rodillas que lo atenaza cuando sube las cuestas, intentando retrasar lo máximo posible la hora de acostarse. Fuente del Fresno no es más que unas cuantas callejuelas escarpadas, repechos empinados por los que las tormentas del otoño deben de bajar como manadas.

Aunque el pueblo tenga menos de medio siglo, la vida ya lo ha erosionado, lo ha usado. Las fachadas grises con las contraventanas cerradas reclaman la cal de los pueblos de antaño. La escuela, construida con ladrillo

oscuro, y un patio mal encementado que forma un *patchwork* sellado con hormigón, han adquirido ya el aspecto de un hospicio para pobres.

El viejo no reconoce nada, como si al final se hubiera comprado un billete para la Patagonia. Pero es más testarudo que un batallón de mulas y necesita examinar el lugar a toda costa, evaluar la dimensión del cambio, como un agrimensor del desastre. Nada le impide seguir la carretera, hasta la salida del pueblo, y subir decidido en dirección a la cruz de la Virgen. Sí, aquí, en este único lugar, donde no pudieron dominar su tierra. La tierra se estremece ante la lepra de las construcciones y se yergue con todo su empeño, hermosa.

Los pasos del viejo reconocen el camino, lo recuerdan. Una pendiente recta de trescientos metros y una curva suave cubierta de malas hierbas antes de divisar el peñasco coronado con la cruz.

Cinco olivos en un campo pequeño.

Cinco olivos con troncos de bronce, nudosos como cuerdas náuticas. Los cinco estaban allí, está seguro. Llevaban allí toda la vida, plantados al tresbolillo, y ni siquiera la loca subida de las aguas ni el aumento de las construcciones los han podido echar abajo. El viejo los saluda, como si fueran una asamblea de ancianos.

Sigue subiendo, con la mirada al frente, dando la espalda al pueblo, al Hostal de los cazadores, al dueño infecto y a la noche, que lo separará de *Ramón*. Sigue subiendo.

«No te vuelvas —murmura el viento de la noche entre los pinos trémulos—, avanza, sigue a *Ramón*, que trota por el camino a su propio ritmo.» Es suficiente con que el sendero se empine para que el perro enfile la pendiente con entusiasmo, adelante a su dueño formando un torbellino de polvo y, una vez en la cima de la cuesta, se aposte en sus patas traseras para esperarlo, ladrando alegremente como si hubiera ganado la carrera.

«¡No te vuelvas!», le gritan los enebros y las zarzas salpicadas de moras de sangre negra.

«No te vuelvas, dirígete al bosque, a pesar del azul del pantano, que hace chasquear su inmensa carpa, no te vuelvas hacia la muerte azul.»

El viejo sigue subiendo.

Tiene la impresión de estar trepando acompañado del olor a árbol resinoso que se aviva después de una jornada de bochorno, el viejo juraría que se mezcla con el olor a jara, aunque no haya visto ninguna desde la invasión del ejército de pinos. Los árboles talados sangran en pequeños frascos un líquido marrón que parece miel de castaño.

El viento zarandea susurros, levanta suspiros que hacen vibrar el ambiente. La montaña es animal, pero el aire de la noche es tierno como un largo aliento humano. El viejo tropieza en las raíces traidoramente escondidas bajo una alfombra de agujas de pino. Se resiente del golpe hasta en el sacro.

Las raíces. Raíces de plantas importadas que no son muy antiguas, especies recientes, pero raíces que se pierden y encuentran en la tierra ancestral los mismos nutrientes, la misma sangre que los bosques antiguos de encinas verdes. Las raíces de esos pinos inmigrantes conocen la historia, su sombra tiene la consistencia del pasado.

Cuando llega al peñasco, la vista es deslumbrante: cadenas montañosas violetas que festonean hasta el infinito, y, como un fiordo insólito, la lengua sinuosa del agua del embalse donde antes había un valle.

De vuelta en el pueblo decide cenar en Casa Tomás, en la plaza de la iglesia. El bar está atestado, sofocante de humo y bullicio. El viejo franquea la puerta con paso dubitativo y se dirige a un hombre tocado con una gorra de ciclista que habla detrás del mostrador mientras llena unos vasos. Un tipo enorme. Su barriga, como un globo sonda debajo de un mandil a cuadros, ocupa todo el espacio que hay entre la pared y la barra.

Sólo Tomás, el dueño, se podría haber inflado de manera tan monstruosa, a fuerza de meterse entre pecho y espalda sus propias jarras y sus platos de callos en salsa cuya grasa rojiza reluce por detrás de las lunas

acristaladas de la barra. «Por supuesto, señor, en mi casa se puede comer hasta las dos de la madrugada.» Con la palma de la mano, Tomás le enseña las tapas del día que los clientes pueden tomar en el bar, pero si lo desea, también hay menú de la casa y carta.

Acomodan al viejo en una sala lúgubre, detrás de una puerta de cristal esmerilado tocada con un cartel torcido que reza: COMEDOR. Toma asiento ante una mesita con un mantel de papel blanco en medio de un pasillo sin ventanas y decorado con cabezas disecadas de jabalí y de ciervo con ojos melancólicos.

Pide ‘migas’ de pan y chorizo. El plato del extremeño pobre. No había vuelto a comer migas desde la muerte de su esposa.

—¿Qué le traigo para beber? —le pregunta la camarera.

—Vino de ‘pitarra’ —responde el viejo.

El vino de la comarca, de la casa, mejor dicho, el vino de producción local e ilícita que se salta las leyes, los impuestos y la higiene.

La sonrisa de la joven, más bien, la sombra de una sonrisa, parece hacerle cosquillas en la comisura de los labios, temblorosa como una lágrima al borde de las pestañas. Tiene una barbilla tierna, dulce, de líneas todavía maleables. Y toda la parte inferior de su semblante, aún aniñado, contrasta con una mirada intensa de mujer. Es una muchacha muy guapa, de brazos delgados, de curvas acentuadas por unos vaqueros estrechos, y de ojos negros, húmedos y aterciopelados.

Le recuerda a alguien, pero ¿a quién? No sabe si a uno de esos rostros avasalladores de la tele, de la época en que Pura la dejaba puesta permanentemente, o a una mujer real. Por muy ignorante que sea, el viejo se vanagloria de haber sabido distinguir siempre el bien del mal, lo verdadero de lo real, pero esta vez está indeciso, turbado. Tiene la impresión de que esa sonrisa temblorosa, esa mirada embaucadora, ya las ha visto en alguna otra mujer, en una mujer de carne y hueso o de papel, viva o muerta, y por mucho

que se devane los sesos, no lo averigua.

La camarera caza una mosca con la hoja plastificada del menú y dice:

—¿Y cuál prefiere? Tenemos blanco, tinto y clarete.

—Pues el clarete.

Mientras se sirve el primer vaso de vino de un tono algo grisáceo, cinco hombres toman asiento a la mesa de al lado. Visten todos con la misma camisa de color caqui con las siglas de ICONA. Son los leñadores que se encargan de las talas de la comarca. Hombres toscos que blasfeman todavía como en los viejos tiempos y que se cagan con alegría en Dios y en toda su creación. Uno tiene acento andaluz, los otros cuatro, a pesar de su aspecto puramente extremeño, no son gente del pueblo. Son ‘forasteros’, gente de fuera, llegados de la región vecina y que no se mezclan con el resto de la clientela, que cenan en el restaurante en vez de picotear tapas en el bar con los clientes habituales.

Son forestales, individuos extraños, entre campesinos, guardas y pastores. Seguro que se alojan en casa de Tomás. El viejo los escucha mientras hablan de su jornada. Una manada de treinta ciervos, no más, ha bajado a beber a las charcas que forma el río Fresnedoso en el pequeño valle de Huertas. ¡Oh! ¡Menudo galope desenfrenado han emprendido cuando los animales han descubierto su presencia! ¡Había que ver cómo han corrido despavoridos entre los matorrales para camuflarse al abrigo de los pinos! Parecía una caballería batiendo en retirada.

Cuando le llevan el plato, el viejo se felicita por haber pedido el clarete. Le cuesta tragarse las ‘migas’, las bolas de pan son demasiado espesas y el ajo está demasiado frito. Además, se han olvidado acompañar la comida con uva fresca o plátanos, y las ‘migas’ están secas como un puñado de maíz para gallinas.

Pide unas guindillas para avivar el apetito. Divertida, la camarera le lleva dos en un platito, tan reseco como las momias de dos lagartijas escarlatas con la cola levantada.

El viejo come con dedicación, masticando lentamente las guindillas, que lo hacen salivar en abundancia. Lanza trocitos de chorizo a *Ramón* procurando que la camarera no se moleste. Los leñadores, por su parte, no se molestan en absoluto y siguen la maniobra entretenidos. El más joven le lanza un hueso de costilla. Es un muchacho de pelo rapado cuya frente lívida contrasta con el moreno del resto de la cara. Sin duda, se trata de la línea de demarcación que le deja la visera de la gorra.

Los otros lo imitan enseguida. «Toma, chuchó: una rodaja de salchichón.» «Atrapa esto, artista: un pedazo de tocino.» Aquello es una fiesta para *Ramón*, que pilla al vuelo los trozos con los que todo el mundo le honra. El viejo da las gracias a la compañía. «Muy amables.»

La camarera regresa con una bandeja vacía. Cuando se inclina por encima del viejo para recoger la mesa, éste aspira, pese al desodorante con perfume a limón, el aroma de su carne joven. Un hombro dorado bajo una camiseta rosa sin mangas por la que puede ver, por un instante, una axila depilada. Un pliegue fino como un pétalo arrugado. Antiguamente, las mujeres no se depilaban las axilas, ni siquiera las prostitutas.

Recuerda el vello dorado, la aspereza deliciosa de Rosario, la primera mujer a la que hizo llorar de dicha en la cama. Rosario no podía alcanzar el orgasmo sin llorar. Por fin adivina el rostro al que pertenece aquella imperceptible sonrisa que lo trastorna. Es el de una joven de melena castaña dividida por una raya en medio y recogida en dos moños por encima de las orejas. Un peinado pasado de moda, del siglo XIX, un peinado de otro tiempo, que enmarca un rostro delicado, brillante como una perla en el aire frío de Madrid.

¡Rosario! Reaparecida como por arte de magia, intacta, con el frescor de sus

veintinueve años. Tenía dos más que él y ya era madre y viuda, mientras que él se sentía un mocoso, tan virgen. No sabía nada de la vida, de las mujeres, y todavía menos de aquella capital extraordinaria donde acababa de aterrizar al salir de la cárcel.

Fue en una habitación glacial en el barrio de Lavapiés, al final de una galería de madera en uno de esos edificios de viviendas populares tan típicos, una corrala. Madrid, primavera de 1948. ¡Cómo olvidar aquel año!

Acababa de salir de la cárcel. La guerra mundial había tocado su fin. El mundo estaba liberado y, enseguida, los aliados se ocuparían de España. Los días del fascismo estaban contados. Era lo que todos pensaban en aquel momento. Por eso, los compañeros que habían podido huir a Francia en los años cuarenta se habían enrolado en la resistencia o habían pasado a Marruecos con el ejército de Leclerc. Por eso, el batallón de los republicanos españoles había querido ser el primero en liberar París. O quizá los franceses habían preferido concederles la prioridad del matadero. «Sí, seguramente se trató de eso», pensó el viejo a posteriori.

En aquella época, Medianoche no podía imaginarse que esos días se volverían años, y después décadas, de una oscuridad interminable, como una noche polar sin esperanza hasta la muerte de Franco.

7

Sale de Casa Tomás hacia las diez de la noche, el mejor momento para disfrutar del fresco en verano. Ahora, el bar, tomado al asalto por tres generaciones de ambos sexos, se ha vuelto opaco por el humo y en él retumba un rumor ensordecedor. La suela de los zapatos se le hunde en una alfombra espesa de serrín en la que se han incrustado colillas, papeles, palillos y cáscaras de pipas escupidas por los clientes. Tan elástica como la hojarasca acicular de un pinar.

Alrededor de los futbolines, un enjambre de chiquillos va de un lado a otro. Al más mínimo revés de la suerte, llueven los insultos: «¡me cago en tu padre!», «¡cabrón!», «¡gilipollas!», «¡que te den!». Señal de una educación montañesa sólida. No prestan atención al viejo, pero se empujan para acariciar a *Ramón*. Este perro, qué buena cara de perro tiene, ¡de verdad! Y qué gracioso con esa sonrisa y esa mancha en el ojo.

Justo cuando iba a salir por la puerta, el viejo tropieza sin querer con un hombre que está inclinado sobre una máquina tragaperras. Se disculpa con torpeza, pero el otro no lo oye. Maldice gritando y se agacha para recoger a puñados la lluvia de oro que derrama el artefacto diabólico. Alguien da al ganador un golpecito en la espalda. «¡Vaya tío! ¡Qué suerte tienes!»

El viejo dice para sus adentros que ésa es la suerte del cretino, el tipo se ha pasado una hora dándole a los botoncitos de la máquina. Ya se fijó al

entrar. ¿Con cuántas monedas habrá tenido que alimentar la máquina para que ésta se digne a escupirle unas pocas?

El viejo sale del bar con su rictus congelado y la cabeza mal encajada en su cuello de pavo. Nunca ha probado el juego en solitario, sólo las partidas de cartas con sus amigos, y de eso hace mucho tiempo. Pero nunca ha jugado por dinero. Los que se entregan al azar se creen los elegidos de la fortuna. ¡Es verdad! ¡La suerte! A él, la suerte nunca ha sido lo suyo. No debió de nacer con estrella.

Por ahí va el viejo merodeando de nuevo por las calles empinadas. Se pregunta vagamente qué pinta allí, en un pueblo que nunca ha visto, surgido de ninguna parte. Sabe muy bien que allí no tiene sitio. Los viejos como él no vagabundean. ¿Por qué demonios un octogenario recorrería el mundo, visitaría pueblos en los que nadie lo espera? A su edad, ya sólo queda la sopita y el rincón.

Como muchas veces, siente una vergüenza imprecisa, inexplicable. Está incómodo con su cuerpo, con su ser, con los pensamientos que le rechinan en la cabeza y le hacen daño. No se atreve a examinar bien las casas, mucho menos a mirar a la gente a la cara. Camina encorvado, con la cabeza ladeada, a la manera de quien saluda humildemente a la concurrencia. Sabe bien que nunca ha tenido un aspecto común y corriente, esa apariencia respetable que la vejez proporciona incluso a los pobres.

No, él tiene un aspecto sospechoso. Y contra eso no hay nada que hacer, como si careciera de algo fundamental para formar parte de la familia humana, como si fuera el culpable de un crimen ignominioso, inconfesable. Por suerte tiene un perro que lo ayuda a mantener la compostura. Con *Ramón*, ya no es el solitario, el forastero, ya no está solo contra todos. Son dos. El viejo del perro. *Ramón* es su amuleto preciado contra la maldad de los hombres.

¿Por qué ha vuelto allí precisamente en vez de huir a cualquier otro lugar?

¿Por qué no a Madrid o a la orilla del mar? Ahora todo el mundo veranea en ‘la playa’. Él nunca ha visto el mar, aunque pasó cinco años en Valencia, de 1943 a 1948, en la cárcel modelo de la ciudad. El edificio, ultramoderno, era una verdadera proeza de la arquitectura represiva: celdas individuales donde se hacinaban diecisiete personas.

El viejo piensa que ha hecho turismo a su manera, de tanto que lo pasearon de un centro penitenciario a otro por las provincias de España. Turismo carcelario. Eso es lo que lo ha curado de los viajes, de esa manía ambulatoria que seduce a los jubilados vivarachos. En hordas, en autobuses enteros, la tercera edad parte a la caza de imágenes. Como una nube de langostas que se precipita en cada etapa obligada del circuito.

Granada, donde los asesinos de Lorca se vanagloriaron de haberle metido dos balas por el culo a ese maricón. Granada, donde Federico es asesinado de nuevo por la indiferencia y el olvido. Toledo, con su alcázar resplandeciente, como un himno al franquismo, aplastando el antiguo barrio de la judería. Salamanca, donde el viejo Unamuno clamó su vergüenza ante las narices de la falange. Ciudades de España que hay que visitar antes de morir.

Como quien no quiere la cosa, sin confesárselo a sí mismo, el viejo deambula en busca de rostros antiguos. Por cierto, la nueva Fuente del Fresno está formada por familias del pueblo sumergido, como esas iglesias románicas construidas con las piedras de los templos romanos antiguos. El ser humano vive del reciclaje.

Ahora, los postigos están abiertos y los habitantes han salido a la calle, como polillas. Algunos ancianos bien aseados, con la camisa planchadita, toman el fresco bajo los tilos de la plaza. El viejo intenta adivinar por debajo del entramado de arrugas, de las manchas de unos frutos pochos y de las gafas bifocales, la juventud del treinta y seis. ¿Aquellos cuatro viejos del banco serán amigos o enemigos?

A medianoche decide, por fin, subir a la habitación. Le cuesta separarse de

Ramón. Unos cuantos minutos más juntos en el patio desierto, perturbado tan sólo por el vuelo sesgado de los murciélagos que revolotean alrededor del halo de la luna. Los clientes prefieren el comedor con aire acondicionado y la tele, han cenado en el hostel, y el dueño le pondrá mala cara al viejo mañana por la mañana por haber pedido migas en la competencia. Todo se sabe.

Es la primera noche que pasa sin *Ramón*, la primera noche desde que ha vuelto a su tierra, pero su tierra ya no se parece a nada. Se siente más extranjero que si estuviera entre moros. ¿Por qué piensa ahora en los moros? Medianoche sólo los vio en 1938, cuando los marroquíes de Franco acababan de desembarcar en el pueblo con toda la ferocidad con la que siglos de romancero los había recompensado.

No se consideraron inferiores a la leyenda y masacraron a diestro y siniestro todo lo que, de cerca o de lejos, apestará odiosamente a república. A los moros se les arrogó el derecho de cometer atrocidades nunca vistas, pero los falangistas no se quedaron atrás. A estos últimos se debía la de verter aceite de ricino con un embudo en la garganta de las mujeres hasta que sus entrañas se revolvían y se cagaban encima. Desnudas del todo, como las habían traído al mundo las putas de sus madres.

Mil veces desgraciadas las mujeres, sus entrañas y su fruto, pero más desgraciados aún los hombres a los que ataban por los pies al tiro de las caballerías. Seis caballos, seis caballos de pura raza que arrastraban a los infelices a todo meter por la cuesta de Espinosa.

La montaña se acuerda, las piedras se acuerdan de haberles arrancado sin piedad la piel y la carne y, en el último viraje, de haberles reventado los cráneos como nueces.

La culpa no era de las piedras ni de los moros, sino de los denunciantes, hombres de aquí que yacen sepultados bajo el pantano o, simplemente, acostados entre las sábanas bordadas de su boda, puede que incluso de los mismos viejos que ahora toman el fresco bajo los tilos.

Los franquistas entraron en Montepalomas a finales de septiembre de 1938. A principios de un otoño canicular de una luminosidad desgarradora, sin un soplo de aire. Se los esperaba desde hacía tiempo. Hacía dos años que los esperaban. Desde el día siguiente a la masacre de Badajoz: cuatro mil personas ejecutadas en la ‘plaza de toros’ los días 14 y 15 de julio de 1936 bajo las órdenes del general Yagüe. Aquel ruedo siempre había bebido sangre, pero siglos de corridas no podrían haber embebido la arena como aquellos dos días de matanza. Yagüe entró en la historia por la puerta del toril con el título del *carnicero de Badajoz*. Los corresponsales de guerra nunca habían visto algo así: cuatro mil personas asesinadas en dos días, civiles, mujeres y niños; ríos de sangre se extendieron por las calles donde los moros rajaban con arma blanca.

Aquella cohorte de la muerte subió por sierra Morena hasta llegar a Extremadura, y el frente se estableció en el puerto de San Vicente, a solamente setenta y tres kilómetros de Montepalomas a vuelo de pájaro.

Extremadura estaba dividida en dos: el este, fiel a la República, y el oeste, ocupado por los insurgentes que controlaban Badajoz y Cáceres, las dos capitales de provincia. En la parte ocupada, una zona republicana permanecía rodeada por todas partes: lo que vino a llamarse *la bolsa de La Serena y de La Siberia*, que logró resistir hasta el final a pesar del desequilibrio de fuerzas. Los franquistas se beneficiaban de las armas más modernas, no sólo de armas terrestres, también contaban con la aviación de Hitler y Mussolini. Los republicanos sólo disponían de hombres, los milicianos, sin equipamiento, sin experiencia y con armas que databan de la Primera Guerra Mundial. ¿Dónde estaban Francia, Reino Unido, Estados Unidos? Los partidarios de la no intervención esperaban, haciendo la vista gorda, a que el fascismo asesinase a la República española, sin sospechar que su turno llegaría justo después.

Durante meses, los dos ejércitos hicieron temblar la montaña, tan cerca, pero,

a la vez, tan lejos de Montepalomas, a una jornada de marcha por caminos de herradura; otra cadena montañosa de crestas violetas, otro país.

El 20 de septiembre de 1938, los franquistas entraron en un pueblo conmocionado por el terror. Se había dado la orden de engalanar los balcones de la calle mayor con banderas de la falange. En todas las ventanas se expusieron franjas amarillas y rojas con el águila funesta, en todas excepto en una, la de la tía Sidonia, la viuda del tío Elías, uno de los primeros caídos en la batalla de Talavera. La banda violeta de la bandera republicana restallaba como una bofetada en la ventana de la tía Sidonia, por encima de los todoterrenos erizados de fusiles.

El viejo se desnuda apenado. La habitación sólo recibe ventilación por una ventana minúscula que da al patio de la cocina. El ambiente es sofocante, así que sólo se deja puestos los calzoncillos de algodón tejido, que le llegan hasta la mitad de las pantorrillas. Se acuesta con las dos manos cruzadas sobre el pecho de pelo canoso y piel escarchada, mucho más blanca que el cuello y los brazos, del color de la tierra cocida, un pecho que no ha conocido el sol.

No debería haber ido allí, y todo por escapar de Nuria. Un ladrido breve lo sobresalta, seguido de dos más, prolongados. El viejo se muere de ganas de vestirse, de bajar para pasar la noche con su perro tumbado en la tierra reseca del patio. Pero el silencio regresa. Nada, no es nada. Seguro que *Ramón* sólo ha ladrado a las lagartijas o a los murciélagos.

Los ruidos de la noche aparecen cuando los clientes regresan a las habitaciones. Chirridos de cañerías, descargas de agua de los inodoros; una fontanería asmática que vibra durante un rato en un arranque de higiene popular.

En la habitación de al lado hablan. Y para que él pueda oírlos deben de estar chillando, pues el viejo es más bien sordo. Siempre se resistió con obstinación a la pesada de Pura, que quería a toda costa «equiparlo», como ella decía; es decir, que se pusiera un audífono horrible en los tímpanos.

¡Sólo le faltaba eso! El viejo ha pasado de los ochenta sin dentadura postiza, ni gafas, ni prótesis de ningún tipo. A pesar de todo, distingue una voz aguda de mujer que atraviesa el tabique.

—Pero ¿qué has hecho? ¡Siempre lo pierdes todo! ¡Lo has vuelto a perder! ¡Nunca cambiarás!

La respuesta es inaudible, el viejo no llegará a saber lo que ha perdido, pero al cabo de un momento oye suspiros y crujidos de somier. Los vecinos lo están haciendo a dos metros de él, al otro lado de la pared. ¡Y para que a él le llegue el ruido, deben de estar haciéndolo con furia!

Hace mucho tiempo que los asuntos de la carne ya no lo preocupan. Ni siquiera sabe cómo llamarlo. ¿*Hacer el amor*? Los ruidos bestiales que atraviesan el delgado espesor de ladrillos no evocan en nada al amor. ¿*Echar un polvo*, entonces? ‘*Follar.*’

La palabra le disgusta, por lo alejada que está del gran misterio del deseo o de la ferocidad del placer que sube por los lomos y desbarata de golpe las entrañas.

Lo asalta su primera vez, no como un recuerdo o como una imagen del pasado, sino que la memoria de su primera vez le recorre de nuevo la médula espinal como una descarga ardiente. Nota que su sexo se endurece contra el muslo replegado y que la mano de Rosario lo acaricia de nuevo, que lo guía hacia ella, en ella, con estas palabras que le susurra al oído: «Tengo ganas de ti, no sabes cuántas. Olvídalo todo y ven, ven». Y él, mudo, con el corazón palpitándole hasta la garganta, más fuerte que cuando el carcelero vociferaba los nombres de la siguiente hornada en el campo de Castuera. Tan fuerte que piensa que incluso ella puede oírlo.

8

Se acostaron en su tercera cita. Ella le había pedido que fuera a verla por la mañana para estar solos mientras su hija, la pequeña Lucía, estaba en clase. Lo había previsto todo para ese día, lo deseaba. Le hervía la sangre. Hacía nueve años que no había hecho el amor, nueve años desde que a Andrés lo habían hecho prisionero.

En 1939, Madrid cayó. Rosario estaba encinta de la niña, no le había dado tiempo a casarse con Andrés. Madrid estaba asediada, y Rosario se había alistado en las milicias femeninas. ¿Acaso era importante casarse cuando el mundo estaba patas arriba? ¡La gente se amaba locamente y ya está!

Y, además, de todas maneras, siguió contándole Rosario, tampoco se trataba de una cuestión de tiempo; el caso es que no se habrían casado. Habían optado por el amor libre. El discurso de Andrés contra las convenciones burguesas le descubrió que la mujer era libre e igual que el hombre. Mientras que los comunistas seguían siendo todavía unos puritanos redomados, tan reaccionarios como los curas en lo que concierne al sexo, sólo los anarquistas habían comprendido que la libertad del hombre no se consigue sin la de la mujer.

Era extraño, pero, a través de Rosario, Medianoche escuchaba la voz de su compañero de celda, el capitán Andrés, que le había hecho las veces de padre en el campo de Miranda de Ebro, después en el de San Juan de Mozarrifar, cerca de Zaragoza, y al que volvió a encontrar en la prisión de Valencia. Andrés le enseñó a sentirse un hombre libre, le enseñó historia, le

recitó poesía, le cantó arias de ópera. Si Medianoche era un poco menos tosco, se lo debía a ese al que apodaban *el Médico*.

Andrés, el capitán de brigada, revivía a través de esa mujer, delgada y joven, trémula de pasión. El germen de sus palabras seguía su obra, más vivo que nunca.

«Yo no necesito una sirvienta, ni una niñera que me limpie el culo, ni una víctima. No te equivoques: a eso es a lo que están condenadas las mujeres bajo el bonito nombre de *esposa*. Una vez que se quitan el vestido de novia, helas convertidas en friegaplatos. ¡Despierta, Rosarito, despierta y reclama lo que es tuyo! ¡Y si no te lo dan, lo tomas!»

Andrés despertó a Rosario, la institutriz de buena familia. Le ofreció un mundo que construir y, después, un universo que defender, una ciudad: Madrid.

Durante las dos primeras visitas de Medianoche, cuando se sentaban el uno frente al otro a la mesa de la única habitación bajo la aguda mirada de la pequeña Lucía, Rosario no cesaba de contar el asedio de Madrid.

Le enseñaba las fotos que guardaba con temor en una caja de zapatos escondida en el fondo del armario. Las imágenes pertenecían a Andrés. Curiosamente, suyo sólo había un retrato malo datado en 1932, tomado por un fotógrafo de la Gran Vía cuando era estudiante de Medicina. Se le veía de medio cuerpo, enfundado en una chaqueta de *tweed*, el pelo corto y echado hacia atrás, una cara despejada que la ausencia de bigote hacía sorprendentemente limpia y aún más juvenil, la mirada inquieta, evitando el objetivo, como clavando la mirada en el más allá, en una imagen ausente. Medianoche pensó que en ese momento Andrés estaría, sin duda, vislumbrando su muerte en la prisión de Valencia. Y los diez días de agonía en que fue devorado por la fiebre tifoidea.

Medianoche se lo contó todo a Rosario la primera vez que se vieron, cuando llegó para anunciarle la muerte de Andrés. En realidad, no la informó de nada nuevo. Ella ya lo sospechaba. Hacía seis meses que no había tenido noticias de él y eso era impropio de Andrés, que le escribía tanto como podía y le hacía llegar las cartas, todas, sin excepción, semana tras semana. La joven se levantó para buscar otra cosa en el fondo del armario, sacó un

paquete de sobres atados con una cinta azul.

—Durante todos estos años —dice Rosario, mientras se sienta y alisa con cuidado la cinta— sólo pudimos vernos tres veces en la sala de visitas de la cárcel de Valencia. ¡El viaje cuesta una fortuna! Me hice pasar por su hermana. Si hubiera sido su esposa, me habrían dejado verlo sin problemas, pero en calidad de ‘novia’, no tenía nada que hacer. ¡En las cárceles no hay sitio para el amor! Lo peor de todo fue que nunca pude llevarle a la niña. Al menos, podíamos escribirnos, aunque el correo no siempre se enviara. ¡Y desde hace seis meses tanto silencio...! Suponía que había pasado algo. ¿Y qué podía ser sino la muerte? Pero ¿cómo ha muerto? Eso es lo que necesito saber.

La joven hablaba sin mirar al visitante, con la vista clavada en las cartas, como si las preguntas se las hiciera a ellas. Medianoche carraspeó incómodo, las palabras se negaban a acudir en su ayuda más que nunca. No se presentaban con la profusión y la disposición con las que cualquier otra persona, en su lugar, las habría encontrado con naturalidad.

Estaba apesadumbrado. Más apesadumbrado que por la muerte de su compañero, por el hecho de no saber cómo decirle a aquella desconocida unas frases que, sin duda, le dolerían pero que tenía derecho a escuchar.

Una muerte común y corriente, una muerte sin pena ni gloria. Un cuerpo joven abatido por un virus que una simple dosis de penicilina habría erradicado. Se lo contó mal, penosamente mal, describiendo la enfermedad como *una mala fiebre* o *una mala cosa*, confundiendo las fechas, incapaz de reproducir las últimas palabras de su amigo, ahora tuteando a Rosario como si fuera su camarada, ahora mostrándose ceremonioso y tratándola de usted.

Al final fue Rosario la que más habló. Aquel campesino joven y timorato, surgido de no se sabía dónde para revelarles la muerte de Andrés, se le aparecía como el último eslabón que la unía al hombre que amaba.

Medianoche la escuchaba apoyando sus gruesas manos sobre la mesa.

Aunque el arte de expresarse se le daba de pena, sí que sabía escuchar y prestar atención. Y medio comprendía que no era a él a quien se dirigían las palabras de aquella mujer, sino al fallecido. Rosario le contaba todo lo que había vivido desde el momento en que la separaron de Andrés.

A ella también la metieron en la cárcel con la caída de Madrid. En aquella caja de zapatos guardaba las fotos que Andrés había tomado. Muchas instantáneas del asedio de la capital. Medianoche veía por primera vez los combates de los que tanto le habían hablado en los campos de concentración. Se había codeado con los héroes, había compartido con ellos el mismo jergón, las sopas de ajo, las sesiones de despioje y las palizas.

Él, que no era más que un pueblerino, un hombre de campo y un labriego, sostenía entre los dedos temblorosos las imágenes de la capital todavía invicta. Madrid transformada durante tres años en una barricada contra la fuerza bruta. Por detrás de los sacos de arena apilados a modo de muro, asomaba el perfil de los milicianos que apuntaban con el arma. Después, unos transeúntes que levantaban la mirada al cielo por las calles del centro de la ciudad, una mujer elegante que apresuraba el paso y apretaba con todas sus fuerzas la mano de un chiquillo que miraba hacia arriba, donde rugían los cazas alemanes.

Andrés no se limitaba únicamente a testimoniar los combates y la destrucción cometida por el enemigo. En cada foto, entre cascotes de edificios destrozados, con sus escasas pertenencias, colchones enrollados y hatillos salvados del desastre, captaba a las personas con cara de terror o de resignación y unos ojos abiertos como platos por algo terrible, como los de quien no es un combatiente, sino una víctima.

Eran fotos prohibidas, y Medianoche sabía el valor que tenía Rosario por conservarlas. Todo lo que recordara la legitimidad de los republicanos y su valentía debía desaparecer. Aquellos rojos eran unos perros que se habían opuesto a la cruzada de los nacionales y había que «desinfectarlos». Sobre la

guerra se había abatido un profundo silencio. Ya nadie hablaba de ella. Apenas se evocaba ‘«aquello»’ con temor. Había que eliminar la palabra de la lengua, de los recuerdos, de la mente, purgar el alma con el miedo.

Junto a las fotos del reportaje también había muchas imágenes en las que aparecía Rosario, como si el fotógrafo sólo tuviera dos temas predilectos: Madrid y una mujer. Una miliciana agraciada, con el uniforme bien ceñido a la cintura, el pañuelo anudado al cuello y el pelo corto por debajo de un tocado militar en forma de barca invertida. Medianoche no pudo evitar hacer una observación.

—Llevabas el pelo corto, se te ve completamente diferente.

—Formaba parte del pelotón femenino de la milicia. Era conductora de vehículos militares, pero también empuñaba el fusil detrás de las barricadas. Todas nos cortamos el pelo como gesto de igualdad con los hombres.

—¿Y ahora?

Rosario esbozó una sonrisa breve y se atusó con el dedo la trenza que llevaba recogida en un rodete sobre las orejas.

—Ahora, la mujer libre está dentro de mí. Se necesita tiempo para que el pelo vuelva a crecer. En el treinta y nueve me raparon. Estaba horrible. Yo no podía verme, pero veía a mis compañeras, a María, a Isabelita y a Antonia, con las cabezas rapadas. ¡Ay! Lloraba de pena y de compasión. Sobreviví por lo que llevaba dentro. ¿Acaso mi apariencia física era importante si mi cuerpo se tenía que ocupar de fabricar vida? Estaba embarazada de cuatro meses cuando me encerraron en la cárcel de mujeres de Madrid.

Con la mano, de palma estrecha, extendía maquinalmente las fotos por encima del hule como si fueran cartas con las que jugara al solitario. Mantenía la mirada baja, y la sombra que le dibujaba la nariz en el rostro la afeaba. Rosario retomó la conversación con voz dura y sin levantar la vista:

—Sí, puedo imaginarme lo que Andrés y tú tuvisteis que pasar en los campos de concentración, pero te aseguro que la cárcel de las Ventas era peor que todo lo que hayas conocido. Durante los cuatro meses que pasé en lo que llamábamos *la antecámara de la muerte* maldije a mi madre por haberme

hecho nacer mujer. Pero, bueno, no vamos a competir ahora por ver quién fue el más desgraciado, seguro que prefieres que me calle.

—No, cuéntame.

—¡Uy! —exclamó Rosario, mirando a Medianoche con aire cansado. ¿Y qué podía contarle? ¿Unas cuantas cifras?—. La cárcel estaba prevista para quinientas mujeres y éramos diez mil. Una multitud de mujeres en un océano de inmundicia, de mierda, de sangre de menstruación, sin agua para asearnos, sólo para beber. Con piojos, con sarna, y sobre todo con tifus y disentería, que sacudían nuestros cuerpos mancillados. ¡El hedor era insoportable! A mí me llevaron a la galería de las madres: tres mil mujeres con sus hijos. Y eso era lo peor, los niños.

Medianoche dirigió la mirada hacia la pequeña Lucía, que se limitaba a escuchar con el ceño fruncido y con una frente pálida y arrugada por pensamientos de vieja. Rosario entendió lo que Medianoche quiso decirle con el gesto, pero se encogió de hombros.

—¡Que lo escuche! ¡Que aprenda! Nunca es demasiado pronto para que una mujer aprenda. A pesar de la epidemia de tiña que se declaró, las mujeres sostenían con brutalidad a sus hijos cuando se los querían arrebatar a la fuerza para llevárselos a la enfermería infantil. ¡Ya lo creo! Una enfermería estupenda en la que lanzaban aquellos cuerpos pequeños sobre las mesas o directamente al suelo y se los dejaba morir como camadas de cachorros. Mi hija todavía estaba dentro de mí y sigo sin comprender por qué suerte de milagro una vida tan débil pudo resistir sin alimentos, sin cuidados, en la desesperación y la enfermedad. En el fondo, creo que eso fue lo que me salvó. Me liberaron cuando llegué al noveno mes de embarazo. Hasta entonces, sobreviví por ella, por Andrés y también por la revolución. ¡Se podría decir que aún tenía la misma fe de los mártires de la época! La supervisora que me dio el alta no se cortó al soltarme: «¡Vete de aquí, sucia roja, vete a parir a la calle!». Puedes estar seguro de que, si hubiera estado casada con Andrés, capitán de la columna Durruti, jamás habría salido de allí, pero me consideraron una pobre chica perdida en la milicia. Una madre joven, casi una puta, lo que para mi salvación fue mejor que si hubiera sido una revolucionaria. Por eso, a Lucía sólo le he dado mi apellido.

Mientras hablaba, su cara se ensombreció, como si la indignación la hubiese cubierto con un velo opaco. Medianoche se obstinaba en pasar y volver a pasar las fotos de la miliciana en sus manos. Aquélla era la mujer a la que su amigo había amado. La mirada de Andrés aún parecía clavada en la hermosa joven que tan amorosamente había captado con su cámara de fotos. Esa sonrisa resplandeciente y esos ojos entornados y pícaros. Rosario iluminada por el amor de Andrés.

Medianoche acarició con un dedo el papel satinado, Rosario se mordisqueó el labio como si fuera a decirle algo, pero cambió de opinión y tendió una mano hacia la foto con brusquedad.

—Dame, voy a guardarlas. He hecho mal en sacarlas.

—No, son muy bonitas.

Medianoche no se atrevió a decirle que la bonita era ella, pero Rosario se sobresaltó.

Cuando se inclinó para reunir las fotos esparcidas por encima de la mesa, Medianoche vio asomar el nacimiento de sus senos por el escote del vestido. Olía al perfume de un jardín en verano, un olor a iris y a carne tierna. Era la primera vez que respiraba el perfume de una mujer desde tan cerca. No podía dejar de pensar que aquella desconocida que lo sumergía en una turbación tan nueva para él era la mujer de Andrés.

9

El capitán Andrés siempre iba en busca de algo, era un insatisfecho, un eterno inquieto. Medianoche acabó por comprender que se buscaba a sí mismo, y eso jamás lo encontraría.

La primera vez que lo vio, Medianoche no pudo apartar la vista de su espalda, de una herida gigantesca que iba, todavía ensangrentada, desde la nuca hasta los riñones. El hombre estaba tendido boca abajo en un jergón y la penumbra no le permitía distinguírle las facciones de la cara, de la que sólo adivinaba el perfil, cubierta por un mechón de pelo largo. A aquel tipo lo habían despellejado a latigazos, literalmente, tenía la espalda en carne viva y no había gemido ni una sola vez.

Medianoche acababa de llegar justo tres días antes al campo de Miranda de Ebro con una decena de compañeros transferidos al mismo tiempo. Como siempre, debía inspeccionar el entorno nuevo, compararlo con el anterior, captar de un vistazo los códigos de supervivencia vigentes en el lugar.

Pero ¡caray! ¡De repente, le asaltó la visión de aquel hombre despellejado vivo al que dos guardias habían lanzado a sus pies como si fuera la osamenta de un buey! Los demás prisioneros se precipitaron alrededor del herido gritando: «¡Andrés, es Andrés, *el Médico!*!», «¡Al pobre lo han pillado!», «¡Oh!», «¡Y los hijos de puta se lo han hecho pagar!».

Sí, había pagado el precio de su intento de fuga. Lo enterraron en la arena hasta la cintura, y el verdugo azotó a conciencia todo lo que sobresalía hasta

dislocarse la muñeca.

Andrés necesitó un mes entero para restablecerse. Los diez primeros días tuvo que permanecer tumbado boca abajo con el torso desnudo a pesar del frío que estampaba los cristales de escarcha, helaba el dormitorio colectivo y condensaba el aliento en la boca de los detenidos formando un pequeño copo blanco.

Aquel cadáver viviente, entre la frontera invisible de ambos mundos, permaneció tendido entre sus compañeros, tan desnudo y demacrado como un Cristo descolgado de la cruz. Ni siquiera le podían poner una camiseta, cualquier tela se le hubiera adherido a la carne. ¡Cuánto sufrimiento soportó aquel hombre al que todos llamaban con deferencia *el Médico*! ¡Nadie se lo podía creer! ¡Había que verlo para creerlo!

Y Medianoche lo había visto. Había visto las sombras planear alrededor del torturado, que deliraba de fiebre y tiritaba con tal frenesí que incluso se oía cómo le castañeteaban los dientes en la oscuridad.

La vida se le iba, y lo habría dejado tirado allí mismo como una vaina vacía si sus compañeros no hubieran luchado por impedir el desenlace final.

Lo alimentaron con una cucharilla durante un mes, como a un recién nacido. Los primeros días con agua azucarada y aspirinas que pudieron almacenar milagrosamente, ¡sólo Dios sabía cómo! Después, en cuanto fue capaz de tragar con más facilidad, le dieron la sopa y la leche condensada de las raciones que les distribuía la Cruz Roja. Y se relevaban para darle friegas en el pecho y los brazos para que entrara en calor.

Cuidados de nodriza. Aquellos hombres barbudos de rostro feroz libraban una batalla para arrancar a su compañero de las manos febriles de la muerte. Se lo debían. ¡El capitán Andrés! Que había defendido la ciudad universitaria de Madrid, que había participado en la batalla del Ebro. El Médico, oficial y facultativo.

Allí no había ni un solo hombre al que el Médico no hubiese curado durante los dieciocho meses que llevaba detenido en Miranda de Ebro. Ahora les tocaba salvarlo a él sólo con la fuerza de la amistad. Aunque habría que

llamar a las cosas por su nombre y decir *con la fuerza del amor*. Sí, era justo eso, amor, lo que Medianoche adivinaba en los ojos de aquellos hombres cuando intentaban sentar al moribundo con la precaución de una madre, cuando le sostenían la cabeza para alimentarlo e incluso cuando le limpiaban la mierda sin el asomo de una sola arcada cuando se cagaba encima.

En esa ocasión, el capitán sobrevivió. La muerte, aquella vez, sólo actuó en él como en un banco de pruebas. Entrenándose como si se tratara de un ensayo general. Y dio la estocada final cinco años más tarde en otra cárcel, en el centro penitenciario de Valencia.

En el recuerdo de Medianoche, Andrés está circunscrito a dos escenas de agonía, la del primer encuentro, en Miranda de Ebro, y la de la fiebre tifoidea, que esta vez no falló.

Entre las dos existió un hombre apasionado, un hombre apuesto, de complexión fina, de voz intensa y mirada cambiante. ¿De qué color eran los ojos de Andrés? Del color del humor que tuviera en cada momento. Azul lavanda cuando cantaba arias de ópera; verde lacustre, vasto y profundo, cuando hablaba de política o de filosofía; pero, de repente, si el demonio de la ira lo estocaba en un lado, su mirada se volvía gris, afilada como una espada. En ese instante, ¡pobre del que se interpusiera en su camino!

A ese hombre, la vida se lo había dado todo, absolutamente todo. Sin contar la mala suerte. Andrés era a la vez hijo de la fortuna y del infortunio. Todo lo que emprendía rozaba la perfección, pero la desgracia lo acometía en el último momento. Había protagonizado tres evasiones abortadas. Y proyectaba una nueva cuando la enfermedad le puso la zancadilla por última vez.

En el campo de Miranda de Ebro se unió al grupo de los Polacos, ocho atrevidos de las Brigadas Internacionales que tuvieron la valentía de perforar un túnel de al menos doscientos metros de largo. ¡Una tremenda proeza de valor y de organización! Unos compañeros de otro edificio los ayudaron

prendiendo fuego a los colchones para desviar la atención de los vigilantes. Una vez al otro lado del recinto, los prisioneros corrieron por los campos endurecidos por el hielo hasta el lecho de un río que empezaron a bordear. El curso de agua los condujo a la estación de Miranda de Ebro.

Cuando llegaron a la estación se escondieron detrás del almacén de carbón hasta que anocheció. Un maquinista pasó a dos metros de ellos empujando una carretilla chirriante. El hombre los vio. Con sus uniformes marrones y la cabeza rapada típica de los Polacos, no cabía duda de dónde salían. El maquinista se detuvo, como petrificado, con las manos tensas en los mangos de la carretilla y, mirándolos intensamente, pronunció en voz baja una sola palabra: *¡República!*

El hombre los ayudó a subir en un tren de mercancías, bastaría con que se colaran de dos en dos en los vagones cubiertos con una lona cuando él les diera la señal. Los ocho polacos ya estaban colocados y el tren a punto de ponerse en marcha, sólo quedaba Andrés en el andén. Las sacudidas de los últimos vagones le encogieron el corazón. ¡Maldita sea! ¡No eran más que depósitos! Vio la cola del tren y, de un salto, se abalanzó sobre el timón.

El tren estaba saliendo de la estación cuando, a la luz vacilante de las farolas, el guardia civil que acababa de irrumpir en el andén con las manos aún calientes de habérselas frotado por encima de la estufa, un andaluz friolero que nunca se aclimataría al frío de mil demonios que hacía en aquella maldita provincia de Burgos, vio un bulto enroscado en la parte trasera del último vagón. Disparó. Algo cayó en los raíles emitiendo un ruido seco, como un saco de cemento.

En plena noche, Andrés, con la rabia en el estómago y una bala en el muslo derecho, fue devuelto al campo.

10

¿Por qué milagro un hombre como Andrés pudo interesarse por Medianoche? No sólo por humanidad, como un médico se ocupa de sus semejantes, sino hasta el punto de convertirse en su amigo. Un instinto inexplicable los atrajo, una necesidad misteriosa, como en el amor. Sin duda, la amistad no se forjó en un día, ni en un único campo de concentración. Sino en dos. Cuando se reencontraron al cabo de seis meses, transferidos al campo de San Juan de Mozarrifar, una antigua fábrica de papel de reputación siniestra a las puertas de Zaragoza, recompusieron una especie de familia en la que Andrés hacía las veces de padre.

Aunque en los últimos tiempos en Miranda de Ebro, Medianoche había oído cantar a Andrés, cuando llegaron a San Juan pensó que no sería en aquella ratonera en la que se hacinaban diez en una celda de dos por tres metros donde su compañero se prodigaría con el *bel canto*.

En Miranda de Ebro, las arias de Andrés y su voz vibrante de tenor se hicieron indispensables para los prisioneros, ésa era su victoria. Y aunque fuera del todo consciente, no se enorgullecía de ello, sólo una alegría apacible aclaraba su mirada.

—Quieren destruirnos —decía—, no sólo físicamente, sino también nuestro pensamiento, nuestra alma, si es que tenemos alma; en cualquier caso, nuestro más profundo ser por medio de la humillación, para que lleguemos a olvidarnos de que somos hombres, para que, a fuerza de ser

tratados como perros, nos creamos perros, animales, parásitos. ¡Unos rojos canallas! Pues, muy bien, yo soy un canalla que hará que Mozart penetre en sus alambradas. ¡Viva la vida! ¡Viva la inteligencia!

Ése era el grito exultante de Andrés como antídoto al grito necrófilo de «¡Muerte a la inteligencia! ¡Viva la muerte!» que Millán-Astray, el jefe de la Legión, una caricatura de hombre al que le faltaba un brazo, una pierna, un ojo y el corazón, profirió contra Unamuno el 12 de octubre de 1936 en el templo de la inteligencia, la Universidad de Salamanca.

Y Andrés entonaba el «*Se vuol ballare, signor contino*» de *Las bodas de Fígaro*.

Cuando el Médico hubo recuperado la salud, Medianoche comprendió por qué todo el mundo le profesaba semejante admiración. No sólo curaba el cuerpo de los prisioneros, también había emprendido la tarea de alfabetizar a los más ignorantes, y a todos, sin discriminar a nadie, les recitaba poemas de Góngora, de Garcilaso de la Vega y del *Cancionero*.

¿Cómo aquel hombre podría haber memorizado todas aquellas estrofas? Era prodigioso. En el campo superpoblado de Miranda de Ebro no le faltaba audiencia. Por su posición estratégica en el centro de España, se había hecho de él un centro de selección al que las diferentes provincias enviaban a sus prisioneros. Allí se agrupaba a los presos de las Brigadas Internacionales, donde una cincuentena de nacionalidades se comunicaba entre sí en todas las lenguas de Babel.

Quizá por eso las condiciones allí eran ligeramente mejores que en el resto de los campos. Se tenía más consideración, sobre todo con los anglosajones. Ingleses, canadienses y estadounidenses estaban mejor alimentados y no se los sometía a torturas. ¿Qué habría dicho al respecto la comunidad internacional? Al día siguiente de finalizada la Segunda Guerra Mundial, el poder asoció el adjetivo *internacional* a otra cosa que a *bolchevismo*, *francmasonería* o *judío*. Por tanto, había que desconfiar de la mirada de lince y de la prensa enfurecida de la comunidad internacional, siempre dispuesta a espiar y a escrutar a una España Unida, Grande y Libre a

través de la barrera de los Pirineos y las alambradas de los campos de detención.

Los prisioneros extranjeros gozaban de un trato de favor e incluso del lujo de un cuenco de café por la mañana. Siempre que los torturadores pudieran resarcirse con los españoles y, mejor aún, con los curas vascos... Entre la especie eclesiástica, los religiosos vascos eran una rareza. Habían tenido la desfachatez de oponerse al levantamiento fascista y declararse fieles a la República. A ellos les reservaron las peores humillaciones. Les rasuraban el pubis y los obligaban a bailar, con el culo y los huevos al aire, delante de las mujeres. Los curas de la República lloraban de vergüenza.

¡Pobres desgraciados! Nada que ver con el hijo de puta del sacerdote de aires zalameros que acudía a celebrar la misa dominical. ¡El portador de sotana más demoníaco de todos! Sus sermones revolvían más las tripas que un litro de aceite de ricino.

Medianoche recordaba perfectamente el primer sermón que les dio. ¿Cómo olvidarlo? De cara redonda, con unos rasgos sin relieve, como difuminados por la oración, aquel hombre pequeño empezó contándoles una historieta enternecedora:

—Imaginaos que le roban la aguja a una pobre modista que sólo tiene esa herramienta para dar de comer a sus hijos. Se trata de un crimen, queridos hermanos. Un crimen horrible, pues se le quita la vida a toda una familia. ¿Es verdad o es mentira?

Y el montón de detenidos aprobó:

—¡Sí, es verdad! ¡Sólo le faltaba eso!

Entonces, el cura retomó la historia con tono satisfecho:

—Imaginaos ahora que le roban diez mil pesetas a un hombre que posee muchos millones. ¿La ofensa es de la misma naturaleza que la perpetrada contra la desgraciada modista?

Miles de voces exclamaron:

—‘¡Hombre!’ ¡Por supuesto que no!

—Tenéis toda la razón —prosiguió el cura—. El delito no es el mismo, pues deben medirse las consecuencias que cada uno implica. Y el ladrón de la aguja debe ser condenado con mucha más severidad que el ladrón de billetes.

Un murmullo de aprobación circuló entre las filas. Incluso los más anticlericales levantaron hacia el joven cura, que predicaba la verdadera justicia cristiana, una mirada impregnada de asombro agradable.

En ese momento, el tragasantos entonó con voz histérica y sin tomar aliento:

—¡Lo habéis comprendido perfectamente, desalmados, lo habéis comprendido, bandidos, escoria humana! ¡A ojos de Dios no todos los crímenes son iguales! Así pues, asesinar a un cura, a un funcionario o a un hombre con responsabilidades, que son los defensores de la sociedad y de la religión, es un crimen atroz, mientras que matar a un obrero, un ateo que no piensa más que en quemar el tejado de quien le ha dado refugio, en morder la mano de quien le ha dado de comer, en destruir nuestra civilización cristiana y, en definitiva, en matar a un enemigo de Dios, he aquí que no debe ser considerado un crimen, sino una obra reparadora.

¡Menudo sinvergüenza! ¡Los había engañado! A su alrededor, Medianoche oyó cómo se propagaban los gritos de «¡maldito cura!», «¡cabrón!», «¡hijo de la gran puta!».

Aquel energúmeno, que respondía al nombre de *padre Pancraccio*, regresaba cada domingo para rociarlos con parábolas obscenas. El anticlericalismo de Medianoche se debía a ese miserable con sotana que se crecía a la sombra de los campos de concentración, más tenaz que una columna de chinches, amante del sabor a sangre y que ensanchaba las narinas cuando apestaba a sudor y mierda.

Aquel bajito y maquiavélico cura de Miranda de Ebro, o el capellán de Castuera, un ogro que proclamaba a los cuatro vientos que les haría envidiar a los muertos, todos esos hombres de Dios tuvieron más éxito que el discurso de Andrés en hacer de él un ateo inquebrantable.

El capitán Andrés, devorado muy pronto por la sombra que lo acechaba y que se lo llevó, sí, que acabó por arrebatarse la vida en Valencia en 1948.

Cuando protagonizó la evasión de Miranda de Ebro todavía le quedaban cinco años de vida.

Andrés decía que el hombre estaba hecho para el arte y no para la muerte. Al principio sólo suscitaba risitas burlonas con la palabra *arte*, tan incongruente como una etiqueta de lujo pegada en el uniforme de un recluso. Con paciencia, sin perder el aplomo, Andrés explicaba que si el saber era noble, más grande aún era el arte, puesto que el saber estaba a disposición de todos, estaba ahí, estaba dado. A cambio, sólo requería aplicación. El saber era la verdad y había que buscarla sin descanso, era un deber, pero el arte, sin embargo, el arte había que inventarlo siempre. El arte era una puerta abierta, la libertad del hombre.

Como la mayoría, Medianoche no comprendía gran cosa de esas distinciones, demasiado sutiles para él. Necesitó tiempo y el favor de la intimidad, que se incrementó poco a poco cuando volvieron a encontrarse en el campo de San Juan de Mozarrifar.

El arte, lo que Andrés llamaba *arte*, era la fascinación por descubrir cada mañana los tridentes caprichosos que habían dejado las patas de los pájaros en la nieve.

—Mira —le decía—, los gorriones nos han escrito una carta, un lenguaje que sólo el corazón puede descifrar.

Decía que nada se llevaba a cabo sin inspiración, sin ‘duende’. Ni el diagnóstico de un médico, ni la interpretación de un comediante, ni el cepillado con garlopa de un carpintero. Por su parte, Andrés lo hacía todo con ‘duende’, a su manera, a su medida, esforzándose por salvar almas enseñando ante todo lo que era ser hombre.

Medianoche había visto a prisioneros morir de hambre en San Juan. Como moscas. A cientos. Aquel al que su familia no le llevaba nada, estaba condenado a la hambruna y a la muerte.

Muertos de hambre y también de pudor. Aquellos esqueletos vivientes se

apartaban apenados, cuando los más afortunados deshacían sus paquetes e hincaban el diente a la hogaza o el tocino. Semana tras semana desviaban la mirada sin conseguir acallar los retortijones que les sacudían el estómago.

—¿A ti nadie viene a verte? —preguntó un día Andrés a Medianoche.

—Mi madre ha hecho lo que ha podido, la pobre mujer. A Castuera sí que iba, no estaba a muchos kilómetros de casa. Pero mi padre ha muerto y el pan, imagínate, ni siquiera le llega para ella y para mi hermana. Así que los viajes...

—Y desde entonces, ¿nada?

—¿Cómo que nada? ¿Tú qué te crees? ¿Que no es una buena madre? —contestó Medianoche—. No te imaginas el esfuerzo que hizo. Estuvo un mes entero en Miranda de Ebro. Durante la época de la vendimia trabajó sin cobrar para un viticultor, sólo para tener cama y comida. Y venía a verme con provisiones dos veces a la semana.

¡Vaya insinuaciones! El joven campesino reprochaba a su mentor, el sabio médico, que pusiera en duda el cariño de su madre sólo porque desde que se habían conocido nadie había preguntado jamás por él en la sala de visitas, mientras que Andrés recibía dos veces a la semana la visita de su hermana, que lo surtía de provisiones y ropa limpia.

¿Qué sabía ese ‘científico’? Ignoraba que la primera vez que había ido a verlo, su pobre madre permaneció cinco días plantada en la puerta de la prisión hasta que le autorizaron la entrada.

Cuando por fin consiguieron verse a través de las rejas, Medianoche la encontró pequeña, mucho más pequeña que en su recuerdo, y más vieja. ¡Oh! Consumida y arrugada como una castaña pilonga, parecía su abuela Juana.

Ella no le dijo cómo lo había encontrado a él, pero lloraba. No paraba de sorber y sonarse los mocos ruidosamente, de modo que a Medianoche le costaba entender lo que le contaba entre el guirigay de familias que vociferaban sin parar a uno y otro lado de las rejas.

Él le dijo que se alegraba de que gozara de buena salud. ¿Cómo estaban padre y la hermanita? «¡Dios mío! Seguimos adelante como podemos. ¿Qué otra cosa podemos hacer?» Nuria estaba colocada como criada en Toledo; en cuanto al padre, se había quedado paralizado junto al fuego después de sufrir un ataque que lo había dejado prácticamente incapacitado. No duraría mucho. Era cuestión de semanas. ¿Y quién se ocupaba de las mulas? Nadie. Ya no tenían mulas. Les habían confiscado los campos de trigo, la viña y los animales. Todos los bienes de los republicanos se los habían quedado los nacionales, la mayoría de las veces los mismos vecinos que los habían denunciado. Estaba contenta, al menos, de haber conservado la casa y no haber sido ‘desterrada’, condenada al exilio, como la familia de los Urbina, sus primos. Los habían echado de sus casas, a todos. ¡Incluso a la abuela la habían puesto de patitas en la calle en pleno invierno con ochenta años!

La madre le tendió un hatillo por la reja.

—Toma, habas y arroz. Es todo lo que he podido conseguir. ¡Ay, hijo mío! ¡Te traía una tortilla de patatas de seis huevos, una maravilla de tortilla, como a tu padre y a ti os gusta! Pero los guardias no me la dejaban pasar. Venía todas las mañanas con mi tortilla y nada. Siempre me decían que los papeles no estaban en regla.

Se puso de nuevo a sollozar aferrándose a los barrotes. Tenía las manos deformadas y sucias, las uñas ennegrecidas por el trabajo en la tierra.

—¡No, no, madre! ¡No llore! ¡Pare de llorar! Al final la han dejado entrar, y estoy aquí, vivo y delante de usted, con salud y muy contento de verla. ¿Por qué llora?

—Es que me la comí... Sí, volvía cada día a los viñedos con la tortilla en la cesta, pero al quinto día, me la comí. ¡Era para ti, hijo mío, ¿lo entiendes?, y me la comí!

La mirada de aquella mujer de negro, tan pequeña que parecía una chiquilla disfrazada de anciana, con el pañuelo anudado bajo la barbilla, no podrás

borrarla de la memoria, Medianoche, no te desharás de ella en mucho tiempo. Ni de sus ojos ardientes de desesperación. Ni de esta frase: *Era para ti y me la comí*. Se reprochaba habérsela comido y no haber encontrado sabor a arsénico en aquel plato que ella quería que fuera para su hijo, se reprochaba haber distinguido solamente el sabor desabrido porque ya empezaba a enmohecerse. Se la comió con un apetito voraz porque tenía hambre y tirar la comida era un delito.

¿Cómo aquel buen médico con rango podría haber entendido las lágrimas de la anciana por la tortilla? ¿Qué sabía él, ese teórico de la CNT, de la gente humilde y de la vida? Medianoche levantó la barbilla hacia el capitán con aire hostil.

—¡Cálmate, chico! —le dijo Andrés—. Lo único que veo es que nunca te llaman a la sala de visitas, mientras que a mí me visita mi hermana y me trae alimentos con regularidad. No hay razón para que te enfades. Los compartiremos. Y no sólo contigo. Todos los que recibamos paquetes o dinero para comprar comida en el economato deberíamos ponerlos en común y compartirlos con los que no tienen nada.

Así fue como Andrés instituyó un fondo común en San Juan de Mozarrifar con el que se granjeó no sólo amigos. Moscardel, un catalán que se dedicaba a aleccionar con el pretexto de que ya peinaba canas, se empeñó en frustrar el proyecto. Sin embargo, siendo un militante comunista como era, la idea debería haberle gustado. Pero, justo por eso, le desagradó. En el fondo común, Moscardel encontraba las prácticas de autogestión libertarias que establecieron los anarquistas en las colectividades agrarias y que tan bien habían funcionado.

Moscardel consideraba todo aquello con acritud, con el odio histórico que sentían los comunistas por los anarquistas. No perdonaba a Andrés la victoria de la CNT y de la FAI sobre los fascistas en Barcelona en julio de 1936.

Los dos hombres ya se habían enfrentado violentamente retomando la

vieja querrela de Marx contra Bakunin. El comunismo enarbolaba la palabra *pueblo* como una porra que blandía por encima de su adversario. «¡El pueblo, sí, pero no el poder! —replicaba Andrés—. Todo poder corrompe. ¡La dictadura del proletariado es una monstruosidad!»

—¡Menuda panda de iluminados! —chillaba Moscardel—. De todas formas, si no hubiera estallado la guerra, tampoco podríamos haber gobernado con gente como vosotros.

Aquello era demasiado para Andrés, que bramaba:

—¡Por eso nos traicionasteis, por eso la URSS envió a sus tropas contra el POUM y la CNT y por eso Negrín suprimió nuestras comunidades agrarias en el treinta y siete! Hizo todo lo posible por erradicarnos antes de abandonar Madrid asediada. ¡Ah! ¡Ni se molestó! ¡Sálvese quien pueda hasta Valencia con armas y equipaje: su gobierno de oficinistas bolcheviques y todo su ejército! Afortunadamente quedaron valientes como Durruti para defender Madrid. Yo estuve en su columna. Perdimos mil hombres en la batalla de la Ciudad Universitaria. Y a él, a Buenaventura Durruti, abatido de la manera más vil: de una bala en la espalda. ¡Una bala comunista! ¡Que no me digan lo contrario!

—¡Anarquista de los cojones! —vociferaba Moscardel—. ¡Tu amigo Durruti se suicidó! ¡El héroe se acojonó, ésa es la pura verdad!

La verdad sobre la muerte de Buenaventura Durruti, el mítico líder anarquista, no la sabremos jamás, no hay duda. Es uno de los enigmas más controvertidos de la guerra. Una bala lo mató el 20 de noviembre de 1936 en pleno Madrid cuando salía de su coche acompañado por su chófer y el sargento Manzana. La versión oficial dice que fue víctima de un disparo accidental de su propia arma, sus enemigos sostienen la hipótesis del suicidio, mientras que los anarquistas sospechan de la traición de uno de los suyos a sueldo de los comunistas.

Por lo general, las discusiones sobre política no degeneraban en peleas, al

contrario: el pensamiento se aguzaba con los enfrentamientos ideológicos. Hacía mucho tiempo que se intentaban comprender las causas de la derrota. Se comentaban con pasión las noticias del mundo exterior, la invasión de Polonia y el pacto germano-soviético. ¡La alianza de las dictaduras! ¡Nada de aquello se podía entender! ¡Era para volverse loco! Y cada uno hacía sus propias conjeturas defendiendo la línea de su partido. Aquella guerra mundial que había arrancado a continuación de la guerra española se seguía frenéticamente, recopilando noticias en las salas de visita o por medio de periódicos clandestinos. En ningún otro lugar la conciencia política estaba tan despierta como entre aquellos hombres devorados por los piojos y la sarna.

Pero un día, la artillería de la retórica, con sus *hijo de puta* y sus redundantes *cornudo*, acertó en el blanco, hasta el punto de que el asunto no salió bien y los dos hombres llegaron a las manos. Se agarraron del cuello como gallos de pelea y no tardaron en rodar sobre el polvo, aferrados con rencor el uno al otro. Sin vacilar, Medianoche saltó sobre Moscardel para intentar separarlos.

—¡Suéltame, chaval! —gritó el catalán, levantándose—. Deberías buscarte otra ocupación que no sea la de lamerle el culo sarnoso a este ‘señorito’. ¿Acaso no ves que te trata como a un esclavo? ¿Así es como los anarquistas se desentienden de la jerarquía y del poder? Ya puedes decirle a tu maestro que a mí no me la pega, hace un siglo que le vi el plumero a ese pájaro.

Moscardel se agachó entre la algarada para recoger el botón que se le había caído de la chaqueta, y se retiró a su cuarto tambaleándose. A partir de ese momento, los enemigos se miraban siempre de reojo, se evitaban.

La idea del fondo común echó leña al fuego. El catalán volvió a la carga insinuando con perfidia que sabía perfectamente que el Médico se aprovecharía del fondo para llenarse los bolsillos, pero tuvo que tragarse sus sucias palabras. Aquella vez, Andrés había llevado a cabo una campaña eficaz entre los prisioneros y convencido a los más individualistas.

Un centenar de detenidos se unieron al proyecto, lo que hizo que en el ala sur de San Juan de Mozarrifar ya nadie muriera de hambre, sino de epidemias o de las palizas contra las que ni siquiera el Médico podía luchar.

11

Los ojos oscuros de Medianoche, esos ojos extraños en los que apenas se vislumbraba el blanco, devorado por unas pupilas desmesuradas como dos bolas de carbón, seguían cada gesto de su compañero. Allá adonde fuera el Médico, iba el joven de boca quebrada. Ésa era la causa de las burlas de Moscardel.

Y ésa era la pura verdad. Los dos hombres nunca se separaban. Y no por las razones miserables que había aducido el catalán, sino porque una amistad, tan irracional e imprevista como el amor, los había acercado para siempre.

Como en el amor, el propósito era menos importante que el deseo de amar. Y si bien Medianoche tenía la necesidad de admirar locamente, Andrés no podía vivir sin transmitir, sin dar. Había encontrado en aquel joven campesino ingenuo de cara torcida un alma inquebrantable y un corazón leal.

Invierno, siempre era invierno, como si en el interior de los campos de concentración el tiempo se hubiera detenido en esa estación maléfica sin lumbre ni mantas. Sin mantas, sí. El economato no proporcionaba mantas a los reclusos de San Juan. «¡Que os vistan y os abriguen vuestras familias, parásitos de la nación!» Andrés había conseguido una gracias a su hermana y la compartió enseguida con Medianoche.

Y he aquí que el frío aprieta en el dormitorio colectivo y puede oírse el castañeteo de los dientes en el silencio. Enrollados en aquella única manta, los dos hombres tardan en conciliar el sueño.

—¿Por qué? —le pregunta Medianoche—. Tú debes de saberlo.

—Porque el hombre quiere dominar. Siempre. Es su razón de ser. Todos, tantos como somos. Todos nos creemos superiores. Incluso los santos quieren aplastarnos con su santidad.

—Pero la sangre, ¿por qué?

—Porque les gusta el olor. Como a las fieras. Yo también la he vivido. Yo, que creía odiarla, la he vivido y me ha gustado.

—¿El qué?

—La guerra. El juego con la muerte. El estremecimiento, el horror. No puedes imaginártelo, pero se disfruta, camarada.

—¿Cómo que se disfruta?

—Sí. Vibras como nunca. ¿Cómo puedo explicártelo? Mira, el instante supremo de la alegría de vivir es ese en el que se roza la muerte. Tuve esa sensación en las barricadas. Cuando los camaradas caen abatidos, y tú permaneces en pie y sigues ametrallando como un loco furioso, y el corazón te palpita de dicha en el momento en que de una ráfaga arrancas la cara de un falangista que asoma por la trinchera.

—¿Tú? ¿Me estás diciendo que disfrutas matando? Me dijiste que la guerra era lo que más odiabas.

—Y la odio, sobre todo ahora que la conozco.

—¡Por el amor de Dios, Andrés! No intentes hacerme creer que eres un monstruo. ¡A mí, que te tengo por un valiente y un santo!

Medianoche oye cómo Andrés se ríe con sarcasmo en el camastro que comparten; después, su voz suena un poco ahogada, como amortiguada por una fatiga repentina.

—Ya está bien, jovencito. Será mejor que te calles. Buenas noches.

—¿Cómo? ¿Qué he dicho?

—Eso de que me tienes por un santo —murmura Andrés, con la cara contra la pared—. Me da la impresión de que soy de esos que acumulan buenas acciones y que dan sermones, aunque sean un poco menos repugnantes que los del padre Pancracio. Voy a decirte dos o tres cosas, chico, de las que no hay que enorgullecerse. Es verdad que existe el combate, la batalla, para jugar a ser héroes, y yo no me he privado de él. Después está

la posguerra, la derrota. No pensábamos que llegaría, ¿eh? Sin embargo, llega, y los ganadores nos la han hecho tragar con embudo procurando que quede bien apretujada y sea interminable. «Mientras los perdedores vivan, serán testigos de su derrota.» Eso es lo que decía, desde mil novecientos treinta y nueve, mi compañero, el diputado socialista Ángel Esquina, en el centro de interrogatorios de la calle Almagro, en Madrid.

Medianoche ya había oído hablar de ese centro de interrogatorios. En él se agrupaba a la flor y nata de los intelectuales republicanos. Sabe que Andrés pasó allí un mes y que lo interrogaban a diario. En manos de seis o siete bárbaros, cada vez salía de allí molido del todo. ¡Hecho trizas! Le rompieron los dientes, las costillas, la tibia. Lo peor era que antes de interrogarlos, golpeaban a los prisioneros para «ablandarlos», como un carnicero trabaja una pieza de buey, a mazazos. Eran unos sádicos que disfrutaban de lo lindo con aquel entretenimiento.

—En la calle Almagro —dice Andrés—, aquellos cabrones hacían hablar hasta a las piedras. Incluso los más firmes sucumbían.

—¿Y alguno se fue de la lengua?

Medianoche vuelve a utilizar sus expresiones de pueblo, una perífrasis pomposa para no decir lo que justamente Andrés le responde sin tomar aliento.

—¿Quieres decir que si alguno me traicionó? Sí, dos. El más joven se suicidó al día siguiente estrangulándose con el cinturón. De vergüenza. El otro prosiguió con su carrera como delator denunciando a todos los que formamos parte de la columna Durruti. Era mi amigo Gonzalo, uno de los más valientes, que luchó como un león en la batalla de la Ciudad Universitaria. Nos conocíamos desde hacía mucho tiempo. Entramos en la misma sección de la CNT en el treinta y dos. Ya ves, ¿quién llega a conocer de verdad a la gente? Cuando firmé mi declaración, Gonzalo me había acusado de tantas cosas que sabía que iría de cabeza al pelotón de fusilamiento. Así que volví del tribunal con la Pepa, la pena de muerte, como la mitad de los doscientos compañeros a los que juzgaron aquel día.

—Pero te salvaste. ¿Qué pasó?

—Pues ¡que tuve suerte! Fue un milagro o posiblemente un error. Al final, vete a saber por qué, mi sentencia fue conmutada. Esperé durante un año en la fila de los condenados a muerte, temblando cada noche por si venían a buscarme. Tiritaba de miedo. Es increíble que nos apeguemos a nosotros mismos, incluso a la más perra de las vidas más perras. Pero lo peor, camarada, es cuando te despiertas sobresaltado; el corazón se te sube a la garganta y te asfixia, y no es tu nombre el que pronuncian, sino el de otro. El de tu compañero de camastro.

—¿Y por qué es lo peor? Lo peor hubiera sido que te llamaran a ti. ¿Ves cómo eres? Siempre lo he sabido: el mejor de todos nosotros.

—Basta, aún eres un chiquillo. Ya te he dicho que no me conoces. ¿Quieres saberlo? Lo peor es que en esos momentos no pude reprimir la alegría inmensa que me embargaba. Una dicha incontrolable. Sin embargo, al mismo tiempo maldecía aquella mierda de deseo de seguir con vida. Otro prisionero iba a ser acribillado por las balas contra un muro, otro. Y yo seguiría un día más con vida.

Medianoche se calla. Andrés se equivoca, ya no es ningún niño. Cierra el pico porque sabe que no tiene nada que añadir a la vergüenza que lo invade: la viva alegría del superviviente.

Escuchas cómo la cálida vida te golpea las sienes, te acurrucas en ese centro que eres tú mismo, ese hueco, ese nicho, cómo quien duerme en el calor de su cama. No te arrebatarán la vida como te han arrebatado el sueño. Nada importa, sólo la conciencia que vibra en ti, tan sensible como las antenas de una mariposa, la conciencia que no quiere morir.

Por primera vez, al verlo compartido, comprendes ese sentimiento impuro que tú también sufriste cuando te enteraste de que habían matado a tu hermano.

Lo sacaron de casa a palos, en camiseta interior y sin camisa. «Medio desnudo, el pobrecito», es lo que te contó tu madre en la sala de visitas con la voz apagada. Ella, que chillaba como una loca cuando los falangistas

metieron a empujones al muchacho en un camión con otros once. Los llevaron a Cáceres para juzgarlos. No había pasado ni media hora cuando oyó el crepitar de un tiroteo que se repitió doce veces, como una pesadilla sin fin, cerca de la finca del Madronal. El camión regresó vacío al caer la noche. El oficial se desternillaba sin vergüenza. «Sólo era un paseo, ¿qué os pensabais?» El «paseo», el camino hacia la muerte.

Mediodía te llamaría con toda su alma al subir al camión, escrutando con ansia el asfalto de la carretera por la ladera de la colina por la que aparecerías. ¡Seguro que sí! Te esperó desesperadamente. Esta vez no dejarías que se fuera solo, tú, el mayor. Siempre le habías prohibido que se marchara sin avisar. Le habías impedido que cometiera la solemne tontería de enrolarse en la milicia. Siempre estabas ahí. Y estarías allí, deberías estar allí para impedir...

Pero cuando vio desplomarse a Saturnino y a Pedro y a Mateo, e incluso a Luisa, la única mujer elegida en el consejo municipal, que se puso las gafas para mirar de frente a la muerte, comprendió que por fin había llegado su turno. Y cuando cayó de rodillas, porque él no era ni una mujer heroica, ni un soldado, sino un niño, comprendió que no vendrías.

Y ahora eres tú, Medianoche, el que se arrodilla, noche tras noche. Los disparos te estallan en los pulmones, y un mar de sangre te sube hasta los labios y te desplomas. Yaces en tu cama sin conciliar el sueño, condenado a ver una y otra vez, sin remisión, la luz de septiembre que se extingue en los ojos abiertos de tu hermano pequeño. Mediodía, enterrado junto a los otros once cuerpos en una fosa común bajo los madroños, a dos kilómetros de Montepalomas.

Gusanos blancos le cruzan el rostro, y las raíces de los abetos se hunden hasta las cavidades terrosas de su abdomen. Ya no espera el juicio final, ni la justicia de los hombres. La historia lo ha borrado. No espera nada, sólo que un perro lo desentierre un día. A un hombre muy joven excluido del mundo de los vivos. Tu hermano, no tú.

Medianoche sigue acurrucado contra su compañero bajo la manta repleta de

piojos. Las picaduras exasperantes de aquellos bichos le hierven la sangre y le recuerdan, ¡Dios mío!, lo vivo que está. Medianoche se ve ahora como en un espejo. Ha visto su rostro. ¿Acaso no ha cumplido ya la edad suficiente para ser un hombre que se conoce a sí mismo? Sin embargo, se calla.

Andrés retoma la conversación en un murmullo.

—Noche tras noche aguardaba, con el oído impaciente a la llamada, pero, en aquella ocasión, la muerte se había olvidado de mí.

—¿No crees que fue gracias a tu padre? Era un marqués, ¿verdad? Seguro que tenía influencia.

Andrés se vuelve de repente, y Medianoche sofoca un grito al recibir de su flaco brazo un codazo en pleno tórax.

—¡¿Las influencias de ese basura?! ¡¿Sus artimañas?! ¡Nunca! Sólo llevo su nombre. Sólo su nombre. Mi padre en su vida habría movido ni el dedo meñique para interceder por mí. Más bien habría activado la sentencia. Ya no era su hijo, sino un traidor, un asesino.

Historias familiares. Medianoche no debería haberlas tocado. No tiene nada que responderle. Se hace invisible, tendido boca arriba, recto como un yacente. La manta es demasiado corta y, enredada, apenas les llega a los tobillos.

—¡Joder! ¡Tengo los pies helados, camarada! —exclama Andrés intentando retener la manta—. Venga, es inútil hurgar en el pasado. Duérmete ya, muchacho. Mañana tengo una sorpresa para ti.

Al día siguiente, Andrés llevó a su joven compañero a la sala de visitas y le presentó a su hermana, Mila. Era una mujer alta y delgada, con mechas grises y de gestos nerviosos. Tenía treinta y seis años, pero aparentaba cincuenta.

A pesar de que Medianoche no estaba acostumbrado a ver mujeres, a Mila no pudo encontrarla guapa. Tenía la tez amarillenta, las ojeras marcadas

y dos hoyuelos tristes, uno a cada lado de la boca. Su cara transmitía amargura, pero sonrió.

Con una sonrisa llena de gracia, luminosa, que dejaba entrever unos dientes menudos perfectamente alineados. La misma sonrisa del hermano.

—Mila, te he traído a mi compañero Medianoche, estaba deseando conocerte.

Ella repitió, con una sorpresa incómoda:

—¿Medianoche?

—Miguel, me llamo Miguel. *Medianoche* es un apodo, en el pueblo todo el mundo tiene uno para toda la vida.

Aparentemente, Mila no conocía las costumbres de los ‘pueblos’; era una mujer de ciudad, una persona distinguida, una cantante de ópera.

—¡Al diablo si mi amigo Medianoche se llama Miguel! —exclamó Andrés—. ¡Qué más da! Es demasiado tarde para cambiar de nombre. Este joven sólo tiene una ilusión: ir a escuchar cómo cantas *Norma* cuando salgamos de aquí.

Mila se llevó las manos a la cara, como si fuera a llorar, unas manos finas con las uñas translúcidas y las venas marcadas como cordoncillos azules.

—Sí que saldrás, pero yo ya no sé si podré cantar.

—¡Claro que sí! —dijo Andrés—. Quiero que practiques cada día, que cultives tu voz, que la valores. Mila, Mila, tu voz es tu ser.

—¡Y tú te crees que en la pensión de la ‘señora’ Serafina me permiten cantar!

Mila nunca más interpretó *Norma* en la ópera de Madrid. La guerra la enmudeció. El hermano y la hermana amaban apasionadamente el *bel canto* desde la infancia, pero, al contrario que Andrés, que seguía cantando para sus compañeros y para la vida, Mila luchó en la soledad y, poco a poco, en el silencio. Había tomado partido por su hermano frente a todos, la familia de Valdefiel y sobre todo su padre, el marqués, que, llevado por la ira, renegó de

los dos.

Don Alonso de Valdefiel fue uno de los primeros en unirse a Franco al día siguiente del ‘pronunciamiento’. La rabia de ver a su hijo destacar en la columna Durruti lo asfixiaba. Pero que Mila, que se acercaba a la cuarentena, que ya no se interesaba por los hombres sino por las ideas, se hubiera erigido en defensa del renegado, eso nunca se lo podría haber imaginado. ¡Mila, esa hija ya entrada en años que sólo vivía por su arte!

El viejo marqués era un aragonés testarudo. ¡Como el granito monolítico! No había nada que hacer, nunca se valdría de sus influencias para liberar a su hijo. «¡Tiene lo que se merece! ¡Sólo me faltaba eso, un rojo en casa de los Valdefiel!», vociferó cuando Mila quiso defender la causa de su hermano.

Mila abandonó la casa paterna con sus joyas y un paquete de bonos del tesoro que había heredado de la madre. Tras lo cual, adiós muy buenas. Su única razón de vivir se convirtió en un peregrinaje incansable: seguir a su hermano de prisión en prisión para impedir que muriera. De una pensión familiar a una habitación de un hotel miserable en ciudades desconocidas, hostiles, para llevarle tres veces a la semana comida y consuelo.

Mila acompañó a su hermano durante años como una esposa, mientras que Rosario, la amante, no tenía derecho a visitas. Una tenía a la hija, la otra compartía el destino del cautivo.

«Una mujer de ojos ahumados», pensó Medianoche. Su mirada era gris y muy triste, como bañada en melancolía, como si tuviera el alma enferma.

—Escucha... —Se detuvo, no acabó la frase, que quedó suspendida en pleno vuelo como una nota alta.

»No, nada —dijo, negando con la cabeza—. No vale la pena.

—¿El qué no vale la pena? —preguntó Andrés.

Un acceso violento de tos la sacudió. Mila se volvió y después prosiguió

con voz ronca:

—Te he traído más provisiones que de costumbre porque me voy a ausentar unos diez días. He de ir a Madrid a por dinero.

—Entonces, podrás ver a Rosario y a la niña. Tráeme un recuerdo de ellas. No sólo cartas, me gustaría algo más personal. Pelo. Sí, pídele un mechón de pelo. —Después, con una risa forzada, y dando a Medianoche una colleja en la nuca, añadió—: Y a éste, me gustaría que le trajeras una manta de regalo. No te olvides: una manta bien caliente para mi amigo Medianoche, de nombre *Miguel*. ¡Este tío tiene las patas demasiado largas como para que sigamos compartiendo la misma!

Mila les tendió su mano febril entre las rejas antes de marcharse. Medianoche la encontró caliente y flaca como la pata de un gorrión.

Mila ya no cantaría más en la ópera de Madrid ni en ningún otro escenario. Después de San Juan de Mozarrifar todavía siguió a su hermano por algunos pueblos de Aragón y Cataluña, por campos de concentración de maldita memoria de los que hoy no perdura vestigio alguno, pero jamás llegó a Valencia. No, Mila no vio los naranjos de la planicie verde de Levante, la tuberculosis la venció por el camino. «Si no viene, es que está muerta», pensó Andrés cuando no volvieron a llamarlo a la sala de visitas.

Esperó durante cuatro meses la visita de su hermana antes de recibir la carta de Rosario en la que le confirmaba el fallecimiento. Andrés no sobrevivió a Mila mucho tiempo más. La manta malva que Mila le llevó a Medianoche cinco años antes se había vuelto gris y estaba raída, y fue con esa tela mugrienta con la que Andrés salió de la cárcel de alta seguridad de Valencia, tomando por última vez las de Villadiego. La manta le sirvió de mortaja.

La administración no tenía miramientos a la hora de entregar a las familias los objetos personales de los muertos. ¡Imaginad la cara del marqués cuando le enviaron el paquete del renegado de su hijo! Tres prendas plagadas de

liendres y un par de alpargatas agujereadas, nada más, ni fotos, ni libros, ni cartas.

Medianoche se esmeró todo lo que pudo en conservar las cartas. Le prometió a Andrés que se las entregaría a su viuda; aun así, hubo una cosa que se guardó para él. Ése era su secreto, tan ligero que le cabía en la palma de una mano: una pequeña libreta gris de espiral.

El alma de su compañero todavía palpita en los finos signos que trazó a lápiz. Una grafía a la vez delicada y fiera, como un chaparrón de primavera, afanada en ocupar el menor espacio posible sobre el papel, pero esbelta, elegante, como si estirara el cuello para aspirar aire fresco.

Poemas, eso era lo que Andrés transcribía por la noche. Los rescataba de la memoria y los consignaba en el papel, como mariposas de alas aún temblorosas. A veces, un dibujo tapaba el texto, ahora una guirnalda de rosas y palomas, ahora el vuelo de los bombarderos lanzando la muerte sobre las ciudades como gotas negras.

La mitad de las páginas estaban vacías, pero Medianoche se encargó de llenarlas a golpe de líneas gruesas y fornidas. Tangos. De esos que se cantan y se bailan en las fiestas. Tiene que reconocer que las canciones de Gardel le gustan más que los poemas de Góngora. Con todo, tras la muerte de Andrés y desde que la libreta se había convertido en lo único que le quedaba de su amigo, se percató de que las poesías contenían la huella de la mano viva de quien las transcribió. Estrofas impecables del Siglo de Oro que en adelante serían más importantes por la nostalgia que contenían y que rivalizarían sin dificultad con todo el lamento argentino.

A fuerza de releerlas, Medianoche acabará por grabárselas en la memoria. Simplemente con la lectura. Y está convencido de que Andrés tampoco hubiera desaprovechado los tangos de Gardel, de que no hubiera renegado de la vecindad, al contrario, se habría alegrado de ver su libreta a salvo en el lado de los vivos. La libreta cantante.

Medianoche la llevaba en el bolsillo la primera vez que visitó a Rosario. ¡Ay! ¡No se la entregaría! Aquella reliquia le pertenecía, era suya, había puesto en

ella sus sueños, su pena y su sudor. Como un objeto que se guarda a modo de superstición ridícula. La libreta, un amuleto, un grisgrís, una estampa de santo, jamás lo abandonaría.

La guerra civil había acabado hacía ya diez años, era una certeza a los ojos del mundo y de las naciones: «¡La guerra ha terminado, ha terminado!». Pero la pesadilla llamada *guerra*, la civilización de la guerra, permanecía. Nadie sabía cuándo íbamos a despertar.

12

En el campanario dieron las dos, pero el viejo no debió de oír las campanadas porque dormía. Concilió el sueño por agotamiento, después de dedicar todos sus pensamientos al perro, que estaba solo frente a la montaña y la noche. Las imágenes del pasado lo asaltaron en el umbral amargo del sueño. «¿Qué has hecho de tu hermano?» Aquel día de septiembre de 1938 en el que él escapó a la redada.

La patrulla de los insurgentes forzaba las casas que les habían indicado: la de los Ramírez, los Díaz, los Escudero, los Madera y los Carabajal. Sacaron a su hermano a patadas en la barriga. Aquel día, Medianoche no había regresado a tiempo de pura casualidad. Son las cosas del destino, que pretende salvarte pero que te crucifica de por vida.

La joven criada del carnicero corrió por el campo para avisarlo. «¡Espera!», le dijo. Y cuando recobró el aliento añadió: «¡No vuelvas! ¡Por el amor de Dios, escóndete! Los fascistas están registrando las casas». ¿Dónde estará ahora aquella chiquilla preadolescente en alpargatas? Sin duda llegaba corriendo desde las conejeras del ‘cerrillo’, a la orilla del río. Por el bolsillo central del mandil le asomaba el hocico húmedo de un conejo blanco cuyas largas orejas se abrían en V, como las puntas de un lazo de terciopelo en el pecho de la chiquilla. ¿María? ¿Amelia? Ha olvidado el nombre. Sólo recuerda que el tiempo amagaba tormenta y que la vio desaparecer trotando en la lejanía, como una mancha blanca y minúscula en el cielo oscuro.

Medianoche echó a correr hacia las colinas cuya cima resplandecía antes de la tormenta. El campo era inmenso, pero él conocía todos los rincones y encontró refugio en las alturas del Monte Agudo, en un pequeño aprisco, una choza con el tejado de paja que se confundía con la hierba seca de las colinas. Ambrosio, el pastor, lo vio llegar estupefacto.

—¡Vaya! Pero ¡si eres Medianoche! ¿O Mediodía? Tú sin tu hermano, es como ver la cara de un tuerto, te falta el otro ojo. ¿Qué te trae por aquí?

Cuando se enteró de la llegada de los falangistas, añadió:

—Tranquilo, has hecho bien en salvarte, más vale que se lleven a uno que a los dos.

Septiembre pasó con el ordeño de las ovejas y la colocación de trampas para las liebres, después llegó octubre y las primeras tormentas que rajaban los madroños y hacían rodar las piedras por las pendientes, el frío que le penetraba en los huesos a través de la vieja piel de cordero que Ambrosio le había dejado. El pastor era insensible a las inclemencias. Su piel curtida aguantaba la lluvia y el hielo con la indiferencia de los ovinos. Sólo temía al rayo, que le había achicharrado seis ovejas bajo una encina. Aparte de eso, el frío lo hacía más fuerte y, a pesar del peligro de muerte que corría por dar refugio a un fugitivo, se alegraba de haber encontrado un compañero para las ya largas noches de otoño.

Ambrosio no tenía edad, ni familia, ni convicciones políticas, ni religión. En el pueblo lo tomaban por chiflado. Tenía la manía de barbullar, en tono monocorde y reforzado con palabrotas, frases inacabadas de las que retomaba el hilo unos segundos más tarde.

Crocitaba a la manera de las cornejas, sin preocuparse por el interlocutor, como si hablara a sus animales. De hecho, arengaba a las ovejas aunque estuvieran agrupadas y amodorradas. Sin dejar de pronunciar su soliloquio de ermitaño, se afanaba en calentar el caldo en una lumbre de retama. Los dos hombres sorberían a continuación el ‘ajo cano’, las sopas de ajo cuyo líquido seminal blanco les quemaba deliciosamente las entrañas.

Medianoche dejaba que el pastor llevara el peso de la conversación; ¿qué tenía que decir él de sí mismo? El único pensamiento que le perforaba el cráneo, de noche y de día, no se lo podía revelar a nadie. ¡Ambrosio se habría reído de él! «¡Esos gemelos son más tiernos que una oveja con su cordero!» Ya habían tenido que soportar bastantes burlas cuando eran pequeños y los pillaban revolcándose el uno contra el otro en la paja. Y, de camino a la escuela, las amas de casa se burlaban de ellos al verlos avanzar de la mano como angelitos.

En cuanto al físico, dos gotas de agua, como estampados con un mismo sello. Eran tan idénticos como dos hormigas en un mantel. Sin embargo, se los diferenciaba con rapidez por el carácter. Medianoche era discreto y tan asustadizo como una lagartija, en cambio Mediodía, el benjamín, por haber venido al mundo diez minutos después que el hermano, gozaba de la feliz distracción de los más pequeños. Se lo reconocía por sus carcajadas, por su espíritu burlón, siempre dispuesto a jugar una mala pasada y a poner pies en polvorosa saltando como un ‘gato montés’ con el pelo salvajemente erizado.

Si se castigaba a uno, el otro reclamaba su parte. A menudo eran las trastadas del pequeño las que ambos gemelos tenían que pagar con zapatillazos sonoros en el trasero. Pero he aquí que Medianoche había abandonado a su hermano ante los verdugos.

De noche, mientras el pastor roncaba como un motor, el chico se mordisqueaba el interior de las mejillas de impotencia. ¿Por qué hizo caso a la muchacha y se dio a la fuga por la montaña? ¿Por qué hizo caso al miedo aquel día? El pobre se pasaba las noches enteras dando vueltas sin parar en su jergón, sin conseguir acallar en su interior las llamadas de su hermano pequeño.

Una mañana, Medianoche descubrió un reguero de nieve en el pelo raso de los matorrales. Señuelo de la naturaleza, no era sino maná, esa membrana

blanca que se parecía al azúcar hilado que tanto le gustaba chupetear con su hermano por su sabor a miel y glicina, pero tan evanescente que el copo se deshacía en la boca como el espíritu maligno de la tierra. Los chiquillos bromeaban relamiéndose los dedos. ¡Si eso fue lo que Dios envió a los judíos en el Sinaí, seguro que les echó una capa bien generosa con la que alimentar a todo un pueblo!

Por su parte, Ambrosio sabía que aquello no era una obra divina, que el maná celestial no lo había enviado ningún ser superior sino otros seres infinitamente pequeños: los pulgones. Sí, miles de pulgones que atacaban la corteza de las encinas hasta extraer de ellas un jugo lechoso que el viento arrastraba y depositaba en el campo como una capa de azúcar.

El pastor conocía todas las artimañas de la naturaleza. Había tenido tiempo de observar sus leyes y sus caprichos a lo largo de las estaciones que había pasado en la montaña. Sólo tenía eso: el tiempo y el espacio. Disponía de los dos ampliamente. Y si por un lado ignoraba que aquellos animales que siempre veía pulular por el tronco de los árboles eran cochinillas *Coccus maniparus* y sus queridas encinas verdes eran *Quercus ilex*, por otro conocía como nadie el lento trabajo de los elementos y las especies.

El otoño tocaba a su fin, el cielo corría gris, revuelto, y desde las estribaciones del Monte Agudo, el viejo, que entonces era el joven Medianoche con apenas dieciocho años, camuflado entre la retama, vigilaba sin descanso el tráfico verde militar de la carretera.

Tenía la esperanza de ver aparecer un día la silueta de su hermano gemelo. ¡Mediodía todavía estaba vivo! ¡Tenía que estarlo! Y quién sabía si libre, si podría haber escapado de la redada de milagro. Los milagros existen. Y aunque aquella banda de descerebrados hubiera pintarrajeado los santos de la iglesia una noche de juerga, Dios y la Virgen estaban aún allí, y quién sabía si, por misericordia, los seguirían protegiendo.

Sí, su hermano estaba vivo. Su hermano estaría esperándolo impaciente y preguntándose por qué cobardía no había regresado a casa. Medianoche, por su parte, también estaba esperándolo dolorosamente crispado. Todo su ser se

dirigía hacia el pueblo, como imantado por el otro. Incluso a aquella distancia, aun cuando no se podía distinguir a un hombre de un espantapájaros, Medianoche sabía que reconocería a Mediodía si se interpusiese en su campo de visión. Los siete u ocho kilómetros no cambiarían nada. Si fuera su hermano, lo reconocería.

Los fascistas seguían allí. Los camiones y los todoterrenos enarbolaban banderas amarillas y rojas y desfilaban por la carretera de Montepalomas a Castilblanco como una noria incesante. Sin embargo, el pueblo, en la otra ladera de la montaña, era invisible, y Medianoche tenía que resistirse a la terrible tentación de ir.

—No, desgraciado —rezongó el pastor—, estate tranquilo. ¿Quieres que te pillen? ¡No seas idiota! Esos moros, oscuros como chuscarrados en el infierno, y su maldito comandante te divisarían enseguida con sus prismáticos.

Sin embargo, con las primeras heladas, cuando el pastor inició los preparativos para conducir al rebaño a las tinadas de las tierras bajas, Medianoche decidió regresar al pueblo.

—¿Y para qué quieres que te pillen y regalarles el pellejo? —le repetía Ambrosio—. Aunque yo baje con las ovejas, tú puedes quedarte aquí todo el invierno, nadie vendrá a buscarte. Yo me las apañaré para traerte comida a escondidas.

Pero la pena y la vergüenza habían desgarrado a Medianoche durante aquellos dos meses. Hizo oídos sordos a las órdenes del pastor, y bajó del Monte Agudo entre la polvareda y los cencerros de un rebaño de trescientas cabezas que tomaba la vasta amplitud de las ‘cañadas’, esa vía de ganado que divide en línea recta las tierras de España desde la Edad Media.

No le dio tiempo ni de llegar a su casa. Los soldados lo atraparon nada más poner el pie en la plaza del pueblo. Oyó a alguien que gritaba en la puerta del bar Esquina: «¡Es el hijo de Carabajal, el hermano gemelo del hijo

de puta al que ejecutamos!»». A pesar de todo, la sed sanguinaria del principio ya se había saciado. El tiempo de las ejecuciones sin juicio había pasado, ahora empezaba el de los campos de trabajos forzados.

13

Una tarde gélida de febrero Medianoche llegó a Madrid, a la estación de Atocha, después de salir de la cárcel de Valencia. Nada más desembarcar en el andén, se sobresaltó al oír pregonar por el altavoz: «¡Mediodía!». La bóveda hacía resonar aquellas cuatro sílabas que una voz misteriosa repetía para todos los viajeros. La estación aún no se llamaba *Atocha*, sino *Estación del Mediodía* para distinguirla de la Estación del Norte.

Pensó que no podía tratarse sino de una señal, de un mensaje que su hermano le enviaba para aplaudir su liberación. Un apoyo invisible. ¡Estaba tan desamparado...! El futuro se perfilaba tan oscuro como las escaleras que se hundían en las entrañas de la tierra engullendo sin descanso un torrente de pasajeros.

Desde lo alto de la gigantesca cúpula de cristal y armazón metálico, la estación le pareció un monstruo antediluviano, un dragón que defendía la ciudad. Arrastró su cuerpo delgado y su bolsa casi vacía por los pasillos del metro. Ya lo habían advertido. Los prisioneros madrileños deslumbraban a los pueblerinos como él con «su» metro, un tren subterráneo de velocidad sorprendente que se lanzaba a toda leche por las entrañas de la ciudad. Lo que no evitó que cuando vio entrar la locomotora en el andén creyera que se estaba volviendo loco. El ruido de las ruedas restallando contra los raíles retumbaba en su cavidad craneal, como las rondas de las metrallas, por la noche, en el campo de Castuera. Se dejó atropellar por el flujo maloliente de

la muchedumbre y se dejó empujar carne contra carne en un vagón abarrotado hasta ser expulsado, con total estupefacción, a un andén negro como el betún en la estación de Princesa.

Acabó encontrando la calle Galileo detrás de la Moncloa, cerca de la universidad. El número 45 era un inmueble burgués del siglo XIX, con ventanas adornadas con azulejos y balcones de hierro forjado. El portón de entrada estaba cerrado, y Medianoche intentó en vano buscar un nombre o un timbre. Como ya era de noche, un ‘sereno’, uno de esos vigilantes nocturnos que guardaban las llaves de los portones de entrada, le preguntó en tono desconfiado que a quién buscaba. La sospecha de un experto. Medianoche tenía más bien la pinta de un ladrón que fuerza cerraduras que la de un hijo de buena familia.

Aun así, en cuanto pronunció el nombre de *Valeriano Torres*, la desconfianza del ‘sereno’ dio paso a una sonrisa condescendiente. El *tío Valeriano*, y no *don Valeriano*, era el único ocupante proletario de aquel respetable edificio por la sencilla razón de que era el conserje. Se alojaba en el entresuelo, de una única habitación sin ventana, encajada encima del hueco de la escalera.

Allí, Medianoche pasó un mes durmiendo en una estera que desenrollaba por debajo de la mesa antes de acostarse. Valeriano era un hombre grandullón, del norte, y de ojos claros que lo acogió como a un hermano. «Para dormir, nos las apañaremos, y para comer, gracias a Dios, habrá pan para los dos.»

Como buen gallego, originario de una aldea a nueve kilómetros de Santiago de Compostela, no había expurgado a Dios de su vocabulario. Pero, eso sí, era un hombre de alma anarquista. Y que nadie le insinuara, ni en broma, que a lo mejor era primo de aquel terrible oriundo de La Coruña, ese tal Francisco Franco Bahamonde. Medianoche consiguió el contacto de Valeriano gracias a los amigos de Andrés. La red de libertarios era la más extendida y la mejor organizada, y también la más fiable.

Valeriano Torres no era su verdadero nombre, sino una de las múltiples identidades que había adoptado después de su fuga. Se había escapado de un campo de trabajo en Andalucía, de la construcción babilónica del canal del Guadalquivir.

—¡Soy un antiguo esclavo, nada de lo que enorgullecerme! ¡Ay! ¡Cómo nos jodieron aquellos cabrones! ¡Nos habrían exterminado a destajo como a los indios americanos! Mano de obra gratis y mal alimentada. Después de la trata de negros, se inventaron la trata de rojos. Me estuvieron paseando de obra en obra durante seis años. ¿Tú también has estado en campos de trabajo?

—Creo que en diez años me ha dado tiempo suficiente para saber de qué van —respondió Medianoche, encogiéndose de hombros—. He sido cantero. He trabajado como un burro en las canteras de mármol y en las carreteras. Cientos de kilómetros de los que me conozco cada tramo por haberlos empedrado o asfaltado.

—Bueno, las carreteras no eran lo peor. Trabajar allí podía significar incluso tener un golpe de suerte y escapar.

—Pero ¡qué dices! Con la nueva ley de fugas, te podías llevar un tiro en un abrir y cerrar de ojos. Con que te alejaras un poco al abrigo de un matorral para hacer tus necesidades, los guardas no dudaban en disparar, y mejor a la cabeza que a las piernas.

Valeriano no insistió. No era hombre de machacar a un hermano. Había tenido la valentía suficiente para fugarse. Jugó a los dados y prefirió el disparo de un matón en plena nuca que años de esclavitud. ¡Todavía le habrían caído treinta más! No obstante, respetaba a los que decidieron quedarse, como Sebastián, su más leal compañero, que había dejado mujer y tres hijos en el pueblo. En el momento del adiós, Sebastián lo estrechó entre los brazos y le dijo: «Buena suerte, mi amigo gallego. Estás completamente chiflado, pero, de una manera u otra, pase lo que pase, morirás como un hombre libre».

Había que tener muchos huevos para escaparse a pesar de la terrible ‘ley de fugas’, que autorizaba a disparar a quienquiera que fuese como si de un conejo se tratara. Y si el fugitivo era atrapado con vida, aún se le podía

aplicar el garrote vil, más económico que una bala.

En las cuatro semanas que Medianoche pasó en casa de Valeriano, éste no le reveló su verdadero nombre. Parecía haberse convertido en Valeriano Torres, el afable conserje de la calle Galileo que fregaba las escaleras con abundante agua y subía el correo a los inquilinos echando pestes más alto aún que ellos contra los maleantes que montaban escándalo por las noches y dejaban las botellas vacías debajo de sus ventanas. Ahora bien, transcurrido el día, con la puerta acristalada de la portería cerrada a cal y canto y la radio emitiendo variedades para que no se oyeran las conversaciones, Valeriano se obstinaba en convencer al joven camarada de que la guerra aún no había acabado.

Valeriano era el enlace de un comité de la CNT que seguía reuniéndose en secreto. Aún creían, nueve años después del final de la guerra, que la revolución estaba a la vuelta de la esquina, que llegaría en seis meses como mucho. No podían hacerse a la idea de que, aunque el fascismo hubiese sido derrotado en todo el mundo, Franco siguiese todavía allí.

—¡Piensa que los españoles liberaron París y que De Gaulle ni siquiera lo mencionó! —exclamaba Valeriano con la voz vibrante de ira—. ¡Sí, liberada por la Nueve, el cuerpo de élite de la división Leclerc, formada por republicanos españoles, casi todos anarquistas! Exhibían la bandera roja, azul y malva cosida en el uniforme. Y los tanques llevaban nombres de batallas españolas: *Guadalajara*, *Belchite*, *Guernica*, *Teruel*. Incluso había uno que se llamaba *Don Quijote*. Tres de los nuestros hicieron prisionero a Von Choltitz, el general que recibió de Hitler la orden de volar París por los aires. ¿Acaso crees que se reconocieron sus hazañas? ¡En absoluto! Al día siguiente, para la ceremonia del veinticinco de agosto, los *half-tracks* fueron rebautizados con nombres bien franceses: *Montmirail*, *Romilly*. ¿Te das cuenta? ¡Bah! ¡Maldita sea! ¡Fue un robo de identidad en toda regla!

—Lo sé perfectamente —dijo Medianoche—, mi compañero Esteban estuvo allí. Era de la CNT y se unió a las fuerzas de Leclerc en Rabat después

de fugarse del campo de Miranda de Ebro. Decía que era el único modo de seguir con la revolución.

—Y así lo creyeron. Todos lo creímos. Una vez derrocado el nazismo, nos desharíamos del franquismo sobre la marcha. Después de París y de Berlín, le tocaría el turno a Madrid. ¡Y qué más! Todos se han olvidado de España, y lo han hecho de forma intencionada. Han dejado al Franquito bien tranquilo al otro lado de los Pirineos y se han apresurado en reescribir la historia. Sólo nombran a los norteamericanos y a los resistentes franceses. Según ellos, toda Francia pertenecía a la resistencia. ¡Y sobre los liberadores españoles, no dijeron ni una sola palabra! Al contrario, los enviaron a morir al sur de Alemania mientras acorralaban a Hitler en su nido de águila en Berchtesgaden. ¡Han hecho desaparecer, han borrado, han olvidado, las banderas de la República española que ondeaban en los Campos Elíseos el veintiséis de agosto del cuarenta y cuatro!

A pesar de la terrible desilusión que sentía, Valeriano no había perdido la esperanza. En el mayor de los secretos, los miembros de su grupo continuaban la lucha. Más radicales que nunca, estigmatizaban tanto a los comunistas como a los socialistas. Ellos, que se habían quedado en territorio español, no mostraban sino desprecio por esos oficinistas acomodados en los que se habían convertido, como Negrín, el jefe del gobierno en el exilio, que se había instalado en París con toda clase de lujos.

—En las regiones más recónditas de España —explicó Valeriano— subsisten células de resistencia armada. Algunos los llaman ‘*maquis*’, otros ‘*guerrilleros*’, mientras que para el gobierno no son más que bandidos y ladrones, unos ‘*bandoleros*’, como en la época de los asaltadores de caminos.

—¿Son muchos? ¿Están suficientemente armados?

—¡Qué va! Sus fuerzas son irrisorias, pero son tíos heroicos y determinados. De todas formas, la represión es tan feroz que no tienen intención alguna de rendirse. Más vale morir de hambre y de frío en la montaña. Yo, por mi parte, he optado por la guerrilla urbana. En la CNT seguimos en pie de guerra cueste lo que cueste. No como esos cobardes del

partido comunista, que el año pasado renunciaron a la lucha armada.

A veces, cuando desplegaba el periódico, Valeriano soltaba una palabrota triunfal: «¡Joder!’ ¡Hemos dado otro golpe! ¡Mira esto! Ataques al ferrocarril, atracos en bancos, cortes en las líneas de alta tensión, asesinatos de oficiales fascistas». Las acciones proseguían.

Sin embargo, aunque se mantenía sumamente discreto con respecto a las acciones puntuales que llevaba a cabo, pues había jurado a su grupo mantener el secreto, nunca intentó ocultar a Medianoche el carácter de sus actividades. Era su manera de ofrecerle hospitalidad total, noble, sin pretensiones. No se comparte cama y cubierto camuflando por miedo lo que es nuestra razón de ser.

Valeriano lo vistió con ropa nueva, o casi, ofreciéndole de forma desinteresada una chaqueta de lana y un pantalón de pana. Todo le quedaba largo y demasiado ancho al esqueleto que era Medianoche nada más salir del trullo. Para la chaqueta, bastaba con arremangarse; en cuanto al pantalón, el chico rehízo completamente el dobladillo cosiendo la pana con puntadas regulares. En la cárcel había aprendido de todo, desde matemáticas hasta costura. Una planchada en el bajo y he aquí a Medianoche convertido en un hombre nuevo. Listo para lanzarse al mercado de trabajo en el Madrid de la posguerra, de después del hambre.

—¡Qué suerte has tenido, camarada! —exclamó Valeriano la primera noche—. Si te hubieras presentado un año antes, no habría tenido ni siquiera un puñado de fideos que echar al caldo. Era la época de la media sardina. La mitad de una sardina por cabeza. ¡Y eso ya era todo un festín! En cualquier caso, mañana tendrás que ir a buscar tu cartilla de racionamiento. Así podremos duplicar las cantidades, porque el mercado negro se ha convertido en un asalto a mano armada. Y no pongas esa cara, chaval. Sí, sí, no me mires con esos ojos inquietos, que no necesito registrarte los bolsillos para saber que están vacíos por completo. Mientras no tengas un duro, seré yo quien te

dé.

Bailando dentro de la ropa que le había dado el gallego, Medianoche pasaba los días buscando alguna oferta de trabajo, rastreando la capital a antojo de las direcciones que le indicaba Valeriano. Trabajos a jornal: barrer la plaza después del mercado, descargar un camión, echar una mano amasando cemento. Tareas de pico y pala con las que alcanzaba a ganar un puñado de pesetas. Y aunque se diera el caso de que llegara de vacío porque el jefe había completado ya el cupo de presidiarios o porque el tipo considerase que ese antiguo rojo, marcado a hierro candente con el rótulo infamante *prisionero liberado* en el carnet de identidad, no podía desempeñar el trabajo en cuestión, Medianoche regresaba animado deambulando por las calles de Madrid.

A fuerza de aguardiente y confidencias febriles, las noches se prolongaban hasta muy tarde, a veces incluso hasta que sonaba la primera campanilla de la mañana. El irritante cordón situado a la derecha de los buzones del vestíbulo del edificio vibraba el día entero, agitado por las manos impacientes de los inquilinos o las visitas. «¡Me cago en la puta, joder!», espetaba cada vez Valeriano.

Sin embargo, se apresuraba en ponerse un jersey y calzarse los zapatos: «¡Ya voy! ¡Ya voy!»». La campanilla diabólica desgarraba continuamente el reducido espacio de la portería. Un cuarto lleno de humo, donde no se podía respirar, y cuya única vía de aireación era una apertura circular en la que se empotraba un ventilador no mucho más grande que una naranja con las palas negras de mugre. Hubiera sido mejor dejar la puerta abierta, pero la normativa del edificio lo prohibía, el olor habría invadido la escalera y, sobre todo, Valeriano no quería correr el riesgo de que lo espieran en aquellos tiempos de chivatazos generalizados.

¡Qué buenos momentos pasó en casa de su amigo Valeriano! Desde Montepalomas, Medianoche no había conocido semejante felicidad. Pero todo lo bueno se acaba, y la maldad de los hombres siempre está al acecho. Los moradores del número 45 de la calle Galileo empezaron a mirar de reojo y con desconfianza al nuevo ocupante de la portería, su portería. Consideraban, todos, incluso los arrendatarios, que el cuartucho del conserje era de su propiedad. Los más virulentos eran los listos que ni siquiera pagaban un duro de alquiler, los que se habían instalado sin contrato y sin vergüenza en los edificios expropiados a los republicanos.

Las pintas de Medianoche, de mandíbula prognata poblada de una barba negra incipiente y la cara demacrada, olían a diez kilómetros a la redonda a gitano o a comunista, a ladrón o a expresidiario. El primero en lanzar su conspiración contra la portería fue don Rigoberto, el vendedor de colchones del último piso, un beato y un sabelotodo engreído de su fortuna, aunque abrumado por un cáncer de próstata y sus cuatro hijas casaderas. A Valeriano, que conocía la vida personal de cada uno de los residentes, le habría gustado compadecerlo si no lo hubiera despreciado tanto. Y he aquí que un domingo por la mañana, don Rigoberto no aguantó más. Pescó a los dos amigos en el vestíbulo del inmueble justo cuando salían a tomar café a la Gran Vía.

Don Rigoberto se expresaba con tono pedante simulando sacudirse de la

solapa del abrigo la ceniza invisible de su puro. Con sus cuatro pelos relucientes de brillantina y peinados hacia atrás sobre un cráneo rosado y unos ojos agudos, su manera de mover la cabeza hacia delante con sacudidas acompasadas lo hacía parecer un pájaro carpintero, o un notario, o el secretario de un cardenal, o un burócrata desalmado cualquiera conminado a mantener el orden y las buenas costumbres. Un pájaro autómeta.

Don Rigoberto resumió los hechos tan nítidamente como la notificación de un ujier. El susodicho Valeriano había sido contratado para garantizar la limpieza y el buen funcionamiento del inmueble a cambio de lo que recibía un salario y techo. «Ahora bien, usted ha introducido en este apacible inmueble, sito en el número cuarenta y cinco de la calle Galileo, a un individuo cuyo aspecto no deja presagiar nada honrado. ¡Acaso no ha escuchado todo el mundo las blasfemas palabrotas que se pronuncian detrás de la puerta de la portería! Le recuerdo que no tiene derecho a alojar a quien usted quiera y que el cuarto en el que vive es para un único ocupante. En este inmueble burgués, la gitanería nunca ha entrado, ni la suciedad. ¡Y ahora están por todas partes! ¡Y eso ya es el colmo! Desde la llegada de dicho individuo, unos efluvios molestos ascienden por el hueco de la escalera. Puede que los bichos ya estén subiendo por las paredes y, a continuación, lo harán por el cuero cabelludo de las familias residentes. Las cuestiones morales se ven duplicadas por un problema crucial de higiene y, lo que es peor, de salud pública.»

Por mucho que camuflara su saña en la madeja de su retórica de tecnócrata del Opus Dei, el colchonero se mantenía cortés pero intransigente. Si dicho individuo no abandonaba el edificio en veinticuatro horas, informaría a la guardia civil. Valeriano podía darle las gracias, don Rigoberto había sido bastante honesto al advertirlo, con la probidad del comerciante que siempre se ajusta al presupuesto.

La indignación virtuosa de don Colchón no impidió que los dos amigos

bajasen por la calle Princesa hasta la plaza de España y subieran por la Gran Vía para tomarse el carajillo de anís de los domingos en la plaza de Callao mientras veían pasar a las jovencitas. Era el momento de tomar una decisión.

El joven extremeño nunca fue particularmente espabilado, pero en toda su vida se había sentido tan incapaz como en esa tesitura. Caminaba con la cabeza gacha, las manos hundidas en los bolsillos, limitándose a repetir como si hablara consigo mismo: «No pasa nada. Después de todo, si nos tenemos que ir, pues nos vamos». Hablar por hablar, en realidad, porque no tenía la más mínima idea de adónde podía ir.

Una voz interior le susurraba: «Da igual». Lo que no significaba que fuera a encontrar un refugio tan cómodo como aquél ni un amigo tan generoso como Valeriano, sino que, mientras estuviera vivo, todo daría igual. Todas las existencias tienen la misma importancia y valor, siempre y cuando ningún dios contemple su desgraciada creación. En los momentos de desesperación, Medianoche evitaba siempre el *yo*, y regresaba al *nosotros*. Decía «nos vamos», «ya veremos». Cada vez que se ponía en marcha, muy a su pesar, se aferraba a su sombra.

Medianoche observa a las palomas hurgar entre las cáscaras de pipas que la gente ha escupido en el suelo. Cada uno encuentra su pitanza y su guarida como puede. «Dios proveerá», solía repetir su madre. Y la buena mujer tenía razón. Dios, o más bien la naturaleza, provee a quienes han sabido permanecer vivos. El ateo en que se ha convertido el chico no tiene otra convicción: se necesita inconsciencia y tenacidad y, sobre todo, fuerza viva, fuerza bruta, para sobrevivir.

Y sobrevivirá. El sol alegre de los primeros días de marzo hace que el mármol de las mesas reluzca como un espejo mágico. Una dulzura nueva flota en el aire y anuncia la primavera. Dos mujeres con sombrero de campana pasan por delante de ellos, con el abrigo abierto sobre unas blusas de muselina blanca. Dinastías honorables de la Castellana que llevan a sus hijos a escuelas católicas, que no dejaron de pavonearse en abril de 1939

cuando los nacionales entraron en Madrid, hijas generosas de buena familia que han dado el día libre al chófer ese domingo por la mañana para martillear con sus finos tacones los populares adoquines de Callao.

Toda la juventud de Madrid desfila ante la terraza del café en el que los dos hombres, con sus gorras de obrero echadas hacia atrás y las camisas desabrochadas, estiran las piernas saboreando el carajillo. Al cabo de un rato, Valeriano se levanta para ir a comprar tabaco en un quiosco. Una anciana desdentada, con un pañuelo negro en la cabeza, atiende el puesto. Sus ojillos maliciosos te desmenuzan, te taladran como tornillos en la madera. Se diría que parece una bruja libidinosa entre la carne rosada de las niñas pijas de las revistas suspendidas con pinzas delante de él, como una guardia de honor. Valeriano pide diez Celtas, un lujo que sólo se permite el domingo; entre semana se lía los cigarrillos con papel de arroz. Tabaco de picadura que compra en paquetes, nada de ir recogiendo colillas, como hace el pobre diablo de Medianoche. A veces se avergüenza cuando lo ve recoger con disimulo colillas de debajo de las mesas de las cafeterías. Valeriano cuenta cinco Celtas, los coloca en su pitillera y envuelve los otros cinco en papel de periódico para ofrecérselos a su amigo.

—No te ofendas, hombre, y acéptalos. Ahora vamos a Vallecas.

Bajan en la boca de metro de la parada de Puerta del Sol, a contracorriente de la muchedumbre que se apresura por las escaleras. El domingo, la gente de los barrios de la periferia se dirige al centro de la capital para pasear en familia hasta el parque del Retiro o para pasar el rato entre los puestos del Rastro. ¡Zapatos de segunda mano, abrigos remendados, recortados, zurcidos, da igual! Cada uno se ha vestido con sus mejores galas y luce aspecto de domingo.

Los dos hombres toman la dirección del Puente de Vallecas y suben a un vagón casi vacío. Medianoche se limita a seguir a su compañero como un sonámbulo. Valeriano es el único que sabe a qué desheredado rincón de

Vallecas lo arrastra, a qué puerta desconocida llamará. Presume de conocer tan bien Madrid como el inmueble de la calle Galileo. Mejor que las termitas conocen las vigas que roen con paciencia, día tras día.

Pasan la tarde corriendo de una dirección a otra por barrios obreros de calles medio agujereadas, como bocas a las que les faltan unos cuantos dientes. El metro acaba donde empiezan los suburbios. Hay que bordear los muros de las fábricas, esquivar los caminos fangosos sin ralentizar el paso. Pero a Medianoche le cuesta seguir el ritmo infernal de su compañero. No tiene ni las piernas largas de acero templado del gallego ni, sobre todo, el hábito de caminar libre por el bosque urbano. Aunque sus extremidades son firmes a pesar de los años de encarcelamiento y por su corta edad, Medianoche nota que ha desaprendido a caminar. A caminar en el sentido estricto de la palabra. No a desplazarse, sino a ser plenamente dueño de su cuerpo. Un cuerpo ya sin trabas que devore con libertad el espacio. Tendrá que volver a aprender.

A pequeños pasos irregulares, con unos andares como los de una anciana con la que la artrosis se ha ensañado en las rodillas, Medianoche sigue la melena cobriza de su amigo, tan danzante, tan despreocupada como la llama de una antorcha. Eso también lo tendrá que recuperar, el andar deportivo de la libertad.

Valeriano sube las escaleras de madera carcomida en busca de algún conocido, un compañero de armas, un sindicalista o un gallego como él. Medianoche no lo sabe. No es preguntón por naturaleza y se limita a esperar en la calle el tiempo suficiente para liarse un cigarrillo y refugiarse en los portales como puede de la fina lluvia que empieza a caer.

El aire apesta al gasoil que expelen los autobuses mal regulados. Todo el barrio huele a humo, no al humo azulado, agradable, que Medianoche veía elevarse en el pueblo como un canto de alegría, con aquel olor a fuego de leña, sino a miasmas de hollín húmedo y a productos químicos, la respiración amarga de las fábricas que exhalan los altos hornos.

Al cabo de un momento, Valeriano regresa a la carrera y con cara sombría.

—Éste no habría sabido dónde meterte. Ya acoge a un primo y su mujer acaba de dar a luz a otro hijo.

Después de dos intentos infructuosos más, Valeriano deja estallar su mal humor:

—¡Menuda panda de cabrones! ¡Me cago en la madre que los parió!

—¡Tranquilo, hombre! ¡Tranquilízate!

—¿Que me tranquilice? ¡Me cago en su piojoso camastro y en su puta madre! ¡Están todos acojonados! ¡Hay que joderse! Dicen que tienen la casa llena y que ni siquiera disponen de dos metros cuadrados libres de suelo para poner un colchón. Excusas... La verdad es que se mueren de miedo con la sola idea de alojar a un expresidiario. ¡Todos! ¡Por muchos que sean! Por mucho que les diga que has sido liberado, que estás en regla, que tu situación es perfectamente legal. ¡No sirve de nada!

Medianoche lo escucha en silencio, se limita a negar con la cabeza mientras le da una calada más fuerte al cigarrillo que sujeta entre el pulgar y el índice.

—En Vallecas ocurre lo que en todas partes —prosigue Valeriano—, como el régimen no se fía de este barrio con fama de revolucionario, los chivatazos son el pan de cada día, cualquier relación con los perdedores es sospechosa. Imagínate que incluso los curas se aprovechan de la confesión para que los niños cuenten a qué se dedican sus padres... Mira, acabo de enterarme de que en el segundo piso de este edificio, justo debajo de mi amigo Ángel, la semana pasada pillaron a un tipo. Encontraron en su casa una bandera republicana y una foto de Negrín. Su mujer se lo había contado al cura bajo secreto de confesión. ¡Y el cabrón se lo sopló todo a la ‘guardia civil’!

Medianoche escucha sin decir ni mu, concentrado en dar golpecitos con cuidado al ascua del cigarrillo. No puede compartir la indignación de Valeriano. Por supuesto, también profiere palabrotas contra los curas que se han pasado al servicio de los torturadores, pero es absolutamente incapaz de

culpar a los que le cierran las puertas. Esa pobre gente se niega a arriesgar su vida por un perfecto desconocido. No se siente con derecho a condenarlos.

No siente ira, sólo hambre. Sí, empieza a notar esas contracciones tan familiares. La llamada imperiosa del estómago. Desde hace diez años sólo ha conocido esa sensación. Lo más normal en su condición de paria, de miserable. Lo único que ahora lo deslumbra es ese lujo supremo que se le ofrece en adelante, el oxígeno con el que se deja embriagar hasta el embrutecimiento: la libertad.

A las cuatro de la tarde, bajo el chaparrón, como dos lobos ávidos y empapados, los amigos entran en una bodega de la calle Albufera. Bajan rápidamente las escaleras grasientas en una semioscuridad poblada de sombras que se mueven deformadas por la iluminación turbia de las farolas de gas. Un olor a salmuera, a tabaco negro y barriles de roble se les agarra a la garganta. No se trata de un antro de ‘bandoleros’, no, sino de clientes que juegan al ‘tute’ casi a tuestas. Los obreros conocen mejor sus cartas que las letras del alfabeto. Valeriano estrecha la mano del dueño, José, un viejo conocido, y pide dos chatos de vino blanco con un plato de morcilla frita.

Se sientan a la única mesa que queda libre, justo al lado de la puerta de entrada. La tormenta cae con más fuerza, la tromba de agua golpea ahora los cristales de las ventanas. Medio borrosas por la neblina del aguacero, unas siluetas con los sombreros empapados corren apresuradas contra las paredes, como fugitivos.

Mientras pinchan de buena gana en el plato que comparten, Valeriano señala con la barbilla un edificio de tres pisos al otro lado de la calle.

—Si te quedas en Vallecas, camarada, no te atrevas a pedir trabajo en ese sitio.

En la fachada, en letras negras sobre un fondo amarillo, una inscripción descolorida reza: MI GORRA, FÁBRICA DE SOMBREROS.

—¿Por qué? ¿Qué es?

Valeriano prosigue en voz baja:

—Un antro de hijos de puta y la mejor trampa que han podido montar

para engañar a cualquier don nadie. Esa antigua fábrica alberga en estos momentos un puesto de control del trabajo. Los más ingenuos piensan que se trata de una oficina de colocación y acuden allí a buscar una oferta de empleo. Los obreros reciben un permiso de la policía para poder trabajar, siempre que pasen por un registro exhaustivo. ¡No se les escapa una, esas hienas tienen un olfato infalible! El que huele a sospechoso entra de nuevo en chirona en un santiamén. ¡Ándate con ojo, amigo! No te metas en la boca del lobo.

—¡El cabrón de tu padre!

De repente, una voz ronca lanza un grito estridente que resuena en el establecimiento. Medianoche se da la vuelta sobresaltado, a la vez que una carcajada enorme hace tambalear la mesa contigua. Alguien grita.

—¡Sigue! ¡Hazlo hablar! *Paquito*, bendita criatura, ¿qué nos tienes que contar?

En la otra punta de la barra, un loro magnífico de color perla con una cola roja plegada como un abanico preside una jaula. El ave resopla, gira la cabeza sucesivamente, a la izquierda, a la derecha, como para medir a los clientes por encima de una nube de humo espesa, y he aquí que lanza un atronador: «¡Todo por la patria!».

¡El pájaro es fascista!

Valeriano se parte de risa con los demás, con ganas, a mandíbula batiente. Medianoche no sale de su asombro. Le lanza una mirada desconfiada, y Valeriano se inclina hacia él por encima de la mesa. Sigue sonriendo, pero baja la voz hasta susurrar:

—El dueño es de los nuestros. Es un enlace del mismo grupo al que pertenezco yo. Tuvo la suerte de no entrar en chirona, aunque podrían haberlo metido por culpa de un loro delator. No éste, claro, sino otro.

—¿Otro loro?

—¡Ni te lo imaginas! Este loro que ves aquí es un usurpador. Sí, un

impostor, un farsante o un doble, como quieras llamarlo. Ha ocupado el sitio del verdadero.

En ese momento, un arranque de ¡vivas! los hace darse la vuelta. El ambiente en la sala se ha vuelto frenético, los clientes golpean el suelo al compás, repiquetean en las mesas con los culos de los vasos, riéndose a carcajadas. El loro acaba de entonar el himno de la falange: *Cara al sol*.

—Déjalo que cante —dice Valeriano—. *Paquito* ha salvado el pellejo de su amo, así que, que cante. Imagínate, en el treinta y seis José tenía otro loro, idéntico. De la misma especie, con el mismo plumaje, incluso la misma cola llena de plumas rojas, sólo que el anterior era republicano e incluso más anarquista que Bakunin. ¡Ésa fue su desgracia! El antiguo *Paquito*, también se llamaba *Paquito*, cantaba ¡Ay, *Carmela!* y chillaba «¡No pasarán!»». Cuando cayó Madrid, José tuvo la idea de deshacerse de ese testigo que llamaba tanto la atención. Una mañana embarcó al animal en su camioneta y se fue al campo, cerca de Majadahonda. Una vez en la pineda, José abrió la jaula: «¡Hala, *Paquito*, ya eres libre, lárgate!». ¿Tú crees que el animalillo apreció el gesto? En absoluto. *Paquito* lo miraba fijamente con sus ojos redondos sin soltar las garras de los barrotes de la jaula mientras parloteaba: «¡A las barricadas! ¡A las barricadas!». Era imposible hacerlo salir. José lo atrapó poniéndole el puño para que posara las patas en él, como tenía por costumbre, y, con cuidado, lo colocó en la rama de un árbol, como una cacatúa libre en una selva tropical. Pero fue en vano. En cuanto regresó a la camioneta y puso una mano en la puerta, el ave maldita se posó en su hombro chillando con desesperación: «¡Me cago en Dios!». De una bofetada, José lo hizo rodar por la hierba. El loro volvió a la carga aleteando con obstinación, como una mosca revoloteando en la carne. ¡Aúpa! En el hombro derecho. ¡Aúpa! En el izquierdo. Por encima de su cabeza oía un aleteo como el de un ventilador. Y José, venga a hacer el molinete con los brazos mientras insultaba al loro. Hombre y ave se enzarzaron en uno de los duelos de insultos más obscenos que la lengua castellana haya podido alumbrar. Al final, José consiguió meterse en el vehículo y arrancar a toda velocidad, pero el pájaro infernal siguió sobrevolando la camioneta. Aquello era inaguantable. En el primer pueblo tendría con qué alborotar a toda la

población y a la ‘guardia civil’. Entonces, José aparcó en la orilla de un río, un rincón salvaje, un hueco sombreado con rocas reverdecidas de musgo. Nada más salir del vehículo gritó «¡Paquito, ven aquí!» y, enseguida, el pájaro se posó en su hombro como si no se hubiera dado cuenta de la trampa. Se oyó el crujido de un cuello. Tierno y delicado, menudo, como la muñeca de un recién nacido, pero que produce un ruido seco, un estrépito desagradable de todas sus vertebrae. A José le costó mucho tiempo borrar ese ruido de la mente. Eso no impidió que el mismo día recorriera todas las pajarerías de Madrid para localizar al doble de *Paquito*. Acabó por encontrar el mismo loro gris de Gabón, pero con una educación distinta, un espécimen bien criado. Éste había pertenecido a una anciana beata que se gastaba un dineral en velas cada año en el mes de María para transformar su apartamento de tres habitaciones en una capilla ardiente de la Virgen. A la mujer la encontraron muerta de un ataque al corazón entre la cera fundida. El loro dio la alerta desgañitándose con todas sus fuerzas en cuanto se inició el incendio: «¡Hosanna! ¡Hosanna a Dios en las alturas!». El pájaro era tan ingenioso como creyente. No podemos culparlo, él no es el responsable de su adoctrinamiento. Después de todo, este loro feligrés merecería llamarse *Salvador* por haber salvado sus plumas y el pellejo de mi amigo José, uno de los mejores milicianos del frente de Madrid. Mira, ahora vas a comprobar lo valiente que es.

Valeriano hace una señal en dirección a la barra, donde José llena unas cañas. Medianoche no llega a detectar detrás de aquella cara inyectada en sangre, de ojos juntos y unas cejas de punta que le confieren un aspecto de jabalí listo para cargar, el más mínimo indicio de bondad o de simple humanidad. El hombre planta las cervezas ante los albañiles de gorra polvorienta y se acerca a la mesa de los dos amigos chupeteando un palillo. Mientras Valeriano le explica la situación en voz baja, José lo escucha sin mirar al vagabundo, al sin techo, al campesino al que los años de cárcel no le han borrado el olor a establo. Apenas responde con monosílabos o con un gesto de la cabeza, limitándose a hurgarse con el palillo y con esmero las profundidades de una muela picada.

Medianoche no dice nada, se siente incómodo consigo mismo, avergonzado por ser un lastre, lo siente más que nada por Valeriano, que ha apartado a José para hablarle. Medianoche sólo capta fragmentos de la conversación. Su amigo está defendiendo su causa, contándole los años de sufrimiento en prisión. No añade nada. Todo fue mucho más atroz aún; las palabras de los demás siempre quedarán por debajo de lo que sufrió. Aun así, Medianoche se avergüenza de inspirar lástima.

Le gustaría levantarse e irse, decirle a Valeriano «¡ya basta!, ¡ya basta de que te rebajes a mendigar por mí!, ¡ya basta de humillarse ante ese tío!». El dueño rompe el palillo con parsimonia y lo echa al cenicero.

Medianoche piensa en el cuello del loro.

Ese hombre ha matado con sus propias manos, ha sentido bajo su presión el latido cálido de un ser vivo. Medianoche lo observa con una repulsión que no deja de sorprenderlo. ¿Cómo es que el hecho de haberle retorcido el cuello al loro le parece de repente tan monstruoso, mientras que las decenas de franquistas que seguramente ese tío se cargó durante el asedio a Madrid las estima, al contrario, acciones justas e incluso heroicas? En ningún caso los ve como crímenes. Al estrangulador de loros lo considera un estrangulador de niños. Y de un hombre semejante no puede esperar ayuda.

De todas formas, el bodeguero responde a la solicitud de Valeriano con una risa malsonante, en perfecto desacuerdo con su breve: «Lo siento, me es imposible». Valeriano se queda estupefacto.

—¿Imposible? Explícamelo.

El otro lanza una mirada hacia la sala y bajando la voz todavía un poco más se excusa:

—Intenta comprenderme, camarada. Me vigilan de nuevo, creo que me han colado a dos soplones. Lo tengo mal para alojar a tu protegido en la trastienda.

Medianoche nota que los nervios le laten, nota una tensión ínfima en el ojo, un tic que le tira del párpado superior. Es el primero en levantarse y en lanzar

dos pesetas encima de la mesa. En la calle, la lluvia ha cesado y un sol blanco como una hostia se deja ver en el cielo oscuro. Las aceras relucen, tan pálidas y limpias como planchas de chapa.

—¡Bah! ¡Incluso él! —se limita a exclamar Valeriano, mientras se abotona el abrigo—. ¡José, no! ¡De José nunca me lo hubiera esperado!

Medianoche sonríe. ¡Para qué explicárselo! El pobre Valeriano no ha aprendido tanto como él en los barracones de los campos. De todas formas, el chico no pasó por allí para aprender eso, eso son cosas que algunos ya saben de toda la vida. Pero Valeriano, como Andrés, estaba hecho de la pasta de los idealistas y mantenía la esperanza en el hombre. Para él estaban la buena y la mala moneda, la mala sería en adelante la que llevaba la odiosa efigie y la inscripción: ‘Franco, caudillo de España’.

Por su parte, Medianoche no siente ningún escrúpulo al notar la tibieza del dinero en la palma de la mano. Sabe que cada hombre, como las monedas, tiene una doble cara y que, en las tinieblas de su mano cerrada, no hay ni cara ni cruz. La actitud de José trastorna profundamente a Valeriano, aunque no haga ningún comentario y se limite a mordisquearse el mostacho. Ese silencio es mucho peor que la ira. Siente vergüenza. Después de un mes, Medianoche ha acabado conociéndolo.

Suben la calle apretando el paso, como si huyeran, sin prestar atención a los charcos en los que se mojan los zapatos. De repente, Valeriano se para en seco, agarra a Medianoche por el brazo y exclama:

—¡Graciano! ¡Graciano nunca se negará a ayudar a un hermano! ¡No! ¡Claro que no! Además, es extremeño, como tú, pero de un poco más al sur, de Zafra. ¿Cómo es que no he pensado en él antes? ¡Es un tipo formidable! Ya lo verás. Y hablo con conocimiento de causa, él me escondió durante los primeros meses de mi fuga. Vive en el centro. ¿Vamos?

—Como tú quieras —le responde Medianoche, como queriéndole decir: «Te lanzas de cabeza a una nueva decepción, camarada, todavía te hervirá más la sangre, pero tú mismo, si tú quieres...».

—¡Por el amor de Dios! ¡Cualquiera diría que no estás angustiado!

—Siempre me han dicho que tenía la cabeza dura y la sangre espesa. Dame fuego, tenemos tiempo de fumarnos un cigarrillo antes de llegar a la parada.

Medianoche haría bien en preocuparse, pero es Valeriano el que se muestra inquieto en su lugar. ¿Y si no encuentra a nadie que lo acoja? Tiene el dinero justo para pagarse tres o cuatro noches en la más mísera de las pensiones. ¿Y después? Después, será el fin del mundo, y no quiere hacer el esfuerzo de imaginárselo. Ese vacío de futuro no le interesa nada. La plataforma sobre la que se sostiene tan plácidamente como los hombres de la Antigüedad sobre la tierra plana la atisba ahora como un precipicio en los confines de su universo.

No, no hay nada que perturbe al joven de la sonrisa extraña grabada en la cara. No confía en los hombres. Sabe que los buenos y los malos no son especies diferentes, sino que cada uno es un buen tipo o un hijo de puta alternativamente, incluso varias veces al día. Basta con llegar en el momento oportuno y aceptarlo. Medianoche mira los rasgos crispados de su amigo. Valeriano sufre por el hombre, por el elevado concepto que tiene del hombre. Está condenado a vivir a la espera y a que lo decepcionen siempre.

Los dos amigos caminan en silencio, unidos por el arabesco azul del humo de los cigarrillos. Silenciosa tras el diluvio, la calle contiene la respiración antes de ponerse de nuevo a vibrar al ritmo de los vivos. Medianoche sólo oye el chirrido de las suelas agujereadas de sus zapatos en el suelo mojado.

En el cruce de Vasares, las obras públicas los obligan a cambiar de acera. Unas barreras de hierro dispuestas a lo largo de una zanja les obstruyen el paso. Están reparando las canalizaciones de agua que quedaron destrozadas por los bombardeos.

Medianoche entorna los ojos por culpa de un deslumbramiento extraño. La barrera mojada brilla como un pasamanos de fuego tocado por un rayo de sol.

El metal resplandece perlado de miles de gotas ávidas de luz que la difractan en carbúnculos multicolores como los destellos de una vidriera. Un espectáculo digno del esplendor de una ópera.

Pero Medianoche no posee, en lo más profundo de sus recuerdos, ni el más mínimo decorado de ópera, ni lámparas de araña, ni pastorales pintadas en lienzos, ni una orquesta cuyas notas órficas se eleven del foso para aureolar de una gracia estremecedora, visible, palpable, la cabellera impregnada de luz de la diva. No, frente al esplendor de las gotas centelleantes, sujetas como por arte de magia en un destello de eternidad, listas para descolgarse de la barra de hierro y volver a la nada, Medianoche sólo ha conservado un único recuerdo, uno sólo, pero máspreciado que el *Don Giovanni* que Andrés no volverá a entonar, más ardiente que la *Norma* que Mila no volverá a cantar en el Palau de la Música de Barcelona, el chico no guarda en su cabeza de joven pueblerino más que la imagen del día de Reyes de su pueblo, o mejor dicho, de la noche de Reyes y de los farolillos toscos y multicolores que los niños enarbolaban en la punta de un palo por las callejuelas, llamando a las puertas para pedir el aguinaldo. El resplandor de las candelas encendidas que iluminaban con destellos rojos y azules las fachadas oscuras.

Todas las noches de Reyes de su infancia se mecen en el centro de cada gota de lluvia de una barrera oxidada en el barrio obrero de Vallecas. Medianoche contempla fascinado la retahíla de perlas líquidas, tiene la sensación extraña de que una puerta se ha entreabierto en el pasillo ciego del tiempo y que, en ese instante suspendido, ve con los ojos de su hermano, Mediodía, los farolillos de la fiesta, como si hubiera intercambiado su conciencia con la del otro.

Su última noche de Reyes fue la de 1937. En la plaza de la iglesia el 'leño' se extinguía. La hoguera había ardido durante diez días. Un hermoso tronco de encina que los hermanos habían llevado del Monte Agudo en la carreta del

padre, según dictaba la tradición. Toda la juventud del pueblo solía seguir el cortejo a pie, cantando ‘villancicos’ y canciones de taberna. Por el camino se empinaba mucho el codo. La bota de vino pasaba de mano en mano y lanzaba hasta el fondo del gznate largos chorros de clarete, cobrizo como las piedras. Pero aquel invierno, la mayor parte de los hombres válidos estaba en el frente, sólo quedaban mujeres, viejos y menores de dieciocho años. Alfredo, el zapatero, que sustituía al alcalde, que había partido a la guerra, empapó un trapo en queroseno para encender el tronco gigante que exorcizaba todos los demonios de la última Navidad de la guerra. Ya se sabía que sería la última.

—¡Maldita sea! ¿Qué haces ahí plantado con la gorra en las manos?

La pregunta de Valeriano lo despierta de repente. Es verdad que el tontaina de Medianoche se había quitado la gorra y quedado quieto como si por delante de él estuviera pasando un cortejo fúnebre.

—Una imagen me ha atravesado el pensamiento.

—Amigo, no necesitamos imágenes. Necesitamos ideas. Y espero que la de ir a casa de Graciano sea una de las buenas, aunque a ti no se te vea muy preocupado.

—¿Qué puedo temer? —responde Medianoche—. Lo peor ya ha pasado. Ya hemos pasado al otro lado de las alambradas, ¿no?

Después, con un gesto inesperado, casi como una caricia, agarra la muñeca derecha de Valeriano para ver la hora. Ya son las seis de la tarde, en un momento anochecerá. No ha tenido un reloj en su vida. El reloj de muñeca es un lujo. Un regalo de ricos que se ofrece a los hijos de buena familia cuando cumplen la mayoría de edad. El día en que él cumplió veintiún años su madre le hizo llegar a la cárcel un par de alpargatas nuevas.

¡Qué contento se puso! Llevaba dos años con las mismas abarcas confeccionadas con trozos de neumático. Pero eso no le hizo sentirse mayor de edad. Mayor de edad, es decir, libre. Un hombre libre a quien nadie tuviera que ordenarle nada, un hombre caminando sin trabas.

Sin embargo, sí que lo habían considerado un hombre lo suficientemente adulto como para meterlo en la cárcel a los diecisiete años y medio. Sí, un adulto, como el burro que el peón caminero carga de sacos de piedras, como el cerdo que se engorda con paciencia para degollarlo en Navidad.

Medianoche no sintió miedo en el camión. ¡Qué podría pasarle! Que lo juzgaran, que lo condenaran, que lo mataran. Lo peor había ocurrido ya. Después de eso, qué más podía pasarle. Todo le daba igual. Él había muerto con su gemelo.

Graciano vivía en la glorieta de las Pirámides, a las puertas de la ciudad, al lado del Manzanares. Valeriano no había exagerado en nada, Graciano era de verdad el mejor hombre de Extremadura e incluso del mundo. Había acogido a un gran número de clandestinos en su vetusto piso de tres habitaciones, sin comodidades, sin cuarto de baño, pero con las ventanas floridas de geranios y claveles de poeta que cuidaban las manos divinas, o simplemente santas, mil veces santificadas y bendecidas por todos los desheredados, de Amapola, la joven esposa de Graciano.

Su nombre le iba que ni pintado, tanto era así que Medianoche no podía imaginarle otro. Con todo, *Amapola* no era su nombre de pila, que ella se negaba a revelar. Sin duda sería una maravilla del masoquismo católico: Dolores, Martirio o Remedios.

Por primera vez en la vida, Medianoche conoció una vivienda llevada por las manos de una mujer, con ropa recién planchada, sábanas perfumadas de violeta y cristales relucientes. Una limpieza digna de un ama de casa alemana. Nada que ver con la casa familiar y los cuidados de su madre. ¡En absoluto! En su casa, las paredes estaban ennegrecidas por el humo, y el aire sólo entraba cuando se abría la puerta, de tan diminutas que eran las ventanas. Era oscura aun en pleno día, húmeda incluso en agosto, y sólo se cambiaban las sábanas en los solsticios y los equinoccios.

Hace tanto tiempo que Medianoche no cree en Dios que ha olvidado haber creído un día, pero eso no le impide estar agradecido por toda la eternidad a Graciano y a Amapola. Los apodaron *los padres de los republicanos* al día siguiente de la derrota. Sí, eran padres aunque la pareja no tuviera hijos. Eran padres por la cálida ternura que les corría por las venas. Debían auxiliar a los que no tenían nada. Sentían la necesidad de dar. Siempre. De alimentar, de compartir la olla de garbanzos y la jarra de vino, de ofrecer la camisa impecablemente planchada y, además, «toma estos billetes de metro, cógelos, anda, no seas tonto, que tengo más de los que necesito».

Amapola te obligaba a aceptarlo todo. ¡No había manera de negarse! Se reía en tus narices pellizcándote traviesa el brazo. Era una mujer fuerte y firme que no se apocaba ante nada, y Medianoche aceptaba orgulloso sus carcajadas y sus pellizcos de generosidad.

El chico se alojó durante seis meses en la glorieta de las Pirámides. Nunca lo hicieron sentirse una carga o una molestia. Era tan sólo un hermano y, en calidad de eso, tenía su lugar, sin cumplidos, de la misma manera que los demás hermanos republicanos habían encontrado refugio allí. Los acogían desde que la guerra había acabado hacía diez años. Y si Medianoche se aventuraba a darles las gracias, le acallaban la boca de sopetón. Con él no corrían ningún riesgo, tenía los papeles en regla y el permiso de trabajo, mientras que con el aragonés... A ése lo escondieron durante tres meses, huido y muerto de hambre como estaba, fugado del campo de trabajo del Valle de los Caídos.

Graciano era camarero en un café cantante, uno de esos restaurantes con baile al aire libre adonde la clase media iba a degustar marisco las noches de verano a la luz de los farolillos colgados del cañizo con la música abrumadora de las ‘zarzuelas’. El lugar se llamaba *La Estrella*, un nombre que le iba como anillo al dedo y que le había dado suerte, ya que siempre estaba lleno.

Los madrileños, con las ganas de disfrutar que los caracterizaba, se

reconciliaban con la noche y la fiesta, sobreponiéndose al paréntesis sangriento de la guerra, se volvían a emborrachar como sabían hacer magistralmente al son de las guitarras y los bandoneones, y se estremecían encantados como si los sacudiera una onda erótica que les ponía la piel de gallina al escuchar los gorjeos de Carmen Sevilla.

Como al restaurante le faltaba personal con la llegada del buen tiempo, desde el mes de abril Graciano se las arregló para que contrataran a Medianoche. No como camarero, el muchacho era demasiado torpe para tomar pedidos o servir mesas, pero sí como mozo. Parecía lo bastante espabilado para fregar los platos de la noche y, de madrugada, para rociar con cubos de agua las baldosas de la terraza cubierta de colillas, pieles de gambas y pipas, como si hubiera granizado.

Aunque sólo la divisara desde el hueco grasiento de la cocina, la terraza iluminada, llena de mujeres escotadas, hombres engominados y con una camelia blanca en el ojal, lo transportaba literalmente. Era como un manantial de hechizo inagotable. El establecimiento no era más que un café cantante de los más vulgares, pero para el joven extremeño significó una revelación de ágapes dignos de Babilonia.

En su Montepalomas natal nunca hubiera imaginado un lugar así. Se agarraba a cualquier pretexto para salir a la terraza, acercarse al máximo a los comensales o a la pista de baile. Hubiera querido compartir esos momentos con él. No lo llamaba *el otro*, o *mi hermano*, ni *Mediodía*, sino simplemente *él*. Durante todos los años que había pasado en la cárcel había estado solo. Irremediamente solo, como un hombre sin mano derecha.

Lo había aceptado. ¿Acaso alguien se rebela contra un brazo amputado? Su hermano, o incluso la idea de su hermano, el fantasma de su hermano, se había quedado fuera, en otro lugar. ¿Dónde? No tenía ni idea, pero *él* no había entrado en prisión con Medianoche. No porque éste se lo negara, sino

porque allí las almas de los muertos no entraban. La cárcel era el reino de los cuerpos, cuerpos pobres y demacrados, torturados. Los únicos fantasmas que había allí eran los de los vivos, medio mortecinos, con los dientes aflojados por el escorbuto, pero vivos.

Para que renaciera en él, para llevarlo en su carne viva, Medianoche se hizo grabar en Castuera la cara del hermano en el antebrazo. Un prisionero se había especializado en tatuar y lo hacía con hollín y la punta de un clavo arrancado de unas tablas. Una carnicería que garantizaba el tétanos, pero el grado de sufrimiento que se alcanzaba en el campo de concentración hacía que no se sintiera dolor.

—¿Tienes una foto para que la reproduzca?

—No, pero será más fácil aún. Dibújalo exactamente igual que yo. Era mi gemelo.

La imagen ennegrecida sobre la piel blanca no era Medianoche, ni Mediodía, no era nadie, sólo la marca cicatricial de la mala conciencia. El tatuaje le recordaba que su hermano no lo había acompañado en el suplicio de los vivos.

De manera imperceptible, insidiosa, pero cada vez más evidente hasta estar seguro del todo, desde que había recuperado la libertad, Medianoche tenía la sensación de que *él* había vuelto. Algo lo acompañaba, flotaba de manera invisible, impregnaba con su presencia impalpable las callejuelas y las avenidas al aire libre de la capital.

Mediodía regresaba arrastrado al lugar de los vivos por el deseo obstinado de su hermano. A medida que el infierno del presidio se hacía menos real, para acabar borrándose poco a poco como unos archivos seculares expuestos a pleno sol, Medianoche retomaba el hilo de la conversación de siempre, interrumpido por la guerra, por la muerte.

No, por la muerte no. Mientras colocaba las mesas en el cenador, con las mangas arremangadas, el joven notó un roce en un codo descubierto. ¡Por

Dios! *Él* estaba allí, una presencia en la ausencia. Medianoche sabía que no lo podía ver, pero eso no le importaba, lo que deseaba con locura era que *él* pudiera verlo.

Más que nunca necesitaba de esa mirada que hubiera redoblado la suya, hubiera brillado con las mismas visiones, se hubiera empapado de las mismas emociones. «¡Imagínate, hermano! ¡Menudo lujo! Pobres de nosotros que sólo conocimos las fiestas de San Antonio en el pueblo con una orquesta raquítica que pagaba el ayuntamiento, unos andaluces con voz de cazalla.»

Madrid estaba a sus pies, y daba igual que fuera una ciudad herida y exangüe. Se le presentaba como un terreno de descubrimientos fabulosos por el que vagabundeaban los dos de nuevo. *Él* y su sombra.

Había aprendido a caminar y nunca se cansaría. Toda la ciudad, en todos los sentidos, a todas horas, a paso acompasado como un metrónomo. Para detenerlo, habría sido necesario apalearlo. Nadie tenía más aguante que él. Era indestructible. Tenía la potencia salvaje de los locos.

Estaba embriagado de libertad. La vida se le subía a la cabeza como una buena borrachera de juventud. Se sentía vibrar por las fuerzas contenidas. Y es que vivía doblemente, vivía por los dos. Los deseos lo asaltaban en cualquier esquina. ¡Tenía ganas de todo! De cigarrillos, de coñac, de la carne roja que había expuesta en los aparadores de las tabernas en torno a la Plaza Mayor, de mujeres... Su hambre, su sed, apelaban al deseo loco de vivir, lo exacerbaban.

Cuando comía, masticaba despacio, a pequeños bocados ensalivados con sumo cuidado, para alargar el placer, y cada calada de tabaco le enaltecía el alma entera.

Medianoche trabajó tanto como quisieron de él en La Estrella y debió de ser como un burro de carga porque lo mantuvieron la temporada entera, hasta que las heladas del otoño echaron a los últimos clientes.

El lugar, que a ojos de cualquier habitante de la ciudad era más bien

ordinario, para Medianoche era el sumun de la elegancia y del placer. Se respiraba, además del olor a ‘gambas’ a la plancha, la tranquilidad y el juego de la seducción. Las bailarinas irisadas de sudor apoyaban la cabeza voluptuosamente en el tejido de mil rayas de un hombro masculino. El deseo exacerbado de Medianoche se deslizaba por el canalillo reluciente de sus escotes, se posaba ávido en la redondez de sus nalgas, en el lugar exacto donde se posaba la codiciada mano de los caballeros.

Fue en el café cantante donde Medianoche quiso invitar a Rosario los últimos días de verano. Insistió en pagar y no se dejó convencer a pesar de sus desaires juguetones. «¡Caray, chico!’ Una mujer invitada es una mujer comprada.» Rosario había mamado suficiente anarquismo y liberación de la mujer como para aceptar que la trataran como a una cortesana. ¡Ni hablar! ¡Faltaría más! Utilizaba el eufemismo ‘*fulana*’ para referirse a *una cualquiera*, en otras palabras: una zorra. Una fulana era esa a la que ni siquiera se podía nombrar.

Sin duda, Medianoche había invitado a Rosario a La Estrella para impresionarla. No sólo quería deslumbrarla a ella, sino también a los camareros, a sus compañeros de trabajo, a la dirección y a los clientes. ¡A todos! Que de antemano imaginaba envidiosos como ratas cuando lo vieran en tan buena compañía.

Rosario vestía un bonito corpiño estampado con ramas de lilas, el pelo ondulado le caía sobre los hombros y el flequillo hacia atrás a modo de tupé le formaba una especie de casco ondulado según la moda americana, sin duda iniciada en Hollywood, pero de la que las revistas femeninas españolas reivindicaban la paternidad. Aquella curiosa estructura capilar había sido rebautizada, sin vergüenza, como el *Arriba España*.

Rosario incluso se había pintado los labios para la ocasión. Con un carmín que le dibujaba una boca encarnada que hacía que su piel se viera aún más pálida y sus ojos más brillantes. De repente parecía otra, bella como una

desconocida. Medianoche también se había esmerado en el aseo, se había comprado una camisa blanca con rayas azules y se había dejado el cuello al descubierto. No iba a llevar la misma camisa blanca y la corbata que no lo diferenciarían de sus compañeros camareros.

Medianoche deja que la joven pase primero entre las mesas. Le sigue la línea suave de la espalda, una S que se estrangula en la cintura, enmarcada por unos hoyuelos de Venus que él puede entrever. ¡Dios mío! Los conoce tan bien que los distingue a través del vestido de lino y le da la sensación de que todos los desean y de que la desean también a ella, irritados por no poder contemplar a sus anchas a esa ‘guapa’, esa espalda arqueada y esas caderas con forma de guitarra. La querrían desnuda.

Medianoche va detrás de la mujer hermosamente engalanada, se alinea con precisión tras su rastro, avanza siguiendo su perfume, su zona magnética. ¿Dónde empieza y dónde acaba el ser? Sin duda no en los límites de su envoltorio. El ser no es esa cosa miserable, circunscrita a la piel. En ese momento, Medianoche es su satélite. Tiene los ojos clavados en el trazado ondulante de la columna, que es el centro de Rosario, que la divide en dos, con delicadeza, que moldea de manera flexible la fina prominencia entre los omoplatos, y la vista le desciende desde la cintura hasta la raja soberana de sus nalgas. Ya no es dueño de sí mismo, está en la esfera de influencia de Rosario, en su movimiento, en su olor, en su vida, extrañamente, de manera más estremecedora que cuando hacen el amor.

En esos minutos después del orgasmo en los que todavía está dentro de ella y ella le suplica, con los ojos húmedos de lágrimas: «Quédate, espera. ¿Qué prisa tienes? Soy tan ligera... Vuelo».

Ella, aun aplastada por ese peso de hombre, por tener el amor de un hombre sobre ella, puede volar, mientras que él, Medianoche, se siente pesado como Caín, lastrado por todos los pecados de la tierra. Hace un instante él también volaba, se hundía, retomaba el vuelo entre las piernas de la mujer, abiertas como alas, pero después del gran fulgor, helo aquí derrumbado, destruido.

En esos precisos momentos es cuando ella se convierte en ave y se lanza al cielo, mientras él hunde la cara en su cabello, pierde la boca y los ojos enredados en el pelo, muerde sus rizos morenos, ligeramente amargos, para no ver la imagen de Andrés.

Rosario sonrío lo justo a los camareros que pasan entre las mesas. Sobre todo, no hay que demostrar familiaridad con los compañeros de trabajo de Medianoche, pero tampoco hay que mostrarse arrogante, lo que le requiere un esfuerzo para mantener la compostura. Ella hubiera preferido otro lugar, un terreno «neutro».

No puede evitar preguntarle por qué la ha llevado allí. Tal vez haya formulado mal la pregunta o él no la haya entendido o quizá finja que no la entiende, aunque eso sería otorgar a Medianoche más sutileza de la que tiene. Él no responde de manera acertada y no le da explicaciones sobre la elección de ese restaurante y no de otro.

—Me toca a mí. El mes pasado me llevaste a aquel museo para que me instruyera. No puse ningún reparo, no me digas que no. Te seguí. Así que, bueno, esta noche me toca a mí sacarte a ti.

—¿No te gustó el Prado?

—Claro que sí, no me malinterpretes.

—¿Acaso te llevé a la fuerza?

—Aquí no hay fuerza que valga, digo yo. ¿Es que no viste que fui encantado?

Medianoche busca un rincón íntimo, alejado de la orquesta, y la acomoda en una mesa para dos decorada con un ramo de flores artificiales y una vela que enciende con su mechero, como hace habitualmente. Es su revancha por lo del museo.

16

Se dejó arrastrar al Prado como un niño de seis años que va por primera vez al colegio. Rosario echó mano de sus habilidades como pedagoga para explicar dos mil años de arte cristiano a una cepa de la encina más coriácea de los montes extremeños. Medianoche no había visto más cuadros que los lienzos tiznados de la iglesia de Montepalomas o las litografías enmarcadas, llenas de cagadas de mosca, de «paisajes naturales» muy refinados que decoraban las casas: el cono helado del Aneto o los golfos azules de la Costa del Sol. Ése había sido su único bautismo en la pintura.

En el Frente Popular, Rosario impartió clases de alfabetización como voluntaria, por la noche y los fines de semana, a adultos e incluso a ancianos a los que había que enseñar a coger el lápiz, pero que se obstinaban, había que verlos, con los dedos entumecidos, deformados por el pico y la artritis, a trazar letras temblorosas. Así que ofrecer un poco de cultura a su amante era para ella como un juego, una parte del placer. ¡Se lo explicó todo en un día!

Aprovecha el trayecto para darle un curso relámpago de historia del arte. En cuanto lo recoge en el metro de la Puerta de Alcalá, la tenaz Rosario ataca los orígenes mágicos del arte con las pinturas rupestres. «*Imagen y magia* son la misma palabra, ¿no?» Medianoche se limita a asentir. No tiene la más mínima idea de lo que es una pintura «rupestre». Sin embargo, piensa en su

tía abuela Ruperta, a quien siempre besaba con repulsión por el ojo izquierdo que tiene tuerto. Siente un escalofrío a pesar de los cuarenta grados que hace ese tórrido mes de septiembre. Una entrada bochornosa en el otoño que lo hace sudar en abundancia durante el trayecto. En una larga caminata desde la Puerta de Alcalá a lo largo del ostentoso paseo de la Castellana, salpicado de monumentos que le encantan: Neptuno, Colón, Cibeles.

Desde el primer día en que descubrió aquellos colosos de piedra, los hizo suyos. Se le figuraron como los guardianes y el alma de la ciudad. Espíritus tutelares alrededor de los que giraba el torrente de vida madrileña sin desviarse. Estrellas, puntos de irradiación en el tejido celeste de Madrid.

Pero también eran supervivientes, a los que quiso como se quiere a un tío abuelo cuando Rosario le explicó que la República los había salvado. Los protegieron cuidadosamente de los bombardeos durante el asedio cubriéndolos con sacos de tierra, de manera que la fuente de la Cibeles fue rebautizada en aquellos tiempos en que todo cambiaba de manos, de nombre, de maestro y de destino, como la *plaza de la Linda tapada*. En adelante, la Linda, impudicamente destapada en su carro, ofreció sus senos blancos al claro sol y al agua que brotaba como disparos de fuego de las pezuñas febriles de su cuadriga.

Desde la Cibeles hasta la estatua de Neptuno, Rosario ha hecho desfilar diez siglos de arte cristiano. Cuando llegan al Prado, ante la estatua de Velázquez, el tema del Renacimiento italiano ya está bastante introducido.

—¿Y éste también es italiano? —pregunta Medianoche.

—¿Éste? Míralo bien. Con esas pantorrillas hermosas y ese mostacho de mosquetero, es el más español de todos los pintores y el más grande de los españoles.

—No más grande que Cervantes.

—Casi.

—¡Nadie es más grande que Cervantes!

—¡No seas tonto! ¡No te lo tomes así, que parece que haya insultado a tu madre!

En realidad, sí era como si hubiera insultado a su madre ya que, para Medianoche, *El Quijote* era EL LIBRO, como para los cristianos la Biblia. No tenía rival. Su unicidad era absolutamente irrefutable: era el único volumen que poseyó su familia.

Ni a su madre, tan beata en su juventud como cualquier buena mujer nacida antes del nuevo siglo, se le hubiera pasado por la cabeza tener una Biblia en casa. No, nadie leía las santas escrituras en el hogar, pero, de vez en cuando, la madre, menos iletrada que el padre, les leía en voz alta, con esfuerzo, a modo de distracción, un capítulo de aquel loco caballero, interrumpiendo la lectura para reírse con discreción. Y, entonces, como si la imagen se fijara, los niños veían a la perfección al viejo chiflado saltar con el culo y los huevos al aire o, incluso, escupir la dentadura después de que las gentes de la duquesa lo molieran a palos.

Reírse de culos y golpes es algo habitual, pues el hombre es malvado por naturaleza; pero Cervantes tiene la habilidad de conseguir que nos riamos de la víctima sin por ello dejar de quererla. ¡Eso es reírse con buena intención! Encontrar a la víctima grotesca como para morir de risa, pero también triste como para derramar lágrimas. Y el pequeño Medianoche lloró la muerte de Alonso Quijano, *el Bueno*.

Sí, tanta risotada no impidió que lo embargara la melancolía de los últimos instantes del héroe. Y por la noche se llevaba, bajo las bastas sábanas de tela, un pedazo del alma de ese caballero con la que no se había secado más que lágrimas de risa hasta las últimas páginas del venerable volumen en que la muerte estampaba su lacre rojo. Medianoche, como todos los analfabetos y semianalfabetos de la península, que eran como mínimo el noventa por ciento de los españoles, había comido más Quijote que hostias. Llevaba *El Quijote* en su interior, como la carne de Cristo. El Quijote era él.

¡Cuánta frialdad geométrica! La fachada del palacio del Prado, con su frontispicio dórico, sus columnas macizas y su guarnición de estatuas de una palidez lunar emboscadas en sus hornacinas, lo atemorizaban. Empapado en sudor, se encontró frente a la escalinata de entrada del museo. Y, de repente, aparece aquella fachada dura como un rostro de hielo. El joven campesino se siente como vacío de savia, petrificado también. Obtuso, sin pensar, se deja llevar por sus botas, que chirrían con comicidad porque las suelas se le despegan a lo largo de pasillos de suelos deslumbrantes.

A cada lado, los cuadros, altos como portones, lo escoltan de manera impresionante. Reconoce las natividades, las vírgenes con el niño y las crucifixiones, pero reprime un escalofrío ante la escenografía forzada de los mártires sádicamente mutilados. Aquí, un cuerpo bello agujereado por flechas, tendido hacia su verdugo como en un orgasmo; en esta meseta, una cabeza de hombre ensangrentada que te mira fijamente, y el resto es más terrible todavía. Una horda de gigantes demoníacos los espera, situada en el recodo de un cuadro.

Después de las escenas religiosas monumentales, los cuadros son más modestos, como viñetas pequeñas que recortan paisajes verdes con cielos henchidos de nubes y curiosos molinos de madera cuadrados. «Arte holandés», le dice Rosario. Pero al cabo de cinco minutos, lo llama también *flamenco*, sin explicarle la diferencia.

Medianoche observa con interés aquellas postales coloridas. Descubre un montón de detalles divertidos. En el umbral de una cabaña, una mujer gorda despluma una oca; el chico puede ver el plumón que envuelve sus rodillas en una aureola espumosa. Un hombre con sombrero verde sigue a su mula y la azuza con un bastón. Una pareja de comerciantes de narices bulbosas desenrolla unos tejidos brocados en unas mesas altas en las que se refleja el tablero pulido del suelo, mientras que por la ventana abierta asoma el mar. Y, después, escenas de taberna con jugadores de dados, fumadores de pipa y

perros minúsculos que se revuelcan por debajo de las mesas.

Medianoche piensa para sus adentros que la taberna es universal, que es menester que el hombre beba y se relacione con el prójimo. Pero en esas pinturas todo se ve muy peripuesto. Parecen fotografías. No huele a nada. Los efluvios del tabaco y la cerveza han debido de quedarse atrapados bajo la capa de barniz. Muestran una humanidad sin olores. ¡Borracheras falsas, comerciantes falsos y holandeses o flamencos falsos, vete tú a saber! Por supuesto, están dibujados a la perfección, lo que no quita que resulten artificiales, simulados, en los que no puede creer ni un instante.

Medianoche se habría dado por satisfecho si se hubieran quedado en Holanda, pero Rosario lo lleva a ver a la fuerza la pintura española. ¡Un ataque por sorpresa! ¡Unos frailes, una retahíla de frailes, más encordelados y arrebujados que los penitentes en Semana Santa, los asaltan de repente como ‘bandoleros’ en el camino! Sobre todos esos cuadros oscuros destacan unos rostros blancos y diáfanos como bombillas eléctricas. ‘Sol y sombra’.

—No es que me guste demasiado Zurbarán, pero nadie mejor que él ha sabido pintar las órdenes religiosas —le explica Rosario.

—No me gustan los colores oscuros, ni en las camisas ni en las sotanas —masculla Medianoche—. Larguémonos de aquí antes de que nos llenemos de piojos franciscanos.

Definitivamente, en ese museo que Rosario tanto aprecia no hay nada para él. *Precioso, precioso* es el adjetivo que una y otra vez acude a sus labios maquillados y que le dibuja un mohín rojo en forma de fresa.

Todo es demasiado precioso para lo rústico que es él, ni siquiera es capaz de admirar el prodigio que llevó a cabo la República durante el asedio de Madrid al salvar esos tesoros. La mayor parte de esos cuadros fueron protegidos con sabiduría en Valencia y en Ginebra. *Las Meninas* y las flamencas de pezones rosas fueron escoltadas por carreteras en las que los bombardeos eran intensos por parte de la línea del frente, que se desplazaba

sin cesar. Y es que el Frente Popular había nombrado a un famoso director en 1936: ¡ni más ni menos que a Pablo Picasso!

‘¡Basta!’ Ya estaba harto de aquellas galerías por las que se avanzaba a paso de tortuga, haciendo una pausa ante cada cuadro, como si fuera humanamente posible verlo todo. Aquello era una invasión de imágenes, colores, chorros de pintura, ahora mezclada, desbordada, diluida en su pobre cerebro.

Del todo aturdido, Medianoche sólo ha retenido el retrato de Arturito. Sí, ha reconocido a la perfección los ojos azorados y la cabeza alargada en forma de espadaña de Arturito, el tonto de Montepalomas, en un cuadro de un pintor que Rosario llama *El Greco*. La misma mirada vidriosa, como dilatada por las lágrimas, por el efecto de lupa de las mismas, elevada al cielo. Al cielo donde unos ángeles, ridículamente peinados a cepillo, entrelazan sus miembros lívidos en un juicio final confuso.

En el pueblo, Arturito no pasaba la mayor parte del tiempo en compañía de los ángeles, sino de los borrachines del café Pacheco. Cada mañana, el padre lo dejaba allí y se iba a trabajar. Era un viudo que trabajaba muy duro diez horas al día en las minas de plata. Y no tenía otra manera mejor de dejar bajo vigilancia al pobre discapacitado.

Con trece años cumplidos, el chaval sólo se expresaba mediante gruñidos. Su vocabulario se reducía a una sola palabra: ‘*guapa*’, que repetía poniendo cara de cordero degollado cuando pasaba Paola. Paola era la dueña y una mujer hermosa que, para no engañarnos, se lo tenía muy creído.

Arturito la adoraba, la seguía como a su sombra, se aplicaba en imitar cada uno de sus gestos. Era como un juego. Todo el mundo lo tomaba por un juego, pero, para él, era más serio que el ritual de la eucaristía. Arturito no tenía paciencia para quedarse quieto en misa y se abalanzaba sobre los reclinatorios dándoles patadas. Allí no podía mantenerse sosegado ni diez minutos, mientras que sí podía seguir religiosamente los gestos de Paola con la barbilla levantada, el cuello estirado como si fuera un muelle, con cada

músculo de su cuerpo listo para ceñirse al ritmo de la bella mujer. ‘¡Guapa! ¡Guapa!’

La dueña le había endosado un trapo, y Arturito se pasaba el santo día limpiando las mesas como un maníaco, sin esperar siquiera a que los clientes las dejaran libres. «¡Por Dios, Paolita, quítame a este retrasado del medio! ¡No hay modo de que me pueda acabar el café!»

No, Paola no debería haber dejado que aquel idiota imitara sus gestos todo el rato como un vil mono. No tendría que haberlo hecho. Y tampoco debería haberse reído cuando la advertían. Y sólo Dios sabe las veces que se lo habían advertido. Eso le hubiera evitado acabar acribillada a cuchillazos en la cocina. Se lo habían avisado: «Prudencia, hija. Cuando pones de beber, el tonto también imita que sirve un vaso, cuando cortas un plato de jamón, él coge el cuchillo y blande la hoja por un plato vacío: zas, zas... No sabes lo que puede pasarle por la cabeza. En tu lugar, yo no me fiaría».

Sin embargo, ella no desconfió de Arturito. Ni un minuto. Se partía de risa, la inocente. «Pero ¡si el chaval me hace compañía! ¡Si es un bendito! Mira cómo mueve la cabeza cuando canto. Mi Arturito sigue el ritmo. Tiene alma de músico. Con sólo verlo, entran ganas de cantar.»

No sabemos qué le pasó por la cabeza a Arturito, pero algo le pasó. No hay duda de que le pasó. Y Paola se desangró. Completamente. Gota a gota, como un cerdo en Navidad. Con la diferencia de que ella no chilló durante horas. La puerta de la cocina estaba cerrada y, por desgracia, era el momento de la siesta, cuando sólo las moscas revolotean alrededor de las botellas. Al final, el tonto no era tan tonto como parecía.

Medianoche piensa en la muerte de Paola al contemplar el retrato de Arturito en el Prado. Experimenta un sentimiento indescriptible, entre gris sucio y gris acero, del color de los cielos del pintor toledano.

De acuerdo, es verdad que Medianoche no se entera de nada, pero ahora se da cuenta de que el tal Greco no está a la altura de los otros campeones del pincel. Lleva dos horas deambulando por el museo y considera que ya puede apreciar la diferencia. ¡Y he aquí que se asombra ante tanta torpeza! ¡Dibuja cuerpos mal hechos, engendros extraños! ¡Cuadros poblados de vástagos de consanguíneos! Este pintor no tiene la menor idea de cuáles son las proporciones de un hijo de Adán, bienvenido al mundo, según las leyes de la santa naturaleza.

Medianoche quisiera huir de aquel ejército de ectoplasmas oblongos, descoloridos, tráfugas de cementerio. Fantasmas. ¡Tristes! ¡Tristes! Como el recuerdo de una bella mujer apuñalada por un chiquillo.

Ya no ve los cuadros desfilar uno tras otro como si los divisara desde un tren, sólo ve cómo los castaños de Indias asoman por las altas ventanas del museo, unos castaños de Indias que lo llaman estremeciéndose dulcemente como un susurro verde. «¡Ay! ¡Qué bueno sería reencontrarse bajo su caricia, bajo la palma tranquilizadora de las ramas de la Castellana! ¡Rápido, cueste lo que cueste, tomemos la salida!»

Rosario expresa su contrariedad en voz baja para no montar un escándalo. «Tienes menos paciencia que un crío. Incluso unos niños de preescolar mostrarían más interés. ¿Cómo es que estás cansado? ¿Puedes explicarme por qué el hecho de recrearse la vista puede cansarte? El arte, la belleza, ¿lo entiendes? Es oxígeno, es vida. Nunca deberíamos tener suficiente. ¡Por Dios, no me digas que la santa vida te cansa!»

Las botas de Medianoche chirrían por los pasillos de mármol. Al cabo de cinco minutos habrán alcanzado la salida, y él sólo se llevará de la visita al museo más abatimiento y una forma nueva de vergüenza, la del cerdo al que le han arrojado perlas y que todo el mundo ha visto que no ha sabido apreciarlas. ¿De quién es la culpa?

Pero no será así, sino de otra manera, pues aún tiene que cruzar la última

sala. Una sala tenebrosa, con paredes inundadas de negro, llena de monstruos y brujas: la casa de los horrores de las ferias.

Están todos, no falta ni uno. Y sus brazos descarnados lo agarran al paso, le retuercen la nuca con brutalidad, lo fuerzan a mirar. ¡Aquí! Envueltas en sus mortajas, viejas desdentadas sorben sopa en un rincón de la chimenea mientras que unos asnos lascivos pisan a unos hombres sumidos en el sueño, pero he aquí que él, el demoníaco macho cabrío, dirige el baile a golpes de batuta, con sus cuernos gigantescos alzados y retorcidos en el aquelarre. ¡Oh! Un conjunto de pordioseros andrajosos, patizambos, malintencionados, vejestorios, paletos, paganos desde tiempo inmemorial, con cabezas planas como calabazas, vientres vacíos, ávidos... y corazones donde se hunde la mandrágora del miedo. La única que demuestra no tener miedo es una niña de negro que los observa sentada muy recta en su sillita de paja, prudente. Ni asomo de miedo. La chiquilla mira el Mal de frente como saben hacerlo los niños.

¡El Mal está en todas partes! La condena nocturna, irremediable, sin el menor vislumbre de esperanza.

El mundo alrededor de Medianoche no es más que un vasto campo sembrado de cadáveres cosidos en sus mortajas que una mujer recorre a grandes zancadas, envuelta en unos harapos grises. ¿Es una mujer? ¡No es cierto! Es sólo una presencia, un esbozo de ser, pero está sola, de pie en medio de los yacentes, como sacos de yeso esparcidos por el suelo. Polvo... La forma humana disuelta en la muerte. Ella gana siempre, todas las veces: la muerte.

Medianoche ralentiza el paso y su mirada se detiene como si una llamada irreprimible surgiera de aquellas escenas extrañas. No se trata de entender de pintura o no, ya no se trata de pintura ni de arte. Sino del horror en estado puro. Eso no sólo se ve, también se siente, se oye, como el vuelo pesado de un ave nocturna sobre su cabeza.

El chico se reencuentra con sus terrores de infancia, con las noches de invierno en las que las tinieblas pegajosas de la sierra se adherían a la ventana

de la habitación y el fantasma del tío Juan de Noche, escapado de los cuentos populares, erraba por las calles. También se reencuentra con sus compañeros de los campos de trabajo, con la masa gris de los eternos condenados apelotonados unos contra otros, dándose calor como cucarachas. Aquí no hay decoro, ninguna hipocresía. Sólo la verdad de los hombres desnuda hasta la médula.

¡Por fin aparecen desenmascarados los frailes cautelosos de Zurbarán! Demonios, esqueletos que esconden bajo la sotana sus tibias espeluznantes. Desenmascarados esos asesinos uniformados que ametrallan a los condenados con la camisa abierta contra el muro de los cementerios.

Este pintor lo sabía todo de los hombres y del Mal que los devora, de la peste negra del Mal, que se propaga de un cuadro a otro, que extiende su depravación sin otra ley que el miedo y la locura.

Ante tanta negrura, las pupilas de Medianoche se dilatan y su corazón late en sordina, pero, de repente, se detiene, como por sorpresa, delante de un perro. Ni siquiera es un perro entero, sino sólo una cabeza. Una cabeza minúscula en el ángulo de un cuadro vacío gigantesco. Un horizonte de polvo, muros de arena, muros que se mueven, del color de la meseta castellana. El perro se ahoga entre los muros de la desesperación.

A su alrededor ha desaparecido todo, incluso el perro será engullido. Muy pronto. Pero por ahora sigue vivo. En el instante que el pintor ha fijado fatídicamente. El perro aúlla con todo su ser en el silencio. ¡Oh! El animal se cuida de ladrar, valiente chuchó, con la boca cerrada y el hocico levantado. Sin embargo, su ojo, con el cristalino helado como un estanque, hace un llamamiento. No al cielo. La inmensidad del cielo está por entero en la mancha luminosa de ese ojo. El perro llama, y Medianoche puede oírlo.

—Pero ¿qué haces aquí plantado delante de este cuadro en el que no hay nada? —le pregunta Rosario—. *El perro*, de Goya, es el menos interesante. Todo el mundo lo pasa de largo. Sólo tú te paras. Parece que sólo te guste lo

feo. Me metes prisa para salir, y tú vas y te quedas boquiabierto ante estos horrores. Estoy segura de que lo haces a propósito.

Rosario le tira de la manga para sacarlo de aquella contemplación estúpida y lo conduce al pasillo. Medianoche no sabe que se trata de las pinturas negras, las llamadas de *la Quinta del Sordo*, la última casa de Goya en España. No sabe quién es Goya, piensa que se trata del propietario del animal. No se arriesga a preguntárselo a Rosario, está demasiado enfadada con él. Medianoche sale de allí con la imagen de ese perro semihundido.

Esa noche Rosario está sentada frente a él en el restaurante La Estrella con su nuevo peinado, al que se niega a llamar *Arriba España*, pero la moda es la moda, claro, y, sobre todo, sabe que le queda bien. La joven pela las ‘gambas’ a la plancha con sus finos dedos, pensativa, absorta en esa delicada operación. Parece feliz e intimidada a la vez. Hacía años que no ponía los pies en un restaurante. Y he aquí que un hombre la invita y, de pronto, Madrid vuelve a ser la ciudad de los bailes y de la fiesta, el alegre Madrid republicano.

Medianoche batalla torpemente con los cubiertos sin mediar palabra. Como de costumbre, es ella la que formulará las preguntas y dará las respuestas. Pero él la devora con la mirada. El perro de Goya se toma la revancha del museo.

—Deja de mirarme así. Voy a pensar que tengo monos en la cara. Por cierto, todo el mundo nos mira. ¿Por qué esos dos tipos, los camareros, no nos quitan la vista de encima y se burlan?

—Pero ¡qué dices! ¡Eso son imaginaciones tuyas!

Medianoche miente, Rosario no se equivoca. ¡Conoce bien a sus compañeros! Sólo Graciano podría redimir a la especie humana, pero esa noche libra. Los otros son una panda de granujas que ni siquiera disimulan el sarcasmo. Deben de estar rivalizando entre sí con bromas picantes sobre la

‘novia’ del joven extremeño. ¿Por qué se le habrá antojado invitar a Rosario a La Estrella?

Cuando suenan las trompetas marciales del ‘pasodoble’, la pista se toma al asalto, pero Rosario y Medianoche no se levantarán a bailar mientras esperan el postre. El pobre no ha dado un paso de baile en la vida y no será en su lugar de trabajo donde se arriesgue a hacer el ridículo. Rosario no se lo tiene en cuenta, como mujer prudente que es piensa que más vale evitar las catástrofes.

Poco a poco, el calor del vino se les propaga por las venas, tan envolvente como el vértigo del ‘pasodoble’, se olvidan de los camareros y de la vergüenza. Ambos sonrían y se sienten en la gloria por los efluvios del vino de Valdepeñas.

—¿Sabes? Hay algo que estaría bien —le susurra Rosario.

—¡Ah, sí! ¿El qué?

—Lo más sencillo del mundo. Que pudiéramos comer siempre juntos, uno frente al otro, como ahora.

—¡Por el amor de Dios, cariño! Nunca hubiera pensado que los restaurantes te gustaran tanto y tan rápido. Pero primero es la vida y luego las grandes ocasiones, ¿no?

—Justamente. Te hablo de la vida. De todos los días. Me gustaría servirte un plato en mi mesa y que compartiéramos lo que tenemos: lo común o lo escaso, o incluso nada de nada.

—¿Qué dices, Rosita?

—Ya me has entendido. Ven a vivir conmigo. Estoy harta de estar sola. Necesito a alguien. Y, además, ya estoy cansada de ver a Lucía blanca como la cal; crece mal, como una semilla huérfana condenada a no tener padre. Hazlo por mí, hazlo por la pequeña.

Se puede tener el estómago lleno de gambas al ajillo y de buen vino, estar separado sólo por la anchura de una mesa de una mujer guapa que se te

entrega de por vida, y verse metido en un aprieto. Medianoche tiene el tiempo justo de sentir que se ahoga. Ha bajado la vista y ya no se atreve a mirar a Rosario. ¡Le acaba de pedir matrimonio! ¡Nada más y nada menos! A él, al bracero. Al jornalero que no dispone ni siquiera de un salario por adelantado en el bolsillo, al palurdo, al semianalfabeto.

Le da miedo levantar la vista. Rosario Avilés debe de haber perdido la cabeza; una chica de buena familia, educada en las «monjas francesas» de Guadalajara, que ha estudiado en la universidad y que ha viajado al extranjero, se ha empeñado en casarse con él.

No sale de su asombro. Los discursos de Andrés le vienen a la cabeza: «El matrimonio no es más que el funeral oficializado del amor, el precio a pagar a la institución por ser pareja». Rosario ha compartido con él sus convicciones, no puede haber renunciado a su ideal de mujer libre.

Medianoche se inclina hacia ella y con una voz casi inaudible, porque si lo hubieran oído los habrían mandado fusilar a los dos, le dice:

—Paz a los hombres y muerte a las instituciones.

La joven se estremece como si la hubieran insultado.

—¡Ya está bien! ¡Deja a un lado las palabras! Estás pensando en Andrés, ¿no? En por qué no nos casamos antes de la guerra, ¿verdad? Es lo que insinúas.

Rosario no le da tiempo a responder; sigue sin mirarlo, con la vista perdida a lo lejos, clavada en los farolillos que cuelgan de las ramas, y prosigue con voz dura y monocorde, como si hablara para sí:

—Era otra época. Éramos libres. ¡Cuando me acuerdo de todas las leyes que se votaron en la República a favor de la mujer...! Teníamos derecho a voto, derecho a la educación, al matrimonio civil, al divorcio e incluso al aborto. ¡¿Te das cuenta?! Ahora todo el mundo vigila de cerca las buenas costumbres, todo el mundo denuncia al vecino. Si viviera en concubinato me escupirían a la cara. Los servicios sociales se llevarían a mi pequeña. Soy una mujer inmoral, peor que una puta. A las putas se las tolera, el Régimen las necesita.

Salen del restaurante cuando la orquesta empieza a tocar *La cumparsita*. Las parejas en la pista se contonean al son de Gardel, con las manos húmedas y la mirada perdida en el abrazo voluptuoso del tango. Medianoche acompaña en silencio a Rosario a su casa a pesar del rechazo. «No voy a dejar que vuelvas sola. Con todos esos delincuentes que callejean a estas horas, alguno te podría agredir.» Es verdad, la noche se ha vuelto peligrosa desde que las bandas de chavales muertos de hambre, huérfanos abandonados en las calles, asaltan a los transeúntes en la penumbra.

Cuando cae la noche, Madrid se convierte en una ciudad negra por la que se camina a ciegas por las aceras levantadas a la espera ansiosa del siguiente halo de luz, cincuenta metros más allá. Desde que acabó la guerra, las farolas no se han repuesto.

Aun así, las calles están animadas. Son prácticamente las doce, demasiado pronto todavía para una noche de sábado estival. El chico no recordaba que el barrio de Lavapiés estuviese tan lejos. O quizá sea la oscuridad la que, por extraño que parezca, acrecienta las distancias.

Rosario está furiosa. En realidad, está triste, pero interpreta para sí misma el papel de airada. Se niega a que Medianoche la tome del brazo y se limita a sujetar con firmeza el asa de su bolso de mano acelerando el paso. Está a punto de llegar a su casa cuando, de repente, tropieza con un adoquín suelto. Medianoche oye un crujido y la agarra al vuelo para evitar que caiga.

—¿Te has hecho daño?

—¡Vaya porquería de aceras! ¡Estoy bien, pero el tacón...! ¡Oh! ¡Madre mía! Se ha roto.

Se quita el zapato y mira desesperada el tacón quebrado, ridículo, que pivota contra la suela. Medianoche se da cuenta de que está a punto de llorar, de que el tacón roto del único par de zapatos elegantes que tiene será la excusa para poder, por fin, deshacerse en lágrimas. La furia de Rosario ha menguado, sólo quedan en ella las cenizas frías de la pena.

Si vuelve a ponerse el zapato, habrá de renquear de manera grotesca y poner todo el peso en el lado izquierdo, no tiene otra opción, no puede caminar descalza. Así que acepta el brazo de su compañero y prosiguen el camino, lentamente, con dificultad. Dos tullidos de la vida.

Medianoche siente la humillación de Rosario a través del tacto de su piel, erizada por la brisa nocturna. El escalofrío de la mala suerte. La vergüenza de los vencidos. Ha perdido, se ha atrevido a hacerle una propuesta y él la ha rechazado. Ha caído un poco más bajo todavía, al lado de los perdedores.

El chico sufre por haberla condenado a eso. El poder que acaba de ejercer sobre otro ser humano lo horripila. Esa capacidad de decepcionar, de hacer sufrir. Pero ¿qué espera la gente de él? ¿Qué quieren de él? Sólo cuenta con su pobre persona, y ésta le pertenece. Él no les pide nada.

Cuando lo intentan retener, se esfuma.

No subió a casa de Rosario, ni siquiera le dio un beso. No se besa en público. Las parejas buscan el umbral oscuro de los portales. Pero Medianoche no ha esbozado ningún gesto para entrar con ella en el portal. Se marcha. Se despide sin más, con una mano, mientras ella se entretiene buscando la llave. En un edificio de pobres en un barrio de pobres sin 'sereno' que vigile la puerta.

Medianoche se va para siempre. Huye. Como nunca tuvo valor de hacer en la cárcel. Se evade como sus compañeros, sus valientes compañeros, que se escapaban a pesar de la ley de fugas. Una maniobra peligrosa, cada uno entregado a su suerte, peor para ti si te atrapaban. Había que correr más rápido que la muerte caqui de la guardia civil. Esta vez, Medianoche huye despavorido de la vida que le ofrece Rosario. ¡Pobre idiota! ¡Cualquier otro habría aprovechado la ocasión! Esa mujer era una bendición del cielo, una amante sincera, muy guapa, valerosa. Y cultivada, lo que no empeoraba las cosas.

O sí, eso era lo malo. ¡Ay! ¡Basta ya de palidecer como una mancha vulgar de moho! Esa mujer es demasiado refinada para él, demasiado inteligente, demasiado sabia. Rosario intenta ponerse de su lado con las mismas

convicciones, la misma lucha. ¡Tonterías! Medianoche sabe que viene de otro mundo. Que es una señorita. ¡La hija de un notario! La cárcel y los años de miseria no la han cambiado nada. Ella sigue siendo una 'señorita' debajo de su atuendo azul, ese uniforme de proletario que les gustaba ponerse a las milicianas de primera línea, con la cremallera coquetamente abierta dejando asomar sus cuellos delicados.

Medianoche no tenía derecho a esa mujer. La había usurpado. Se la había quitado a otro. Por fin se atrevía a mirar cara a cara a lo que mil veces le había reconcomido la conciencia. Rosario estaba hecha para Andrés. Debería haber sido la esposa de un médico, de un sabio. Si el pobre Andrés hubiera sobrevivido, seguro que habría llegado a ser una eminencia científica, mientras que él...

«¡Y ahora te das cuenta, hipócrita! ¡Traidor! Tu conciencia, tus remordimientos... ¡Menudo chiste! La conciencia no hizo que te pararas en seco, al borde del delito, la primera vez que te metiste en la cama de esa mujer, la mujer de Andrés. La primera vez y, luego, las siguientes.

»No pretendas hacer creer que estabas equivocado hasta este momento, que acabas de abrir los ojos, no invoques más la memoria de tu compañero. Rosario te lo ha dicho: deja a los muertos en paz. ¡Basta! Confiesa que esa mujer más bien te da miedo.»

¡Una profesora! ¡Una intelectual! Demasiado distinguida para un tipo como él. Medianoche no ve bien unir su vida a la de una mujer que conversa de manera tan rara. Una forma de hablar remilgada que lo incomoda. Aun así, Rosario le ha explicado que se trata sólo del castellano común y que es él quien habla con acento de pueblo, deformando la lengua de manera abominable, transformando las *O* en *U*, comiéndose los finales, fabricando diptongos chocantes. Rosario le ha dicho todas esas cosas con franqueza, sin querer ofenderlo.

Es un ignorante y, quizá justo por eso, tiene memoria de burro. Memoria

de analfabeto. *Diptongo*, esa palabra misteriosa se le ha quedado grabada en la mente como un insulto.

Medianoche no se ve con una ‘señorita’. Medianoche no se imagina casado, sin más. Ha salido de la cárcel profundamente libertario, no quiere comprometerse con nada, no desea nada, no pide nada, pero se niega en rotundo a cualquier forma de autoridad. Está solo en este puñetero mundo. Es un solitario. Como un lince.

Sin mentor, sin familia, sin territorio. Anarquista. ¡Ni hablar de dejarse atar! Para él se ha acabado la estación de los amoríos, el único momento en que el lince de las montañas se acerca a sus semejantes.

Medianoche jamás volverá a ver a Rosario. Desterrará el barrio de Lavapiés de sus ejes de desplazamiento, para él se convertirá en una zona minada, borrada del mapa de Madrid.

Huye. Sin embargo, la ama. Nunca dejará de amarla, al menos eso es lo que creyó durante mucho tiempo, pero el tiempo lo borra todo. Inevitablemente. Como esos trozos de carteles de cine de temporadas pasadas que ondulan a los cuatro vientos y en los que nadie repara.

Después de Rosario, después de Rosita y de sus orgasmos vibrantes de lágrimas, Medianoche sólo conoció a las putas famélicas de las pensiones de la calle Echegaray. Más valían las putas y sus enfermedades, que se desinfectaban con productos azufrados, que el amor de Rosario, que la cárcel del amor de Rosario.

Aunque eso no le impidió casarse con Purificación Padilla seis años más tarde y por la iglesia. En cualquier caso, ya nadie se casaba si no era por la iglesia, el matrimonio civil había desaparecido en España, junto con el derecho a la huelga, la educación pública y otras utopías poderosas. Por la iglesia, con la familia, con los testigos y la parafernalia miserable de los pobres.

Era una morena de ojos azules y piel blanca, tan lívida como el vientre de un pez, de una palidez lunar. ¡Selenita era Purificación Padilla! Un estilo de mujer que Medianoche había visto raras veces y que a su parecer encarnaba todos los cánones de belleza. Más tarde se daría cuenta de que su blancura le otorgaba un aspecto cadavérico y de que, sin lugar a dudas, tenía los dientes torcidos. Con todo, en aquella época Medianoche se encaprichó con locura de ella.

Pura no lo aburría con pintores o gramática, sólo se codeaba con sus agujas y sus hilos de colores. Era bordadora de oficio. Perfectamente iletrada, como sabían ser las mujeres de la época, tenía la intención de seguir siéndolo durante toda la vida. Al menos, ella no lo aplastaría con su saber. Al lado de esta cándida analfabeta, Medianoche casi era alguien.

Pura se dejó «visitar» durante cuatro años sin jamás autorizarlo a meterle una mano por debajo de las bragas. Un día, Medianoche la acarició justo por el nailon, más sedoso que el pelo de una cría de conejo, pero no pudo franquear la frontera del elástico: la moza habría soltado unos gritos que hubieran alborotado a todo el barrio.

Era joven.

Una virgen. Una imbécil que le hizo perder el tiempo, cuatro inviernos y otros tantos veranos, hasta el intercambio de anillos. ¡La muy lista!

Durante aquellos años, Medianoche no tuvo otro consuelo que las putas. En aquella época, los burdeles oficiales rebosaban, aunque también los clandestinos, que les hacían la competencia desleal. Las casas de tolerancia eran lo único que Franco toleraba: había que canalizar el vicio para preservar la familia cristiana. El Caudillo las toleró durante un tiempo, hasta mediados de los años cincuenta, cuando la presión de las ligas por la defensa de la mujer lo obligaron, a regañadientes, a prohibirlas.

Cuando Medianoche había pagado la pensión y le quedaban cinco pesetas en

el bolsillo, prefería alimentar el mercado de la prostitución en vez de ahorrar para comprarse un par de zapatos. ¡Sólo Dios sabía cuánto lo necesitaba!

Frecuentaba todos los lugares, no sólo las putas de Echeagaray, sino también las de Callao e incluso las de los alrededores de la estación de Atocha. Había mujeres mucho más guapas que Pura, eran unas chiquillas y hacían la carrera por culpa del hambre, del destierro, con toda la familia expulsada al azar de las carreteras, o incluso para «mantener» a un padre o un hermano en la cárcel con tanta abnegación como quien se sacrifica para llevar a su hijo a la universidad.

Pero Pura, no. ¡Ella no se arriesgaba! ¡Era astuta como una comadreja, la tal Pura! La virginidad le servía de inteligencia y de belleza. Pura se aferró a ella como a su única cuenta corriente ante Dios y esperó a que le rindiera beneficios. Y le reportó a Medianoche.

Diez años de campos de concentración y cuarenta de vida conyugal. Medianoche se dejó atrapar por el destino. La muerte de Pura fue la remisión de su pena. Por fin empezó a vivir en vez de limitarse a existir. Con *Ramón*.

Ramón se había convertido en su única familia, ocupó el lugar de todos los ausentes. A él no le escondía nada, incluso aunque sólo pronunciara tres frases. ¿Para qué más? El animal lo sabía todo de él, juntos formaban una sola alma. Se pasaban el día restregándose el uno contra el otro en un diálogo mudo que nada podía interrumpir.

¿Por qué Medianoche nunca pudo hablar con su hijo? Manuel, el niño de greñas negras, rodillas despellejadas de tanto subirse a los árboles y ojos ojerosos por haberse quedado leyendo hasta tarde a la luz de una bombilla raquítica. Aunque el chico se pareciera a su madre en la constitución fina y la cara ovalada, Medianoche se alegraba de que hubiera sacado los ojos negros de los Carabajal, unos ojos de animal triste.

A veces, en una determinada manera de fruncir el ceño o en el movimiento del dedo índice para acariciarse el labio superior, Medianoche

creía reconocer al otro, a Mediodía. Sólo durante un segundo. Una aparición absurda, infundada, pues su gemelo era feo y Manuel era guapo.

A Manuel le gustaban los libros y las ramas. Él también era taciturno, y Medianoche dejó que el silencio se instalara entre ellos.

No le contó nada de los campos de trabajo. Nunca le habló de su experiencia, ni de su época, que hoy a los jóvenes se les antoja tan lejana como el califato de Córdoba o el viaje de Colón o incluso más, pues la prohibición se echó encima de la Segunda República. Incluso sobre las familias republicanas que habían sido perjudicadas con más dureza; la palabra *guerra* no se pronunciaba, y menos aún *masacre* o *cárcel*. Había que bajar la voz y decir: ‘aquello’. Las décadas de franquismo cumplieron su trabajo infalible de borrado. Nadie retocará la vieja historia que los vencedores reescribieron. Y, después, llegará el día en que no habrá ni vencedores ni vencidos, porque Franco estará muerto y la hora de la democracia habrá llegado. De la amnesia. Sí, ese día llegará, y se huirá del que se atreva a mencionar la guerra civil. Medianoche comprende que se acaba, su época ha muerto con sus ideales, con sus amigos valientes y con sus demonios.

Manuel sólo sabía que su padre había estado en la cárcel. Se avergonzaba ante sus amigos, como si eso hubiera sido de derecho común. Peor todavía. ¡Era el hijo de un rojo, de un expresidiario, de la ignominia! El insultante ‘*rojillo*’ con el que se designaba a los republicanos, un término infamatorio, como una marca de hierro candente. De adolescente, Manuel no se enteró de mucho más. Por otra parte, ¿qué le iba a contar su padre? No tenía batallitas ilustres que explicar, ni la travesía del Ebro, ni la defensa de Madrid, no había nacido para la epopeya ni para un cuarto de hora de heroicidad, sólo para la atrocidad cotidiana, excesiva y banal. La gris rutina de los campos de trabajo.

¿Tenía que explicarle que lo habían encerrado durante diez largos años por haber hecho el tonto en la sacristía? ¿Y que encima no había sido él el culpable? El tribunal nunca lo creyó, «venga, confiesa, hay testigos», le decían cuando juraba que nunca había formado parte del saqueo.

Fue en agosto de 1936, justo después de que el general Francisco Franco Bahamonde proclamara la insurrección nacional en el enclave marroquí de Melilla. «¡Que vienen!» Y llegaban con unos batallones de moros que despertaban un miedo ancestral: «‘¡Que vienen los moros!’». Subían por Andalucía y Extremadura después de la matanza de Badajoz, avanzaban hacia Madrid por la ruta del oeste por detrás del general Yagüe, el *ilustre carnicero*.

¡Y luego estaba el otro! El carnicero de Sevilla, el siniestro Queipo de Llano, que tomó la capital andaluza a traición. ¡No tenía nada que envidiar a Yagüe, con los ocho mil muertos que causó en toda la provincia de Sevilla! Aun así, comprendió la importancia de la radio como medio de guerra psicológica y cada noche inundaba las ondas de Radio Sevilla incitando a la muerte. Su voz de borracho quebrada por el alcohol no dejaba de escupir constantemente insultos y atrocidades. Las barbaridades más sórdidas que se le pasaban por la cabeza: hacía bromas pesadas, lanzaba maldiciones, amenazas, glorificaba los asesinatos y las violaciones que cometían sus brutales soldados durante la jornada. Y las mujeres eran el botín prometido.

«Nuestros valientes legionarios y regulares han enseñado a los cobardes de los rojos lo que significa ser hombre. Y, de paso, también a las mujeres. Después de todo, estas comunistas y anarquistas se lo merecen. ¿No han estado jugando al amor libre? Pues ahora por lo menos sabrán cómo son los hombres de verdad y no esos milicianos maricas. No se van a librar por mucho que forcejeen y pataleen.»

Cada día se retransmitían los alaridos de aquel furioso de Radio Sevilla hasta los rincones más recónditos de España y se anunciaba, como una salida ineluctable, la victoria de los nacionales.

«Estamos decididos a aplicar la ley con una firmeza despiadada: Morón, Utrera, Puente Genil, id preparando sepulturas. Yo os autorizo a matar como a perros a todo aquel que se resista a vosotros, y si lo hicierais así, quedaréis exentos de toda culpa.»

El odio y la venganza se habían erigido como sistema. Por cada nacional

muerto, Queipo de Llano prometía diez republicanos fusilados sin ser juzgados. «¡Es así como se trata a esos canallas rojos!» Sus discursos fueron los responsables de decenas de miles de muertos en ambos bandos. A los nacionales les concedía la legitimidad de matar, a los republicanos les comunicaba su rebeldía y les transmitía el miedo. Y a todos, el gusto euforizante por la sangre. ‘¡Viva la muerte!’

El terror era el arma principal de los falangistas. En dos meses lo devastaron todo. Un viento de locura, más ardiente que los torbellinos de arena procedentes de África, barrió España entera a su paso. La confusión era indescriptible. En las regiones que todavía estaban en manos de los republicanos se veían enemigos por todas partes. La psicosis se propagó como un incendio en un bosque. ¡La gente se volvía loca!

Ni un solo pueblo, ni una sola casa estaba a salvo. El aire incandescente insuflaba miedo, y el miedo, como todo el mundo sabe, es hijo del demonio. Se empezó a perseguir a los traidores a la República. Se los adivinaba detrás de cada terrateniente, de cada explotador de ‘peones’, de cada aficionado a las vísperas o los maitines. Por más que Manuel Azaña, el presidente de la República, lanzara llamamientos para frenar la violencia, la habían tomado con el clero. Como proclama el dicho: «En España se va siempre detrás de los curas, o con un cirio o con un palo».

Muchos frailes fueron asesinados en sus monasterios, y en la carretera de Castilblanco encontraron un cadáver con los ojos arrancados y el siguiente letrero: SOY CURA.

Por supuesto, en Montepalomas también hubo abusos, pero no de furia sanguinaria. Se limitaron a echar al cura y a las familias de los terratenientes antes de colectivizar sus bienes. La UGT se apropió y dirigió la hacienda de Madronal, con cincuenta hectáreas de la mejor tierra de la región, e instauró el reparto colectivo de sus beneficios.

Todo se produjo sin derramamiento de sangre, sólo ocurrió esa tontería que cometieron los chavales en la iglesia y la destrucción de unas estelas de aristócratas en el cementerio. Una docena de jóvenes que ardía en deseos de pelea y de alistarse en la milicia se desató a hachazos con los bancos y las esculturas de la capilla.

¡Y pensar que el pobre Medianoche ni siquiera había participado en la fiesta! Aquel día no pudo seguir a su hermano gemelo, tuvo que llevar la mula al herrero porque había perdido una herradura. Por suerte, el muchacho la encontró enrollada como una víbora plateada en la hierba seca del camino, de manera que pudo librarse de los correazos del padre.

Se pasó la tarde entera sudando la gota gorda ante el fuego de la forja esperando su turno, pues el tío Mateo estaba desbordado de trabajo. ¡Y ahora el oficio ha desaparecido lisa y llanamente junto con las bonitas yeguas que defecaban llenas de orgullo por la calle mayor! Unas boñigas que olían a cebada y paja caliente. Como terrones de sol. Muy diferente del olor a gasolina que devasta los pulmones.

Medianoche se pasó dos horas sentado como un estúpido con la camisa empapada mirando hipnóticamente las chispas con olor a cuerno quemado y metal fundido que brotaban de los golpes que daba el herrero. Estaba fascinado, aturdido. Cada golpe en el yunque retumbaba en su cabeza hasta que el tío Mateo le gritó por encima del barullo:

—¡Quítate la camisa, chaval, y échame una mano, que no estará de más! ¡Toma, coge el fuelle!

Dale, dale, pequeño Medianoche, bate los codos, como si fueran un par de alas recortadas, sopla en la llama hasta que se enrojecza la brasa mientras el atleta con delantal de cuero afila el borde de la lámina en el afilador.

—Vamos, chico, ahora me vas a ayudar a sujetar a la mula, y yo le pongo la herradura en el casco. Ya casi estamos, sólo un segundo. ¡Tranquilidad! Cuatro mazazos para fijar bien los clavos.

El tal Mateo era un buen tipo y no le cobró nada, pues se temía que el bestia de Carabajal, el padre de Medianoche, arreglaría las cuentas con el hijo a base de patadas en el culo. Pero ¿acaso el chaval era el responsable de las cuatro herraduras de la mula?

Aquella tarde de verano, Medianoche sintió que los ojos se le fundían a

los cincuenta grados de la forja, mientras aquel grupo de tarambanas se iba de parranda a la iglesia.

Aquella noche, el chico no reconoció a su hermano. Mediodía tenía las manos manchadas de rojo, parecía febril, la mirada le brillaba como si hubiera cogido una fuerte gripe. Medianoche pensó que sería sangre.

—No, idiota —le dijo Mediodía, agitando las manos por encima de la cabeza cual banderas escarlatas—. Es sólo pintura, pintura al óleo. ¡Toma, huele! ¡Si hubieras visto la cabeza del Cristo cuando la embadurné con esto! ¡Roja como el Partido y como Moscú! ¿Sabes?, hasta me he cagado a los pies de la Virgen. ¡Por Dios, hermanito! ¡Lo que nos hemos reído! ¡No sabes lo que te has perdido!

Y se marchó riéndose a carcajadas. Con una risa de borracho que Medianoche detestó. Fruto del efecto del aguardiente y del paso a la acción.

Ése fue el primer desencuentro. Medianoche no entendió que su hermano se hubiera dejado convencer para profanar la iglesia. ¿Lo habría hecho él también si no se hubiera visto obligado a quedarse en la forja, habría seguido a sus amigos aquel día? ¿La histeria colectiva lo habría contagiado como a su hermano, el espíritu de pandilla, la solidaridad carnicera de los bandidos y los lobos? La razón es de uso solitario y amargo... Medianoche observó con una pizca de envidia la admiración desmesurada de Mediodía por los nuevos héroes que se habían enrolado en la milicia y que hacían mítines en la plaza con el gorro orgullosamente calado sobre la oreja y el fusil en ristre.

—Nosotros también deberíamos ir, fuertes como somos —dijo el benjamín—. En vez de quedarnos aquí, como idiotas, escuchando cómo retumban los cañones sobre el Puerto de San Vicente; seríamos útiles.

—¡Ay, hermanito! —exclamó Medianoche, encogiéndose de hombros—. ¡Mírame, mírate! Pero ¡si no nos ha crecido ni un pelo en la barba! ¿Acaso te crees que nos van a reclutar con la edad que tenemos?

Nadie es demasiado joven para matar. Ni para morir. En 1937 se redujo la edad de reclutamiento y todos los combatientes voluntarios eran bien recibidos. Hubo incluso un regimiento de chavales de diecisiete años al que llamaron '*la Quinta del biberón*'. A Mediodía, la impaciencia le quitaba el sueño, y el mayor tampoco podía dormir. Oía a su hermano revolverse toda la noche en la cama haciendo chirriar el somier oxidado y levantándose para echarse un trago de agua del botijo que había en el alféizar de la ventana.

Mediodía nunca se hubiera ido solo, era algo impensable. Intentó por todos los medios convencer a su hermano de que se alistara con él. Cada día le insistía. No podían quedarse de brazos cruzados, sin hacer nada, cuando la República estaba amenazada. Pura pérdida de tiempo, Medianoche no quería oírlo. No se preguntaba si valía más la pena morir por Cristo que por la República. Pensaba que lo mejor era no morir. Por más que el pequeño argumentara durante horas, al final, era Medianoche quien decidía. No se olvidaba de su derecho de hermano mayor, él jamás lo habría vendido por un plato de lentejas, como hizo Esaú. Su respuesta era y siempre sería: «¡Ni hablar!».

Desde el primer día de matrimonio, Purificación Padilla puso a Medianoche sobre aviso: «Olvídate de los anarquistas, los bolcheviques y la maldita República. ¡No vuelvas a mentar ‘aquello’! Eso ya pasó. ¡Se acabó! ¿Está claro? Mi familia y yo nunca nos hemos metido en estos follones, fíjate que nunca nos han molestado. Somos como dios manda, unos buenos cristianos, siempre hemos votado lo que toca. Ni se te ocurra ponernos en evidencia!».

Medianoche cerró el ‘pico’. «¡Ni hablar!» De nuevo y para siempre. Y se encerró en el silencio por siempre jamás. Tomó el camino de la vida conyugal y de Talavera de la Reina. ¿Quién podía encontrar vivienda en Madrid? Con toda aquella horda de paletos que aflúan a miles a la capital, el problema tenía difícil solución, sobre todo porque los edificios destruidos durante el asedio no se habían restaurado y mucho menos construido nuevos. Después de los potentados del mercado negro, había llegado el turno de que los propietarios amasaran fortuna exigiendo unos derechos de entrada exorbitantes por el alquiler de un cuchitril sin agua corriente.

La familia de Pura ofreció un techo a la nueva pareja en la ‘población’ de Aldeanueva, al norte de Talavera, y se las arregló para encontrarle un trabajo a un yerno poco espabilado. Así fue como Medianoche trabajó durante treinta años en una fábrica de cerámica.

Expuesto día y noche a la llama del horno, su cara se tiznó de un rojo vivo. Se volvió carmesí como un pavo hasta el cuello de la camisa, pero ni su

mujer, ni su hijo, ni sus familiares lo oyeron pronunciar ya ninguna palabra de rojo.

No mantuvo contacto alguno con sus compañeros de cautiverio. Se fue a Talavera para empezar una nueva vida sin despedirse. Cada uno en su sitio. Se marchó, se alejó para siempre de sus antiguos camaradas, se hizo olvidar, con el sabor amargo de la derrota en la boca.

Habían perdido. El vencido lo había perdido todo. Sólo la esperanza de estar en su derecho de triunfar un día, podría concederle una segunda vida. Franco procuró que la derrota perdurara. Una derrota continuada, año tras año, con su dosis de humillaciones y persecuciones, pero sobre todo con mentiras, con la falsificación de la realidad. Corría el año 54, y hacía ya trece años que la historia seguía humillando a los perdedores.

Medianoche tenía miedo por su mujer, por su hijo, o quizá tuviera miedo de su mujer, de su hijo, de su existencia de pobre, ya que en adelante no sería el hambre o la miseria, sino la pobreza ordinaria la que se extendería por todo el país con la mordaza del totalitarismo y unas jornadas laborales de catorce horas, sin domingos libres para poder acumular dos empleos. Si se quería vivir, no había más remedio.

No se tenía derecho a soñar, ni siquiera a disfrutar de los sueños del proletario: comprarse un coche o enviar a los hijos a estudiar la secundaria. Diez años era la edad a la que se empezaban a hacer chapuzas. Cualquiera se sacrificaba por conseguir un ingreso extra en casa.

Manuel fue más pertinaz en el colegio que cualquiera de los chavales del barrio, estuvo hasta los catorce años, antes de colocarse de peón en la construcción. «Demasiada escuela», se reprochó Medianoche alguna vez. Los libros volvieron al chico un inadaptado, un melancólico.

Y por culpa de los libros, Manuel miraba a su padre, a su ignorante padre,

con unos ojos oscuros en los que brillaba una llama fría que Medianoche había visto muy a menudo en sus verdugos y que reconoció enseguida: el menosprecio. Por culpa de los libros, Manuel quiso dejar el trabajo como albañil y liarse la manta a la cabeza. Sin embargo, aquél era un buen oficio y siempre encontraría trabajo. Y el desdichado de él, ¿para qué quería los estudios?

Una locura furiosa le había colonizado el cerebro. Nada más llegar del servicio militar, se le antojó estudiar para ser ingeniero. Las disputas retumbaban por toda la casa de manera incesante con la madre desgañitándose y maldiciendo a la juventud gandula y viciosa. Le importaba un bledo que los vecinos la oyeran. «¡No te quejes! ¡Ni te atrevas! ¡Y eso que no has conocido la guerra ni los terribles años cuarenta, los años del hambre!» Diatribas maternas acompañadas sin falta por este deseo inútil: «¡lo que necesitan esos privilegiados es hambre de quince días! ¡Ay! Al menos el Generalísimo ha sabido librarnos de otra guerra gracias al pacto de no beligerancia. ¡Treinta años de paz que hemos pagado muy caro para recibir la ingratitud de un hijo!».

La madre se enfurecía como una yegua desbocada, pero el padre cerraba el pico más que de costumbre. ¿Para qué entrar en la discusión? Sólo intervino una vez. Una sola vez en cuarenta años de matrimonio.

Manuel tenía doce en aquella época, y Pura quería enviarlo a los campamentos de las juventudes falangistas con el pretexto de que al niño le sentaría bien el aire de las montañas del Jarama y que, de todos modos, fueran de derechas o de izquierdas, miles de familias enviaban a sus hijos al Frente de Juventudes.

Medianoche entró en cólera. ¿Cómo? ¿Su hijo en un campo franquista, empapándose de la ideología de la falange hasta convertirse en ese hombre hecho y derecho que la propaganda calificaba como *viril*, cuando en realidad querían decir *dócil*, *descerebrado* y *sin otra voluntad que la sumisión al*

movimiento nacional?

Fue la única ocasión en que el padre hizo valer su derecho de macho y *pater familias*, defendiendo a su vez, a su pesar, los valores machistas del franquismo. Le temblaban las manos por la furia. No hizo callar a aquella mala pécora, pero la insultó. ¡Ah! Eso, sí, con toda su alma. Por una vez se desahogó, la colmó de los adjetivos más groseros, como nunca en su vida había insultado a una mujer. Aquel ataque de ira fue el primero y el último, tras el cual se protegió con su coraza de silencio para no volver a salir.

Están los que luchan y los que se callan, pero que no por ello dejan de librar un combate sobrehumano. Contra las palabras, contra la necesidad de imponer su voluntad al mundo. Toda su rabia podría volverse contra ellos. Unos atormentados.

Medianoche, no. Él no ha conocido ni el odio de los demás ni el odio a sí mismo. Sin embargo, aunque es verdad que cerró el pico, no se resignó. Nunca. Su bien máspreciado seguía latiendo en él, y nadie podría arrebatárselo. En el núcleo de su infierno conyugal, a pesar de las vejaciones cotidianas de Pura, como los judíos conversos que sólo se convertían para mantener las apariencias, Medianoche guardó siempre su fe intacta. ¿En qué? ¿En qué Dios? ¿En qué dogma?

Medianoche no tiene correligionarios, está solo con su convicción de hombre solo: su fe en la libertad. Fiel entre los fieles, siguió llevando una doble vida, una vida transfigurada.

Desde hacía medio siglo, las palabras de Andrés habían tenido tiempo de germinar en su alma. Pero éstas habían enraizado torcidas, porque el terreno era demasiado pobre. Andrés, *el Médico*, se decepcionaría mucho si viera en lo que se había convertido su camarada. Buscaría en vano las huellas de su enseñanza. ¿Qué luchas había emprendido Medianoche? ¿Qué redes había perpetuado? ¿Qué destellos de esperanza había hecho brotar a su alrededor? Ninguno. Nunca fue un hombre de partido, sino simplemente un campesino solitario, un espantapájaros, un poco menos estéril que una piedra. Medianoche ni siquiera supo hablar con su propio hijo.

Aún así, detrás de aquel bloque de pasividad, siguió siendo el más libertario de todos los que habían entregado su vida a la acción política. Tan anarquista que se sentía extranjero entre los hombres; sólo podía estar solo, con su sombra.

19

¿Acaso su madre lo encontró colgado en su habitación porque Manuel había comprendido que nunca sería ingeniero, sino obrero, hijo de obrero y nieto de braceros, malditos desde tiempo inmemorial? ¿Acaso el joven se suicidó por culpa de los libros?

Al principio, Pura sólo pudo distinguir unos pies. Dos pies colgando a un metro del suelo que le llamaron la atención. Sobre todo, porque pertenecían a un cuerpo robusto y masculino, y ese cuerpo, que llegados a este punto habría que llamar *cadáver*, era el de su único hijo.

La madre se apropió de todo el dolor. Su esposa, la madre. Asumió ese papel como si se cubriera con una manta muy abrigada en una noche helada y no tuviera intención de quitársela. Por nada del mundo. En aquel momento, Pura no era más que la viva imagen de la madre eterna que llora la muerte de un hijo, la reencarnación de todas las *pietà*, de todas las *mater dolorosa*, en un ama de casa con mandil de flores. El sufrimiento hecho madre.

La madre, una madre que aún no era una vieja. Sólo tenía cincuenta años, la misma edad de la Virgen cuando clavaron a Jesús en dos palos de madera.

Lo abrazó por la cintura. A su hijo. Le estrechó frenéticamente las piernas rígidas. «¡No! ¡Es imposible! ¡Hijo de mi carne! ¡Manuel!»

En aquel momento, la visión de un calcetín agujereado que dejaba al descubierto con inocencia y ridiculez la carne rosa del talón le desgarró el alma sin saber por qué. Un abultamiento, redondo y rosado, que parecía un rábano y que, como un rábano, lo enterrarían.

La madre estrechaba la muerte del hijo mientras el padre volvía a casa a duras penas por el camino de la Media Legua tras salir de la fábrica. Los eucaliptos temblaban salpicados por la escarcha presente en el aire helado de enero. Dos kilómetros polares. El frío era tan hiriente que Medianoche sentía que los dedos se le entumecían en el asa metálica de la fiambarrera. Llevaba una fiambarrera blanca de hierro casi vacía, pero por nada del mundo habría desechado las dos patatas que le habían sobrado del guiso de cordero. La comida no se tira. Seguro que había cerrado mal la tapa, pues a cada paso que daba ésta tañía en el crepúsculo como una campana.

Llegó a casa tarde. Demasiado tarde, siempre demasiado tarde, a una casa en estado de efervescencia, con la policía, el médico, las vecinas, a las que había que espantar como a moscas inoportunas, y los gritos de su mujer. El cadáver estaba tendido en la cama.

El padre lo vio y no lo reconoció. No podía ser su hijo, su Manolito, con aquella cara tumefacta, completamente violeta, con la lengua colgando como la de un cerdo en el mostrador de una carnicería. Ése era otro, era la máscara del horror, el rostro de todos los torturados estrangulados en la cárcel y desnucados por el tornillo del ‘garrote vil’.

En ese mismo momento, el inspector no consideró necesario ordenar la autopsia, pero al día siguiente regresó para interrogarlos en profundidad.

Tuvo que renunciar a sonsacar una palabra al padre. El hombre se limitaba a clavar en el policía unos ojos inexpresivos. Del todo desconcertado, seguro que era un deficiente mental, con aquella cara torcida. Lo mejor sería interrogar a la madre. A ella, la cháchara se le daba bien. Bastaría con poner en marcha el mecanismo y nada la detendría.

La víctima, ¿verdad?, decía el policía; quizá hubiera expresado su proyecto unos días antes, quizá hubiera dado a entender alguna cosa o, mejor aún, quizá la madre había encontrado una carta...

—No, señor inspector, mi Manolo no ha dejado ninguna carta. Compruébelo usted mismo, todas sus cosas están ahí, en la cómoda. ¿Dice usted *proyecto*? ¿Qué proyecto? ¿Se puede llamar *proyecto* a la desgracia de quitarse la vida, de desesperar a unos padres? Seguro que no. No, señor. Se equivoca, si me permite que se lo diga. Le aseguro que se equivoca: mi hijo no era en absoluto un mujeriego. De verdad que no. Jamás le hemos conocido una novia, jamás ha vuelto por la noche con perfume de mujer en la camisa. ¡El olfato de una madre no falla! ¡Y tampoco era un marica! ¡Por el amor de Dios! ¡Adónde quiere ir usted a parar! ¡Que Dios nos perdone! ¡Somos honrados! ¡En nuestra familia nunca ha habido de eso! Amigos tampoco tenía muchos, los justos, y no los veía demasiado fuera de la obra. No le gustaba salir con ellos a emborracharse ni para otros vicios. Mi pobre hijo no tenía ninguno. No tenía amigos, es verdad, pero así no corría el riesgo de ir con malas compañías, ¿no le parece? Más vale estar solo que mal acompañado. ¿Que qué le reconcomía? ¡Y cómo quiere que lo sepa! ¡Diablos! Seguro que el mismo Satanás se lo ha llevado como presa. ¡Maldita sea! Y, ahora, dígame, ¿y si el cura, don Esteban, se negara a enterrarlo cristianamente? ¿Eh? No me escucha, claro, el entierro no es cosa suya. Pero que no vengan a mí a decirme que ha perdido el alma, pues le aseguro que en este mismo instante en que le hablo mi Manuel está ya en el paraíso. ¡Claro que está allí, tan claro como que lo estoy viendo a usted! ¡Ay! Ni siquiera me di cuenta de que estaba enfermo. ¿Cómo iba a saberlo? Parecía sano como una manzana. El doctor de la policlínica que ha firmado el certificado de defunción ha hablado de depresión, o de melancolía. Algo raro. Como de un oscurecimiento del cerebro. Ha dicho que es una enfermedad. Que deberíamos haberlo tratado. Los médicos ven enfermedades por todas partes. A ver qué piensa usted: ¿quedarse los domingos tumbado en la cama mirando las musarañas en vez de irse a bailar con los jóvenes de su edad es una enfermedad mental? ¡Nadie se suicida por pasarse el domingo sin hacer nada! ¿A que no? En mi familia nunca ha habido locos, que yo sepa, ni maricones, con el debido respeto. Hombres que se codeen con la botella, de ésos sí. ¿Y

en qué honrada familia no los hay? Borrachos y buscapleitos en unas cuantas generaciones, ésa es la verdad, no lo voy a negar. Pero locos, jamás.

Pero ¡el padre sí que lo sabía! Por supuesto que lo sabía. Y, no, el joven con las vértebras rotas no formaba parte de la triste cohorte de los locos, sino de la de los valientes. Medianoche sí que lo entendía. Se imaginaba el cúmulo de rabia que Manuel había tenido que vencer en lo más profundo de su ser para dar aquel paso. El acto, el milagro del acto.

Medianoche comprendía a su hijo y lo admiraba. En secreto. ¿Por qué aquella admiración por el suicida, por el jovencísimo suicida? A pesar del horror, de la consternación, Medianoche envidiaba su valor de caballero. La insolencia del gesto. El chico tenía muchos años por delante, décadas de vigor se le ofrecían en el futuro. Miles de alboradas despreocupadas y de músculos flexibles, con los sentidos en alerta y una verga como el bastón de mando de un ‘alcalde’. ¡Miles de noches de amor lo aguardaban y a él le importaba un bledo!

Manuel se había atrevido a dilapidar el bien máspreciado, como se quema el papel moneda ante la ley. La rabia impotente del suicida se volvió contra él y a la vez se transformó en poder. Milagrosamente. A quien desea la muerte todo le parece posible. El joven se adelantó a la llamada, tomó la muerte al asalto, como en una barricada.

Pobre, pobre chico, tan joven, asfixiado por las trombas polvorientas de la desesperación. ¡Pobre perro de Goya! El padre había traspasado al hijo el relevo de la desgracia, pero Manuel le había plantado cara. Medianoche leía en su muerte como en un libro abierto. Por fin sabía quién era Manuel y quién era él, el antiguo prisionero que nunca tuvo el valor de huir, el ‘rojillo’, un pobre necio condenado al silencio, y se avergonzaba de ello.

Durante los días, las semanas que siguieron, el padre y la madre se evitaban,

se esquivaban la mirada. Pura se limitaba a observarlo a hurtadillas mientras ponía la mesa y él estaba postrado frente al televisor, derrengado en un sillón con los reposabrazos decorados con los tapetes que ella misma había bordado. Miradas furtivas para culpabilizarlo de la dimensión del desastre.

Era mejor tener la tele encendida permanentemente para no sentir la pesada carga del silencio que se interpuso con brutalidad entre los dos y que nada, ni nadie, podía mover. Era como si temieran hacer el más mínimo gesto, horrorizados por su torpeza, como si hubieran roto, sin darse cuenta, un objeto precioso e irremplazable.

A partir de aquel día, ambos entraron en la vejez. Pura permanecía de pie en la cocina con los brazos caídos y el pecho colgando en un sostén ya demasiado grande. Estupefacta.

Había perdido el apetito y, con él, una buena parte de su persona. Se había convertido en otra, en una insomne de ojos abotargados cuyo lagrimal siempre supuraba. Toda su animosidad, toda su acritud congénita se desmoronó. Se tragó su propia bilis.

Con todo y con eso, con el tiempo, volvió a ser ella misma, ganó grasa en las caderas y se le avinagró el carácter. La manera de ser siempre recupera el control a pesar de los palos del destino. Al cabo de un año, Manolito no era más que una habitación a guisa de mausoleo a la que Pura daba lustre a fondo el primer lunes de cada mes, regocijándose en silencio de no volver a encontrar el desorden de otras veces.

Medianoche, por su parte, conservó la habitación del muchacho, una habitación atemporal e inaccesible, en lo más profundo de su ser. Su hijo muerto había penetrado en su alma, por fin se habían reencontrado, unido, como pasó con el otro, el gemelo.

Manuel sólo vivía en su recuerdo. Si el viejo dejase de pensar en él, sería como si nunca hubiera existido. El linaje de los Carabajal se extinguiría, y se dijo a sí mismo que cuando él también muriera, ya nadie lo recordaría.

20

El viejo se despertó sobre las siete de la mañana con los gritos de los vencejos y la luz directa que entraba a raudales por la ventana sin persianas, un minúsculo rectángulo de cielo ya azul intenso. ¡Debía de estar extenuado para no haber visto despuntar el alba!

Le cuesta reconocer dónde se encuentra. La conexión entre los acontecimientos de ayer y su ser de hoy zigzaguea en su conciencia mal ensamblada como las caras de un mapa de carreteras desgarrado. Tiene la impresión de estar acostado en la habitación de Manuel, de paredes blancas que se acercan vertiginosamente y un colchón que se estrecha. Recuerda haberse tendido en la cama del suicida a escondidas, durante las ausencias de Pura, con la esperanza de respirar el alma y los sueños de su hijo, de atrapar al vuelo los fantasmas embaucadores que lo mataron.

El viejo se pone el pantalón y, sin tomarse la molestia de afeitarse ni de quitarse las legañas de los ojos, baja por los pasillos pintados de verde tisana, donde unas flores de plástico en unos jarrones apestan a excremento de canario.

En el patio hace fresco por la brisa que sopla del pantano. A primera hora del día, cuando el sol aún está bajo en el horizonte, permanece bañado en sombra. El viejo se sorprende de que *Ramón* no lo haya oído llegar, de que no haya acudido a recibirlo. ¿Estará todavía durmiendo? Rodea el todoterreno,

que sigue aparcado en el mismo sitio que el día anterior, y mira por debajo del toldo que hace las veces de almacén: carritos de niño sin ruedas, una lavadora oxidada e incluso una bañera abandonada en un rincón. De un vistazo, el viejo hace inventario de aquel purgatorio de objetos. Se cuela por detrás de la leña apilada, inspecciona las cajas de cerveza vacías.

Ramón no está. El perro ha desaparecido. Sin embargo, el portón de hierro sigue bien trancado y el grueso cerrojo, a altura humana y cerrado con doble llave, brilla como con sarcasmo.

Con el corazón a punto de explotarle en el pecho, Medianoche se precipita hacia la cocina, donde el dueño del hostel está cortando una hogaza de pan para los desayunos.

—¡Mi perro no está! Dígame adónde se lo ha llevado.

El hombre interrumpe lo que está haciendo con el cuchillo del pan en ristre.

—Pero ¿qué dice? ¿Quién querría llevarse a un chucho de ciudad que no sabría olisquear una liebre ni a tres metros? Habrá saltado el portón y se habrá escapado. ¡Menudo escándalo ha montado el perrito toda la noche!

—¡Imposible! El portón es demasiado alto. Alguien lo ha tenido que abrir.

—Esa puerta sólo se abre para sacar el todoterreno, y hace más de quince días que no lo muevo. El animal ha debido de saltar por encima del portón, seguro. No le queda más remedio que salir a buscarlo, si es que tiene ganas, o esperar a que vuelva.

El viejo gira sobre sus talones añosos, mucho más pesados ahora que ya no los pisa el alegre trote de su compañero. Recorre a grandes zancadas la calle principal y las adyacentes, inspecciona todos los callejones sin salida mientras el sol golpea intensamente y el sudor le resbala por la espalda. Al oírlo llamar, «¡*Ramón!* ¡*Ramón!* ¿Dónde estás?», dos mujeres le preguntan si ha perdido a un chiquillo, pero después se alejan tronchándose de risa cuando

el viejo les explica con voz acongojada que «*Ramón*, miren ustedes, es mi perro».

La caminata lo conduce hasta los límites del pueblo. La calle está en pendiente y el suelo, pavimentado de manera irregular, se prolonga por un camino pedregoso bordeado por dos tapias de pizarra detrás de las que entrevé unos jardines. Recorre unos campos de cultivo adornados con malvas reales y dalias, luego pasa por unos huertos de naranjos de hojas relucientes y limoneros cargados de frutos aún verdes. ¿Qué dolor le atormenta el alma y lo hace insensible a la belleza del día? Medianoche mira sin ver. De vez en cuando se para y grita: «¡*Ramón!*». La llamada resuena por la montaña, de huerta en huerta.

Pronto, a los jardines les suceden los corrales y los rediles para las cabras. El tintineo de los cencerros resuena tan vivo como el destello de la pizarra bajo el sol. Inmóvil sobre una loma de hierba calcinada, un macho cabrío negro mira fija y duramente al paseante. El macho lo ve llegar con desaprobación, erigido como un ídolo tenebroso en medio de las cabras que pacen el pasto de flores amarillas. Al cruzar su mirada con la del macho, que no tiene nada de animal, el viejo no puede reprimir un escalofrío.

Sigue su camino sacudido por una tos nerviosa que había perdido desde la muerte de su mujer. El catarro se ha despertado. Puede que *Ramón* lo oiga. Se imagina al perro abalanzándose sobre él al tiempo que ladra con alegría. Lo ve levantarse sobre las patas traseras para lamerle las manos mientras se frota en sus rodillas como tiene por costumbre. Se sumerge en la mirada perdida de la pobre criatura, más brillante que nunca. Nota el olor de la brisa de la montaña y de la tierra seca en su piel de gallina.

Al cabo de un momento, abstraído en sus pensamientos, el viejo se da cuenta de que se ha alejado del pueblo y de que ahora está bordeando ya los olivos que hay plantados en la tierra pedregosa. No irá más lejos, el camino desemboca en el viaducto vertiginoso de la antigua vía férrea. ¿Por qué

antigua?, se pregunta, si nunca la acabaron, si ni siquiera colocaron los raíles. Sin embargo, esta vía fantasma discurre desde la Primera República por los montes de Extremadura proyectando sus viaductos presuntuosos al cielo, horadando conductos negros en la roca, túneles por los que nunca ha pasado ningún tren.

El viejo piensa por un instante en tomar la vía fantasma. El viaducto une el valle y desemboca en la otra colina, cubierta por los pinos. La oscuridad del pinar lo atrae y lo repele al mismo tiempo. Un bosque que no es ni para los hombres ni para los perros. Un bosque de lobos en el que, piensa el viejo, bastaría con adentrarse para ser devorado, como si todos los caminos condujeran al centro, un centro inextricable anudado por mil senderos enmarañados.

Medianoche no pretende perderse, pues no es a él mismo a quien busca, y ya se sabe: sólo se pierde quien se busca, es decir, quien se encuentra. El viejo busca a su perro. No tiene nada que ver con el bosque. Así que renuncia a tomar la antigua vía férrea y gira a la derecha por un camino empedrado.

Avanza con dificultad, la cuesta se hace más empinada justo después de torcer. Al final, el camino desemboca en una senda bordeada de cipreses. Divisa el muro blanco del cementerio, coetáneo del pueblo nuevo aunque parezca más moderno, resplandeciente como una chapa bajo el sol matinal. Es curioso, nunca se habría imaginado que el cementerio estuviera en ese lado. No se ve desde el pueblo ni desde la carretera. Las tumbas están encaramadas en la ladera de la colina, sobresalen por encima del pantano y dan la espalda a los vivos.

La cancela de hierro forjado está entreabierta. *Ramón* habrá tenido el espacio justo para colarse. Medianoche se lo imagina cruzando la puerta, rozando las jambas con sus flancos de pelo áspero y plantándose en mitad del pasillo central, quieto, con las cuatro patas tendidas, la boca abierta y las orejas caídas.

El viejo entra en el cementerio. De repente, los muertos lo rodean. Prensados, apilados, tendidos a lo largo de los pasillos, a la altura del pecho.

Ver la lápida brillante, negra o gris, de las tumbas a ras de suelo le produce una sensación muy extraña, como si estuviera ante un montón de sarcófagos en un museo. Allí los muertos no están enterrados, ni tampoco sepultados en los nichos de los muros, como es costumbre en la región; en su día se dejaron caer directamente en la superficie, como si las entrañas de la tierra les dieran miedo.

«Qué sensación tan rara», piensa el viejo al pasar entre aquellas cajas rectangulares en las que se imagina los cuerpos en todos los estadios del proceso de descomposición. Sí, constituye una gran obra y una gran derrota lo que allí dentro se lleva a cabo, en silencio.

El camposanto luce coqueterías de nuevo rico. Mármoles negros tallados de manera industrial y epitafios dorados. Nadie quiere ser menos que el vecino. La prosperidad de la nueva España es tan resplandeciente y lisa como los pasillos de un centro comercial. Se diría que el cementerio lo construyó un promotor inmobiliario. Medianoche zigzaguea a ciegas entre las sepulturas cuando una voz trémula al final del pasillo pregunta:

—¿Quién anda ahí?

Entorna los ojos y divisa a la derecha, en la parte más antigua, allí donde todavía quedan algunas losas de piedra y cruces de hierro forjado, una silueta negra en cuclillas al lado de una tumba.

Cuando se acerca, distingue a una mujer de edad avanzada con el pelo corto y un pincel en la mano que chorrea pintura blanca. Está encalando una tumba. Lleva la tarea bien avanzada, pues el cuadrilátero blanco luce en medio de los sepulcros oscuros como si hubiera nevado durante toda la noche. La vieja escudriña al visitante aguzando la mirada, se parece al pincel: una cabeza blanca despeinada cosida a un vestido negro con florecillas malvas.

—Si busca a alguien no tiene más que decírmelo. Conozco a todos los parroquianos como si los hubiera enterrado yo misma —dice con una risilla ahogada.

—No, no he venido a ver a nadie, busco a mi perro. No lo habré visto,

¿verdad?

La mujer apoya el pincel en el bote de cal y se limpia las manos en un trapo.

—Puede estar seguro de que si un perro hubiera metido el hocico por la cancela del cementerio, lo habría echado enseguida. No dejamos que los animales se acerquen a nuestros muertos. Llevo aquí desde las ocho de la mañana y no lo he visto. He venido con el fresco. Piense que blanquear la tumba de mi Demetrio es un trabajo duro.

—Ni que lo diga —asiente el viejo.

—¡Ah! Ya sé que piensa que no tengo edad y que con los años que tienen mis manos deformadas por la artritis seguro que estoy mal de la cabeza para castigarme con una tarea así.

Medianoche no piensa nada. Le importan un pito la vieja y sus treinta mil dolores. Más bien la mira con desconfianza: ésta no habría dudado en apedrear a *Ramón* si lo hubiera visto entrar. El viejo parece muy contrariado, su boca torcida en una mueca grotesca hace que la mujer piense que va a echarse a llorar.

—¿Qué le pasa? ¿Se encuentra bien? ¡Parece que venga de un entierro!

—¡No! —exclama enseguida—. ¡Mi perro está vivo!

Quiere convencerse de que es cierto. Quiere creerlo. Por eso, casi le grita a la vieja en la cara.

—Entonces, lo encontrará. De todos modos, aquí no enterramos a los perros. Venga, siéntese en la tumba de la tía Alfonsina, parece que está muy afectado.

Medianoche se sienta en la lápida de mármol de color salmón de Alfonsina. Es cierto que, de pronto, la cabeza le da vueltas y que sus manos y sus pies se han vuelto terriblemente pesados. La vieja se ha alejado para ir a buscarle algo de beber.

—No se mueva, voy a bombear agua del pozo de la entrada.

La piedra mortuoria expuesta al sol desde el alba le calienta ahora las posaderas, como un agradable brasero. La sangre vuelve a circularle por las venas y le desentumece el hormiguelo de las extremidades. La vieja regresa con un vaso desbordante de agua fresca que le ofrece con gracia como si fuese un hada joven. El agua huele a tallos estancados, pero lo reanima. Lo restablece.

Sienta bien estar sentado en una tumba con una anciana desconocida y no tener en el horizonte más que la tumba encalada de un tal Demetrio. Se inclina para leer el nombre: DEMETRIO SAAVEDRA DOMINGO. La verdad es que no le suena de nada. ¿Y qué le importa al viejo que el muerto lleve el patronímico materno de Cervantes? Es tan ignorante como todos los pueblerinos de la localidad, que nunca habrán relacionado, para bien o para mal, a ese tipo tendido en su nicho de mampostería con el autor de *El Quijote*. El viejo piensa, tan sólo, que el muerto no es del antiguo Montepalomas. Luego, se da cuenta de que no le ha dado las gracias a la mujer por el agua.

—Muchas gracias —dice—. Es usted muy amable.

La anciana esboza una fina sonrisa que le levanta los pómulos, rojos y granulados como un cántaro de barro cocido.

—No es habitual entrar en un camposanto a morir.

—Lo que no quita —dice el viejo— que se haya fusilado mucho contra las paredes de los cementerios.

La mujer le lanza una mirada temerosa.

—De eso hace ya mucho tiempo. Hay cosas que más vale olvidar.

Medianoche se incorpora con dificultad, sacudiéndose el polvo que se le ha pegado al pantalón. Un gesto mecánico, una costumbre de la época en que su mujer le hubiera gritado al oído: «¡Otro pantalón echado a perder! ¿Acaso eres tú el que los lava o los plancha?». Hoy, no más que ayer, ni lava, ni plancha, pero se sacude el polvo del pantalón. Para mantener la compostura, sin duda. Medianoche se apresura a despedirse de la vieja y a marcharse cuando ésta le suelta, en tono jovial otra vez:

—¿Quiere que le enseñe mi tumba? Está en un emplazamiento extraordinario, justo en el lado sur, a ver qué le parece.

—¡Ah, bueno! ¿Es que ésta no es para usted también? —balbucea Medianoche, señalando la lápida recién pintada de Demetrio.

—¡De ninguna manera! No quiero pasar la eternidad junto a él. Que la Virgen me perdone, pero prefiero volver junto a mi madre. Venga a verla.

Medianoche la sigue, y ésta va dando brincos entre las losas hasta un ciprés tembloroso por la brisa. La vieja acaricia el tronco como si fuera el cuello de un animal.

—Preste atención, que parece que cante. Este árbol tiene ‘duende’.

Ha dicho *duende*, y esa palabra contiene en sus dos sílabas el espíritu, el fantasma y la fascinación a la vez, pero, sobre todo, el alma de la tierra de los ancestros, que pasa a través de la sangre de los hombres y que sube con la fuerza del empuje de la savia por el cuerpo leñoso del ciprés.

El árbol de los suspiros se erige al final del pasillo del camposanto, casi pegado al muro, a lo que no es verdaderamente un muro, sino una pared perforada de nichos mortuorios. Un muro de muertos que no tiene nada de espectacular, más bien de humildad penosa. Son cuadrados idénticos de sesenta centímetros por lado, como los cajones de una oficina en los que se guardan archivos importantes. Sin embargo, al viejo le recuerdan una ratonera. Una vivienda vertical con habitaciones de alquiler de bajo precio para cadáveres modestos.

—Es aquí —dice la vieja—. Ésta es mi madre, la pobrecilla. Sí, no hay mucho sitio, no hay espacio para dos, pero haremos una reducción y listo.

—¿Una reducción?

—¿Cómo? ¿No sabe lo que es? Pues es bien sencillo. Celestino, el sepulturero, lo hace divinamente. Se trata de desarticular el esqueleto. Válgame Dios, los muertos ya no sienten, ¿no? Sólo hay que reducir un poco los huesos, tanto como se pueda, y colocarlos en los rincones, alrededor del cuerpo recién llegado. Tenemos que caber dos en un ataúd hasta la resurrección. Al menos, así estaré con mi madre. No queda otra que apretujarse. Como cuando éramos niños y nos acostaban a tres o cuatro en la misma cama, pies con cabeza. ¡Cómo nos reíamos y la de historias que nos

contábamos!

La vieja se desternilla con risa de niña traviesa. Medianoche descifra la inscripción de la placa: Josefina Alonso Ribera, 1897-1965. Este nombre despierta en él recuerdos que todavía no reconoce. Mira alternativamente a la vieja y la inscripción, y cree ver que la cara se le difumina, se le desdobra, como si se dibujara en ella otro rostro llegado de lejos.

¡Josefina! ¡La campesina de la pobre pedanía de Higueras que iba los domingos con su burro a vender cebollas y pimientos rojos a la plaza del pueblo! De repente ha descubierto quién es, acaba de reconocerla. Aquella chiquilla enfermiza de greñas enmarañadas y la nariz llena de mocos, de unos siete u ocho años, pero con unas pantorrillas fuertes que recorrían los cuatro kilómetros entre Higueras y Montepalomas por un camino de cabras para ir a la escuela. Iba con su hermano, dos pobres criaturas andrajosas, y con el morral a la espalda. ¡Los hijos de Josefina! Se acuerda incluso de que aquella niña era tan charlatana que la llamaban *Cotorra*. ¡Hablaban incluso con las zarzas y las piedras del camino!

Se contiene para no decirle: «Vamos, quítate ese atuendo de vieja y salta a la pata coja, bonita, como hacías en la República». Tiene ganas de decírselo, pero sigue sin tutearla.

—Entonces, usted es de Higueras. Debe de ser del veinticinco, y yo seis años mayor.

La vieja lo mira desconcertada.

—¡Vaya! ¡No me diga que es de aquí! Pues perdone mi falta de educación, pero su cara... su cara no me suena. No lo recuerdo.

—Usted era muy pequeña, pero yo conocía a su familia, a los Sánchez.

—Así es, y mi nombre de pila es *Agustina*.

Al pronunciar el apellido *Sánchez*, piensa que ha hecho bien en hablar. ¡Para una vez que abre la boca...! Los Sánchez no eran unos impresentables, fueron unos pobres diablos hasta el final. El padre estaba inválido cuando la guerra comenzó y el hijo era demasiado joven para enrolarse en un bando o en el otro. La guerra y el hambre de la posguerra les pasó factura, retorció

aún más su tormento como si fueran olivos.

—Yo soy el gemelo. ¿Se acuerda? Uno de los gemelos Carabajal.

—¡Ah! No me diga más. ¡El hijo de los Carabajal! ¡Claro que me acuerdo!

—Me llamaban *Medianoche* y a mi hermano, *Mediodía*.

—¡Qué bonitos los apodosos que se ponían antes! Y eso que no se puede decir que fueran buenos tiempos, pero vaya usted a saber si los de hoy son mejores. Ahora ya no queda nada de Montepalomas. ¿Desde que lo cubrieron las aguas no había vuelto por aquí?

Medianoche carraspea y responde simplemente «no», no tiene mucho más que decir. En cuanto le ha preguntado si no había vuelto por allí, se da cuenta de que sabe por qué y cuándo se fue. En 1939 los pueblos contaban uno a uno los supervivientes, ajustaban sus cuentas en secreto o de manera violenta, con miedo o denunciando. No era raro encontrar en la montaña a un padre de familia acribillado a balazos. Todo se acababa sabiendo, pero eso no cambiaba nada. ¡Qué otra cosa se podía hacer! Convivían como podían con sus enemigos.

—Nos reubicaron en Fuente del Fresno en el sesenta, creo. No tengo memoria para las fechas —retoma la palabra la vieja—. Durante meses subíamos cada día la cuesta para ver la construcción de nuestras viviendas nuevas. El pueblo estaba dividido entonces entre los que no querían trasladarse, desesperados por negarse a abandonar sus viejas casas de tejados de teja, sus patios y sus pozos, y aquellos a los que los ladrillos nuevos y los balcones le habían acallado la boca. Yo siempre he aceptado el destino con tranquilidad. Me instalo donde me manden. Mientras tenga una cama en la que reposar el espinazo y un techo sobre la cabeza, ¿para qué me voy a quejar? En menos de un año, todo el pueblo había subido a la montaña. Abajo sólo se quedaron nuestros muertos... y nuestros recuerdos.

La mujer habla y la mirada del viejo se posa en los pies de Agustina, unos piececillos en un calzado basto de corte alto con cordones, como el de las monjas. Lleva unos calcetines transparentes de nailon enrollados en los

tobillos por los que asoman unas pantorrillas amarillentas, muy flacas. Parecen dos abrecartas de marfil salpicados de venas y plantados en los botines. Dos huesos ya enraizados en la tierra del cementerio, tan pulidos como las tibias en forma cruz que hay grabadas de forma macabra en las tumbas.

Esas piernas han atravesado el siglo sin salir de un perímetro ridículo: de los Montes de Toledo al Valle de Guadarranque. Y, sin haber salido de su tierra, están demasiado lejos, a una distancia que ya es inalcanzable para Medianoche. ¿Qué tiene que ver él con aquella anciana de pelo blanco que dice ser la hija de Josefina? Si la hubiera vuelto a ver a los treinta, o incluso a los cuarenta... pero ha pasado mucho tiempo. La niña de la aldea de Higueras se quedó allí, al otro lado de la gran brecha de 1936, con sus pantorrillas ágiles y sus castañas pilongas en los bolsillos.

El viejo la nota tan dispuesta a charlar y a desahogarse alegremente ante el desconocido, aparecido de improviso, como un espectro de su mísera infancia, que se sobrecoge. De ahí que retome su mutismo, pues le sabe mal haberse soltado. ¿Para qué remover el fango? Los jóvenes de antaño sólo saldrán a la superficie con la cara abotargada y el pelo lleno de algas. No tiene nada que decirle a Agustina. Nunca le dijo nada, era demasiado pequeña. Y ahora es demasiado vieja, y él está demasiado cansado. Se recuesta en el tronco rugoso del ciprés y responde, siempre sin mirarla a la cara:

—Han pasado muchos años y mucha agua. Bueno, creo que me voy a ir. Tengo que encontrar a mi perro.

—¡Ah, sí, su perro! Estará por el monte, pero no se aventure por allí, a nuestra edad sería una locura.

«¡Vaya usted con Dios!», añade la vieja sin tutearlo. Es consciente de que ambos se han convertido en una especie distinta que ya no les permite decirse «¡Calla, cotorra!» o «¡Maldito Medianoche», y de que están amasados con la

pasta quebradiza y moteada de las manchas de la vejez.

El hombre da media vuelta. A fin de cuentas, lo mejor será regresar al pueblo. Las rodillas le hacen sufrir en la bajada. Siente un dolor agudo, como una lancetada en la rótula, que lo hace cojear ligeramente, a cada paso. Sigue gritando: «¡*Ramón! ¡Ramón!*», y un albañil que está restaurando una fachada a la entrada de Fuente del Fresno lo mira sorprendido mientras echa paladas de arena en la hormigonera.

No cesa de llamar al perro. Los niños que salen de la escuela lo señalan con el dedo y lo imitan: «¡*Ramón! ¡Ramón! ¿Dónde estás?*». Lo persiguen entonando una improvisada canción a partir de la vieja melodía de ‘*Las vacas del pueblo*’, esas vacas rebeldes que se escapan por el monte. «¡*Las vacas del pueblo ya se han escapao, riau, riau!*» Con la maldad de los niños, las voces parodian: «¡*El perro del viejo ya se ha escapao, riau, riau!*». El estribillo persigue al viejo, lo acosa por las callejuelas, resuena con crueldad por el cemento de las fachadas y las puertas metálicas.

A mediodía, muerto de cansancio, Medianoche se deja caer en un banco delante de la fuente. La cabeza le da vueltas. Moja la gorra en el chorro de agua antes de volvérsela a poner, chorreante y fresca como una lluvia de lágrimas sobre su cabeza congestionada. No puede creer que *Ramón* se haya escapado por voluntad propia. Es impensable. O quizá haya saltado el portón para intentar reencontrarse con él. Era la primera vez que dormía sin su amo y en un lugar desconocido. El viejo se imagina la pena del pobre chucho. ¿Y si pensó que lo había abandonado?

Mientras está sentado, como embobado, con la gorra mojada en la cabeza y mirando al suelo, una joven se le acerca.

—Lo mejor será que se lo comunique a la policía.

El buen hombre se sobresalta y levanta la vista. Sólo distingue un halo luminoso, luego, una cara pálida de rasgos difuminados, como un cliché

sobreexposto, y al final, dos ojos increíblemente verdes, dos esmeraldas idénticas. La chica, con una sonrisa incómoda, se lo repite despacio y articulando las palabras con aplicación, como se habla a los ancianos duros de oído.

—Le decía que se lo tendría que comunicar a la ‘guardia civil’. Ellos se encargarán de encontrar al perro, usted ya no tiene edad de ir correteando así por los caminos. El cuartel está ahí abajo, a la salida del pueblo.

Al viejo lo recorre un escalofrío, quizá porque lleva la camisa mojada por los hombros o tan sólo porque ha oído pronunciar el nombre de la ‘guardia civil’. Sí, gracias, irá. Va. Ahora. En la medida en que le aguanten las piernas.

La carretera plantada de olmos es muy larga, se ciñe con suavidad a la falda de la colina y, justo después de la curva, cae en picado por encima del pantano. El cuartel de la ‘guardia civil’ está aislado un poco más abajo, a un kilómetro de las casas, más o menos. Es una edificación ocre de dos pisos, una antigua casa señorial de finales del siglo XIX con las ventanas ornamentadas con hierro forjado finamente trabajado.

El viejo se acuerda, de repente, de que era la ‘finca’ de los Gálvez, una familia importante, dueña de muchas tierras de cultivo a orillas del Guadiana, hoy sepultada bajo el agua. Los Gálvez, por su parte, también habían caído en el olvido, fusilados, desposeídos, los supervivientes desterrados y con la prohibición de regresar a la comarca. Eran ricos, ni rojos ni anarquistas, pero tomaron las armas por la República.

La bandera bicolor ondea ahora en la fachada de la antigua vivienda en la que reza: ‘TODO POR LA PATRIA’.

—¡Eh, tú, cabezón, que no te he visto levantar el brazo ante la bandera!

Y a continuación, una bofetada con todas sus fuerzas que casi le descoyunta el cuello. El cabo lo había pillado por la mañana en la explanada del campo de Castuera entre los ocho mil prisioneros harapientos y los militares que cantaban el *Cara al sol*. La canción y el saludo a la bandera

eran obligatorios en cuanto se despertaban, como la misa.

No había escapatoria si no querías que te relegaran a la terrible celda de los ‘incomunicados’, de la que no se podía salir ni para ir a las letrinas. El golpe en la sien dejó a Medianoche completamente aturdido. Una vez más, había vuelto a hacer el idiota. Cuando la ceremonia hubo acabado y los prisioneros regresaban a sus barracones en fila de dos, lo obligaron a quedarse con el brazo levantado ante la bandera bajo la mirada de cuatro metralletas.

Cara al sol. La cara al sol, los músculos contraídos y el brazo derecho más pesado que un saco de carbón. A la más mínima flexión de los tendones, en cuanto bajaba un poco el brazo, los guardias le gritaban:

—¡Firmes, rojo de mierda! ¡Más te vale saludar a la Madre Patria!

Aguantó toda la mañana para que no lo enviaran al barracón 70. En el campo había noventa y dos barracas de madera. Las habían construido los primeros detenidos. Y a la 70 la temían, era la de los condenados a muerte. Medianoche pasó allí quince días. No formaba parte de los que se juzgaron dignos del tribunal de guerra, de la parodia de juicio y de la pena capital. Lo enviaron allí para atemorizarlo.

Cincuenta hombres hacinados como animales, acostados directamente en el suelo sin un catre, pegados los unos a los otros, espalda contra espalda. Cincuenta desgraciados en una barraca sin ventanas, sólo con una puerta con un ventanuco por el que les introducían la comida. Unos pocos gramos de pan negro por cabeza, apenas suficiente para alimentar a un gorrión. Si no los enviaban enseguida ante el pelotón de ejecución, los reclusos estaban casi convencidos de que se morirían de hambre, a no ser que fuera por fiebres o diarreas. El paludismo causaba estragos en los barracones.

«¡Vamos a hacer que envidiéis a los muertos!», vociferaba el cura en medio de la explanada durante la misa del domingo.

El pobre Medianoche nunca envidió a nadie, ni a los muertos ni a los vivos. Había envejecido sin conocer el aguijón de la envidia, pero he aquí que ese día de agosto el horizonte se pone a oscilar extrañamente por el balanceo

rojo y gualda de la bandera que ondea en el cuartel de Fuente del Fresno. El mundo pierde su solidez, los árboles se estiran como fumarolas, las paredes se deforman, el aire tiembla como después de una erupción volcánica. Medianoche entorna los ojos ante aquella licuefacción de la realidad, ahora diluvio, crecida torrencial, en la que todo lo que existe se desmorona, se disuelve, desaparece, es arramblado.

Arrambladas las humillaciones cotidianas cuando los hacían salir en fila para ir todos juntos a cagar a la zanja que hacía las veces de letrina y daba lo mismo si en ese momento no tenías ganas. Arramblado el camarada ametrallado por la espalda por el centinela porque se había acercado demasiado a la alambrada.

Arramblado el ardiente verano de 1939, en el que los más débiles morían asfixiados bajo el tejado de chapa de las barracas.

Arrambladas las palizas a las que los guardias se libraban para pasar el rato, para entretenerse porque no les gustaba la cara de alguien. ¿Y qué careto era el mejor indicado sino el del joven Medianoche, al que llamaban *babuino*? «¡Vamos, rojillo! ¡Que te vas a enterar de lo que es la República!»

Se divirtieron de lo lindo, le hicieron trizas la mandíbula con las botas, a patadas. El hueso se le soldó de través, lo que le fijó de por vida aquella mueca socarrona en el rostro.

Arramblados los pinchazos de la carne desgarrada.

Arramblado el terrible tormento del hambre.

¡Y el miedo!

Lo peor era la noche. La muerte llegaría de noche para exigir su parte. La reconocería por el ruido de la llave al abrir la puerta, tendría el semblante del guardián que se borraría para dejar entrar a los falangistas. Gritaría nombres: cuatro o cinco. Apellidos bonitos con sílabas sonoras, dos apellidos, la doble filiación del padre y de la madre, y el nombre del santo con el que fue bautizado una hermosa mañana el que iba a morir: *Florencio, Antonino, Amado, Santiago*.

Y, cuando saliera, habría más espacio en la barraca para que los

supervivientes pasaran la noche.

Eran las ‘sacas’, extracciones de presos de diversa naturaleza. No sólo estaban las ejecuciones de las sentencias de muerte, que pronunciaba legalmente el tribunal militar, lo que más se temía eran las irrupciones salvajes de los falangistas de los pueblos de alrededor que iban a buscar a tal o tal persona y la sacaban por su nombre, para ajustar cuentas. Y las cuentas se ajustaban rápido, con una bala en la cabeza en la puerta del campo. Historias sórdidas de vecindad.

Cincuenta desafortunados en la penumbra. Medianoche vuelve a ver, nimbado por el rayo de luz que se filtra por la ventanilla, la cara de Julio, al que llamaban *el Rubito*. El adolescente más guapo que ha visto en su vida.

La nieve ha llegado a los montes de La Serena, su resplandor ilumina toda fealdad, aureola todos los semblantes grises de los condenados. El guapo adolescente, de puntillas, con el cuello tendido, contempla los copos que se precipitan tan rápido, tan juntos, que parecen negros como mariposas nocturnas.

De perfil elegante, nariz recta y unos ojos celestes, toda aquella belleza se promete ahora a la muerte. Julio, quince años, el benjamín de los condenados a pena de muerte. Sólo tiene tres menos que él, pero un mundo los separa.

Y es que no sólo los separa la edad o la belleza, por mucho que, a su lado, la cabezota de Medianoche se vea todavía más desproporcionada y su mentón más prominente que nunca. No, se trata de otra cosa. Julio no tiene pinta de campesino, está claro que es hijo de buena familia, y Medianoche se pregunta qué habrá hecho para estar allí.

Julio no habla con nadie y permanece absorto mirando el cuadrado de cielo a través del ventanuco. Ante ese chiquillo silencioso que apoya la espalda en la pared con la mirada perdida, pero en la que nadie ha visto nunca el brillo de una lágrima, Medianoche se olvida de su suerte, se avergüenza del escalofrío que lo recorre cuando los guardias irrumpen brutalmente en el barracón.

Una noche llamaron a Julio. El chico se levantó sin pronunciar palabra. Medianoche no pudo volver a conciliar el sueño, pero sí oyó, menos de una hora más tarde, el ruido de la detonación en la noche gélida.

—Les han dado el golpe de la cuerda india —le chiva un compañero en la oscuridad.

—Viene del este, del lado de la Gamonita —añade otro.

El campo de concentración, al pie de una colina y separado del pueblo de Castuera, estaba delimitado por dos fosos, dos minas antiguas. Una de ellas, de memoria infausta, se llamaba *la Gamonita*. Durante el año entero en que el campo estuvo funcionando, lanzaban allí a los reclusos. ¡Vivos!

Colocaban a los presos en fila y los ataban fuertemente los unos a los otros por los tobillos, como ajos en ristre. Después, bastaba un empujón para hacer caer al primero en el agujero de la mina, y los demás lo seguían: la cuerda india. Para acabar, lanzaban una carga de dinamita en el foso y asunto resuelto.

¡Castuera! El campo del horror. El lugar más representativo de la represión. No se salía vivo de allí. De todas las prisiones que Medianoche conoció, ninguna fue como la de Castuera, un verdadero campo de exterminio. A pesar de todo, algunos presos consiguieron evadirse, sin zapatos, sin más esperanza que un balazo en la espalda. Lo que no les impedía fugarse. Andrés también lo habría intentado si hubiese estado encerrado allí. Como hizo en Miranda de Ebro con los Polacos, como en San Juan de Mozarrifar, de donde huyó antes de ser atrapado en pleno campo, pero contento de que no lo fusilaran en el acto.

Andrés sí, Medianoche no. Él nunca ha sido de los que se lanzan a las barricadas y a la aventura.

El viejo avanza, escoltado por su ejército de fantasmas, por su campo gris de vencidos, avanza con la mirada turbia hacia la bandera roja y gualda que se despliega por encima del cuartel de la ‘guardia civil’. Querría no verla, borrarla para siempre del cielo de España y de su memoria. Pero que lo desee con todas sus fuerzas no cambia nada. Para eso también es impotente. No tiene asidero al que agarrarse.

No puede hacer nada para que la bandera no esté ahí, delante de él, dándole en las narices con sus dos colores, a los que les falta el tercero: el morado de la República, el tono del cielo cuando cae la noche, la página malva donde las golondrinas escriben con trazos vibrantes, sus rúbricas orgullosas, sus estrofas a la libertad. Contra la dureza del mundo, contra la maldad de los hombres, él no puede hacer nada.

Sólo hay un policía de guardia detrás de la ventanilla. Éste escucha al viejo mientras se rasca la cabeza con un bolígrafo, con aire de aburrimiento. Son las dos, pronto le tocará el relevo y se irá a casa a comer y a echarse la siesta. El uniformado escribe la declaración en un teclado mugriento a una velocidad impresionante. Sus dedos van más rápido que las palabras en los labios del anciano. El policía no presta atención alguna al interlocutor, no se digna a levantar la vista de la pantalla, donde se inscribe la desaparición de *Ramón* para engrosar las estadísticas de sucesos de la provincia. Al cabo de un rato, levanta la cabeza para preguntar:

—¿Vive en Fuente del Fresno?

—Me hospedo en el Hostal de los cazadores.

—¿En casa de Robles? Muy bien; ¿cuánto tiempo piensa quedarse?

El viejo no responde. El nombre se le ha clavado como un dardo.

—¿Robles? ¿El dueño del hostal se llama *Robles*?

El policía piensa que el viejo está completamente senil. El cordón de la razón se deshilacha en el cerebro achacoso de ese carcamal. Y he aquí que, en vez de interesarse por el perro, el viejo se interesa por el dueño. De todas formas, no van a organizar una batida por la montaña ni a sondear el pantano por un chucho. Y, encima, el dueño ni siquiera es de allí. Ni es turista ni es cazador. Es un viejo desconocido, un obrero con gorra, un pobre.

—Tiene que saber que si el animal no ha vuelto por sus propias patas, hay muchas posibilidades de que se haya ahogado en el pantano —concluye el policía—. Todas las semanas encontramos cuerpos de animales que se han caído al agua y que el movimiento de las turbinas ha arrastrado al fondo. Tendremos que esperar dos o tres días.

El policía, con la conciencia limpia de policía, está en lo cierto. Lo que no significa que diga la verdad ni que sea la clarividencia personificada. ¡Qué va! No es más que un funcionario con el culo sudado y pegado a una silla de escay y con un puñado de pelos negros en las orejas.

A pesar de la barrera pilosa, el agente oye muy bien y transcribe todo lo que se le dice, pero, sobre todo, la verdad brota de sus labios como un oráculo. Pero, atención, sólo una parte de la verdad, ya que, efectivamente, existen muchas posibilidades de que el perro se haya ahogado en el pantano, como acaba de decirle.

Eso sería lo plausible y lo factible, pero también podría ocurrir que el perro se hubiera echado al monte detrás de las liebres, sin más. Y, en ese caso, aún estaría trotando a no ser que un conductor lo hubiera proyectado hacia un talud, donde su cadáver se estaría hinchando poco a poco, rodeado de moscas verdes. Pero ¿por qué no puede haber alguien que lo haya querido robar? Quizá se lo haya llevado un cazador y lo tenga secuestrado en el fondo

de un 'corral' en una granja aislada. No sería la primera vez que ocurre algo así. Hay quien no duda en robar animales. Simplemente. Como se secuestra un niño. Los hay que ni siquiera tienen el pretexto del vicio.

El viejo regresa al bar de la competencia. Se esfuerza en tragar una ración de patatas bravas regada con clarete. Piensa en la cara de Robles, pelirrojo, como los Robles de la calle alta de Montepalomas.

La única familia de pelirrojos en toda la región, rojos como el infierno, pero más religiosos que la muerte funesta y, encima, delatores de rojos. Como una revancha de generaciones de greñas de color pimiento. Ellos denunciaron a todos los ateos y los sindicalistas del municipio y, sobre todo, a los profanadores que se cagaron en las estatuas de los santos y mancillaron el vestido de la virgen.

«¡Yo no estaba allí! Estuve toda la tarde en la forja. Pregúntenselo al tío Mateo.» Los guardias civiles le dieron una buena somanta de palos. «¡Ah, claro! ¡El herrero! Ésa es tu coartada. ¡No nos hagas reír, mocoso! Ese maricón de comunista se ha ido a herrar los cascos del diablo al infierno. Lo fusilamos hace tres meses.»

Al tío Mateo lo denunciaron sus vecinos, los Robles, y lo ametrallaron contra la pared de la iglesia mientras Medianoche estuvo escondido en la tinada. Ocurrió la última semana de septiembre de 1938, un año de cosechas sangrientas.

Seguramente, el dueño del hostel era el hijo o el nieto del delator, una basura transgeneracional, más fuerte que los siglos y los desastres engullidos.

Con los cuatro dientes podridos que le quedan, el viejo mastica su rencor y sus patatas. Sí, el dueño del hostel puso mala cara cuando inscribió su

nombre en el registro. De pronto, el viejo se acuerda de la mirada mordaz que le lanzó cuando escribió la *C* de *Carabajal*. ¡Seguro que ha sido él! ¡Está convencido! Él le ha quitado el perro para hacerle pasar un mal rato, no tiene otra explicación. Por mucho que *Ramón* hubiera querido, jamás podría haber saltado por encima del portón.

Al día siguiente, el viejo va a Casa Tomás y se sienta a la misma mesa, y al día siguiente otra vez, y así toda la semana. Fuma y bebe más que come. La camarera le sirve los platos en silencio. A ese viejo extraño con cara de funeral parece que nada le guste. Pide balbuciendo con la boca torcida y la mirada perdida en el vacío. Después de cada comida, ahora toma aguardiente y pide, ¡hip!, otra ‘copita’. Se la bebe de un trago, echando la cabeza hacia atrás. No se amedrenta en beberse tres de un tirón, se limita a ordenar a la joven camarera que lo observa, con la botella de ‘orujo’ en la mano, un lacónico: «Échame».

No ha renunciado a dormir en el Hostal de los cazadores. Por nada del mundo. Si *Ramón* está vivo, regresará allí. Todas las noches recoge la llave de su habitación y se cruza con Robles, cuya mirada le produce arcadas, pero se contiene. Incluso le ha pagado al contado las cinco primeras noches, y cuando el dueño le pregunta que cuándo tiene intención de irse, Medianoche le responde: «Mañana, o pasado mañana, ¡qué más da!».

Por la mañana baja hasta el pantano, ahora se atreve a mirarlo de frente. El enemigo se ha camuflado debajo de ese barniz cegador. Toda la belleza del cielo y de la tierra. Medianoche camina bordeando la orilla arenosa e interrogando al agua de color turquesa, un color antaño desconocido por estas tierras calcinadas, sin ríos, que no sabían más que del hilo verdoso de un riachuelo o el agujero negro de un pozo.

Un azul como de piedra turquesa o de laguna de arrecife, un color como de isla de monos y chozas. El agua está salpicada de miríadas de estrellas que centellean formando un camino de luz hasta el centro más oscuro del embalse

bajo el que todavía despuntan un campanario y algunas casas sin tejado, bajo el que verdean las tumbas del cementerio repletas de huesos esponjosos y bajo el que se abre una pista de piedras aherrumbradas de sangre.

Medianoche pasa las horas del día y de la noche entre el hostel, el bar de Tomás y el pantano. Ya no sabe qué día es, ha perdido la cuenta. Deambula sin tiempo. Los senderos escarpados le han torcido el tobillo y le cuesta más caminar, se queda antes sin aliento, se le acelera el corazón, se le desboca en las cuestas. ¡Y las subidas abundan en esta región de cabras! El viejo ha entrado en un laberinto. Lo siente. Lo sabe. Su silueta renqueante se perfila al azar de las calles, cada vez más atrofiada, cada vez más quebrada, como si el reloj del tiempo hubiera enloquecido de repente.

Si se muriera, su hermana, su única familia, no se enteraría. Medianoche se da cuenta de que se ha olvidado de Nuria. Ésta ha debido de llegar a Aldeanueva, quizá lo espere unos días en casa de alguna vecina y, finalmente, se vaya furibunda. Sí, volverá a Sevilla prometiéndose no regresar nunca. Él ganará la partida y ella no lo perdonará.

¡Maldita sea! ¡Había borrado a Nuria de su mente por completo! Volverá a tomar el tren de alta velocidad que une Madrid y Sevilla en menos tiempo de lo que él tardó la víspera en devorar un bocadillo con sus dientes flojos. La chismosa regresará al barrio de Triana, a su inexistencia con perfume de manzanilla y jarabe expectorante. El viejo la echa de nuevo de su memoria como si espantara una mosca testaruda que le perfora los tímpanos.

Esa misma noche, el viejo espera también en el patio del hostel a que las estrellas se enciendan y a que la pena suba, irremediable, como un mar de fondo. Le da la sensación de que su alma se vacía en un remolino aterrador, el de las turbinas del pantano. Por la noche, los que quedan se reencuentran en ese abismo abierto y toman conciencia de que su vida estaba en esa otra, en esa presencia desaparecida que los ha matado, simplemente despegando su sombra de la de ellos.

El patio apesta a pulpo frito, el hedor entra por la puerta de la cocina, abierta de par en par. El viejo no huele a nada, hace tiempo que ha perdido el olfato. Tampoco oirá el alboroto que sube del comedor. Los comensales se entretendrán en aquella sala llena de humo, pimplando copas de aguardiente entre servilletas manchadas y restos de conejo en salsa dispersos en los platos.

A ninguno de ellos se le ocurrirá salir al patio, donde la brisa sólo agita las hojas perfumadas de la higuera. Prefieren, tantos como son, el aliento polar del aire acondicionado y la falsa alegría de la promiscuidad.

Medianoche ni advierte ni oye la presencia de los hombres. Ni siquiera nota la tibieza del reposabrazos de plástico de su silla. Tiene frío. Se estremece. La piel de los antebrazos se le eriza, el aire nocturno se ha convertido en agua fría. El viejo está sentado en una silla de plástico preformado, así es como se ve, con las piernas separadas y la cabeza gacha, él, el viejo, sentado, mientras se va a pique.

Su cuerpo cae con un ruido seco en el pantano. Emite un breve aullido y sus patas se agitan desesperadamente, esforzándose por mantenerse a flote, pero un torbellino helado lo arrastra. El viejo retuerce el cuello como si quisiera escapar a la ola y tiene la sensación de que la boca se le llena de ese veneno nocturno. El agua se le cuela por la nariz, le penetra por la cabeza hasta el cerebro. El viejo se ahoga. Le estallan los tímpanos, la sangre le golpea las sienes y fluye a los ojos hasta enrojecerle el cristalino. Sentado en una silla de plástico, con la camisa desabotonada sobre su torso lívido y la boca deformada por la pena, el hombre se ahoga con el perro.

Si los chiquillos de Fuente del Fresno vieran al viejo de la cara desfigurada bajar hacia el pantano con esos nuevos andares que le dislocan el esqueleto, con el espinazo roto, la nuca curvada y la cabeza desplazada a la altura de los hombros, se cagarían de miedo. Creerían estar viendo al viejo Juan de Noche, el ogro de los cuentos. Pero pasan de las doce y los niños duermen.

Una luna de mejillas redondas ha salido en el cielo estrellado y chapotea como en un estanque. El viejo camina por el claro de luna azulado hasta el pantano. Los juncos, agitados por el viento, murmuran, y el agua brilla, tan negra como el forro de satén de un ataúd, suave. Los olores de la noche flotan en capas invisibles donde el acre de la resina se mezcla con el perfume del heno y el verdor de las plantas acuáticas.

La naturaleza es cómplice, la noche se calla, lo deja actuar. «Medianoche, dirígete hacia donde el pasado te llama.» El silencio, como una capa que se levanta para dejar oír de vez en cuando el croar de las ranas. Con su canto ventrílocuo, ellas lo saben. Por esa maldad de la naturaleza que lo contiene todo, tanto el pasado como el futuro. Que lo sabe de antemano.

El campanario de Fuente del Fresno da la una, un solo tañido, suspendido, como si esperara un eco, y el viejo tiene la impresión de que una campana responde, amortiguada por miles de toneladas de agua.

Ya era hora. Ya era hora de que volviera.

Llega con sesenta años de retraso. En 1938 no sonó campana alguna cuando condenaron a muerte a Mediodía, su otra mitad, bautizado con el nombre de *Ramón*, que dejó de ser Ramón desde su más tierna infancia y que volvió a serlo al morir. Ramón Carabajal, pobre cuerpo atormentado, destrozado por la metralla.

El viejo cruza ahora el puente, iluminado por la luz pálida de las farolas, en dirección al cruce de la carretera comarcal donde un cartel indica: CASTILBLANCO: 12 KM. La carretera por la que llegó.

No hay más vida que ésta. Ni Paraíso ni Infierno. Sólo él, la montaña, el pantano y la noche. Y el vacío. Su cobardía. Ha vivido como un cobarde, pero la redención es posible. En sólo un segundo todo se puede compensar. Un instante, un destello y podrá reencontrarse con el otro, reencontrarse consigo mismo. El infinito está a un tiro de piedra.

En medio del puente, justo en el círculo de luz que le recuerda la mirilla de una atalaya, el viejo se queda paralizado y arroja su último cigarrillo al pantano. Sigue con la mirada la trayectoria del ascua, que vuela y muere en el

precipicio oscuro.

Podría... Le bastaría con subir al parapeto. Podría... Se limita a calarse la visera de la gorra que el viento del pantano amenaza con arrebatarse. Su cuerpo todavía pertenece a la vida, su cuerpo espantadizo se echa atrás, se detiene, da media vuelta, rechaza la llamada del vacío. Medianoche se pasa la lengua por los labios, saben a sal y a presa seca.

24

El canto de los pájaros nace antes que la luz. Éstos cubren el cielo, gorjean locamente, emiten gritos de vida, gritos de guerra. Silbidos y trinos. ¡Trinos! ¡Gorjeos! ¡*Pizzicatos* y melodías de locura! El *crescendo* aflautado de los ruseñores.

El día se levanta con el saludo límpido de las aves. Ya despunta por el este, oculto tras la montaña; enseguida bañará de un fluido lechoso el cuerpo del hombre que duerme vestido en la cama sin deshacer. Medianoche sólo se ha quitado los zapatos, los ha dejado en las baldosas de color sangre de toro, dos objetos amorfos recubiertos de una capa arenosa, como dos patatas recién arrancadas.

Siente un dolor punzante en la parte superior del muslo; el viejo se da la vuelta, quejumbroso, para recostarse del otro lado antes de despertarse del todo. La espiral de la libreta que lleva en el bolsillo se le ha clavado en la piel marchita.

Estaba ahí. Siempre ha estado ahí, la minúscula libreta cantante de doble voz que se ha nutrido de dos escrituras que el tiempo ha decolorado: la elegante, la afilada, la de astas y palos altos, y la torpe, la de redondeces temblorosas, la quebrada. Hace mucho tiempo que Medianoche no ha pasado las páginas cuadriculadas. No le hace falta. Le basta con saber que la lleva pegada a la piel, pegada al cuerpo.

La libreta canta. Cantan los sonetos de Góngora a través de la voz juvenil

de Andrés: ¡cabellos de mujer, labios, cuellos palpitantes, milagrosamente preservados, vivos! Cantan los tangos de antes de 1936, plagados de lluvia, de pena, de traición, de pebetas inolvidables, de viajeros sin destino. *Cambalache, Tiempo viejo, Mi china se fue*. Las melodías que se escuchaban en aquella época y que el joven Medianoche se aplicaba en transcribir al final del día con un lápiz no más largo que su dedo meñique pero que tenía que hacer durar.

El siglo veinte XX tararea sus lamentos en las hojas amarillentas de la libreta de un prisionero.

Las cárceles se han evaporado con sus carceleros. Muchas generaciones ya han poblado los nichos de las paredes de los cementerios, padres e hijos enterrados en esos cajones superpuestos, amigos o enemigos, condenados a la gran concordia del silencio. Como en el poema de Góngora, no queda nada, todo se fue «en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada». Nada, menos la libreta. ¡Y canta!

La muerte se llama *Nada*. ¡Nada! No hay nada que aprender sobre ella, ninguna lección que sacar, ni a los veinte ni a los ochenta años. La muerte no existe, pero el pensamiento de la muerte es una lepra que infecta la existencia. Que ulcera. Que perfora. Que mutila.

Medianoche ha resistido a la llamada engañosa del pantano. El salto a la eternidad, la tentación de lo trágico. Esa mentira. Medianoche se estremece de asco. Ahora que ha escapado al espejismo sabe, por fin, que agotada, debilitada, amenazada, reducida a un aliento imperceptible, sólo ella existe, sólo ella es verdad: la vida.

Lo sabe. Lo ve todo a plena luz, el pasado y el presente, como si fuera inmortal, como si tuviera mil años. Sabe que en el momento exacto en que lo apuntaron con un arma, Mediodía sonrió, de repente feliz de que Medianoche no hubiera ido. Y con el mentón levantado en un último desafío, aquella barbilla prominente del cabezota más revoltoso de la comarca le dijo a la

muerte: «¡Jódete! ¡Te crees que me tienes, hija de la gran puta, pero, no! No tendrás a tu hombre, sino sólo la mitad».

Un cuerpo joven idéntico al suyo se desplomó en la hierba pelada del campo y unos hombros parecidos a los suyos temblaron por última vez bajo la metralla. La camiseta interior de color índigo se tiñó de pronto de rojo para que Medianoche viviera y Mediodía sobreviviera en él.

El viejo se ata las botas con dificultad, después recoge sus cosas para meterlas en la bolsa de viaje. Debajo del lavabo encuentra el paquete de pienso del perro todavía lleno. Da un paso atrás, la bolsa se ha destripado y bulle de hormigas. La coge con repulsión y la tira a la basura junto con las colillas del cenicero.

El dueño del hostel se sorprende al verlo partir, sobre todo a esas horas tan tempranas y después del escándalo que montó cuando regresó en plena noche. ¡El abuelo debía de estar borracho como una cuba! Lo oyeron chocar contra las paredes del pasillo, más entonado que los cazadores después de una buena jornada. Menos mal que el viejo tarambana no tropezó en un escalón y no hubo que llevarlo al hospital de Cáceres.

El dueño del hostel entorna los ojos ribeteados de rojo sin hacerle preguntas. Curiosamente, en el frescor de la mañana, los rasgos de su cara parecen más dulces, como reblandecidos por el sueño. El tipo se ha cortado afeitándose y los papeles de liar cigarrillos pegados en los cortes le dan un aire cómico, como una gaviota peculiar con el mentón erizado de plumas blancas. Medianoche deja la llave en el mostrador y paga la cuenta de sus pernoctaciones.

—Espere —le dice el pelirrojo—, no se vaya.

Desaparece en el patio y vuelve enseguida con el bebedero en la mano.

—Se olvida de esto. Tome, le servirá para otro perro.

—No habrá otro.

Y se va. Deja tras de sí el bebedero de plástico, que se queda estúpidamente

plantado en el mostrador, entre platos decorativos de cerámica. ¡Que todo vaya a parar a la basura! El bebedero y el pienso infestado de hormigas.

Se va. La vida discurre por sus arterias viejas mientras baja la calle regada por el frescor matinal hasta el bar de Tomás. La vida. La vida que siente latir a cada paso, buena y dulce.

En la plaza, tres empleados municipales cantan un fandango alegre mientras pintan las farolas de un verde intenso, del color de la hierba húmeda del sotobosque, un verde penetrante como una ortiga. Un joven con una gorra y encaramado en una escalera desliza el pincel por la parte superior del poste haciendo un gesto sutil con la muñeca, mientras que un hombre y una mujer agachados pintan la base con pinceladas suaves y largas. Se devuelven la copla, se turnan, se replican. En un mismo vuelo, la mano y la canción.

¡Hay que ser un poco tonto para haberse colocado los tres en la misma farola! Si trabajaran de forma individual, avanzarían más rápido en su tarea, podrían separarse, pintar cada uno en silencio. Pero no, se han juntado como los pájaros en las ramas y cantan.

Los hombres se buscan, se olisquean como los animales, se unen, se casan con las mismas cantinelas, se aman.

El viejo piensa en Nuria y, de repente, le da miedo encontrarse con su casa vacía. Pero eso no pasará, ella estará allí. Lo verá avanzar por el polvo del camino. Lo habrá esperado todos estos días en casa de una vecina. Sabe que regresará. Lo está esperando.

Medianoche nunca tuvo tiempo de querer a la pobre Nuria, sólo tenía a Ramón, sólo ha tenido a Ramón. Pero Ramón ya no está.

Medianoche ya no quiere celebrar a los muertos, su cuerpo se ha decantado demasiado de su lado, imantado por su llamada. Con todo, he aquí que se endereza, echa los hombros hacia atrás y levanta la barbilla; querría andar recto, como ese patriarca de sombrero de fieltro que camina con paso marcial en su dirección, echando orgullosamente los pies hacia delante con las puntas

separadas. Tan gallardo como el nonagenario de un anuncio. Le gustaría parecerse a él, entonces, sí, Nuria lo reconocería.

—Necesito un taxi para ir a Castilblanco —dice el viejo a la camarera que está limpiando las sillas de la terraza.

Es nueva, tiene el pelo claro y la mirada inquieta, nunca la había visto. ¿Dónde estará la chica morena que tiene la misma sonrisa que Rosario? La desconocida le responde con un acento indefinible que va a preguntárselo al dueño.

El enorme Tomás se acerca y sus pasos hacen temblar el suelo.

—¿Un taxi? Ya lo ha encontrado, lo llevará mi hija. Es un servicio que sólo ofrezco a los clientes, pero que quede entre nosotros, ¿me entiende?

—Por supuesto.

—Mi hija, Aurora, lo llevará en mi coche —dice el dueño, bajando la voz—. Voy a buscarla, lo acercará a Castilblanco en quince minutos y a mitad de precio que un profesional.

El viejo sube a la furgoneta de Casa Tomás junto a la chica morena con la sonrisa de Rosario. Al ver sus brazos al volante, delgados pero firmes, piensa en la guapa miliciana conduciendo su camión cargado de tropas femeninas durante el asedio a Madrid. Nunca vio conducir a Rosario, excepto en las fotos que le hizo Andrés. Pero de pronto la vuelve a ver, está presente, viva, a su lado. Con su boca encarnada, charlatana, como si le hubieran dado cuerda. Su voz huele a frambuesa, es dulce y acidulada a la vez. «Sí, cada voz tiene un olor», piensa Medianoche. Y a él le gustaría que la suya oliera a madera seca de olivo.

La hija de Tomás estudia en Madrid y echa una mano en el bar durante las vacaciones. El resto del tiempo tiene contratada a una joven rumana. Exactamente, la que Medianoche ha visto esta mañana. «La vida no es un

camino de rosas para esa pobre gente. ¿No le parece? Lo dejan todo, dejan su mundo atrás, su idioma. ¡Y con qué velocidad aprenden español!» La joven rumana sólo ha tardado tres meses en hablar como una nativa. Bueno, casi. «Y, además, son muy trabajadores. ¡Y con mi padre ni le cuento! ¡Con él, los gandules no duran ni dos días!»

¿Incluso en los pueblos hay inmigrantes? El viejo pensaba que ése era un privilegio de las grandes ciudades. «¡Ya lo creo! Familias enteras han venido de Europa del Este o de Sudamérica atraídas por el *boom* de la construcción. Parece que le haga gracia, señor, que no se lo crea. Ahora me dirá que no son las grúas las que desfiguran el cielo del pueblo; pues no se equivoque. Aquí también se construye, se repara, se rehabilita y se necesitan brazos, vengan de donde vengan. España se ha convertido en un país de inmigración. ¡Cuando pienso en mis tíos, que emigraron en los años sesenta a Francia o a Argentina para no morir de hambre en su tierra...! Es increíble, ¿verdad?»

«Pues sí, el mundo al revés —piensa el viejo—. Como en los sueños.»

El coche entra en el puente de la presa. Fuente del Fresno se queda aferrado a la falda de la colina con sus inmigrantes rumanos y sus antiguos fascistas, con sus chiquillos de atávicas orejas de soplillo, con su Hostal de los cazadores y su dueño sospechoso.

Las montañas vibran suavemente con la luz de la mañana y forman círculos verdes en el agua. En el embalse se refleja el bosque como en un espejo. Aurora baja la ventanilla. «¡Respire el olor a eucaliptus! Con este aroma llenamos los pulmones de vida silvestre. ¡Si supiera cuánto lo echo de menos en mi habitación de Madrid! ¡No hay nada más bonito que este paisaje!»

La inocente no sabe que tiene justo la misma edad que ese paisaje, que el rostro de su tierra natal no es más que una máscara impuesta por la historia, que los eucaliptus vienen de Australia y que esos pinos tan altos son especies comunes de litoral.

El panorama la pone lírica, como si la obligara a hacer cumplidos. Y he aquí que la chica prosigue con su runrún alegre de guía turística. «Esta comarca, llamada *La pequeña Siberia*, es una reserva natural. Pueden verse unas especies increíbles de pájaros. ¡Oh! Para mí este pantano es como un lago encantado, sobre todo cuando me enteré de que dentro hay un pueblo sumergido. Un año de gran sequía, creo que fue en 1990, yo aún era pequeña, el nivel de las aguas bajó tanto que se podía ver sobresalir la cruz del campanario.»

Medianoche apenas la escucha. Él sólo conoce el otro lado del espejo. Bajo las aguas están las imágenes. Está la Magdalena penitente que se sacaba en Semana Santa, la pecadora arrodillada, con los brazos cubiertos de paños bordados por las muchachas núbiles. Está la luna llena que iluminaba la procesión del silencio de un Viernes Santo glacial, mientras los niños tiritaban ante los nazarenos encapuchados. Hay una columna romana en la esquina de la calle Cantarranas y la calle del Lagar llamada *el Encuentro*, porque allí era donde la procesión de los hombres y la de las mujeres se cruzaban el Domingo de Resurrección y la imagen de la Virgen se unía a la de Cristo como si se celebrara una boda pagana. Está la forja del tío Mateo, con su yunque, del que brotaban constelaciones. Está, debajo del manto de la chimenea, el banco de piedra donde se acurrucaba la abuela para calentarse los pies. Están, en una cesta de mimbre, las muñecas de trapo de la pequeña Nuria, unas muñecas blandas con trenzas de lana y una sonrisa temblorosa trazada con una punta de carbón. Ella las llamaba sus *monas de trapo*; en realidad, unos bonitos esperpentos que los demoníacos gemelos lanzaron al fuego para divertirse, para ver las muecas que ponían las monas en las llamas, parecidas a las que hizo la hermanita cuando descubrió el crimen. Bajo las aguas yacen las imágenes y también un perro sin pedigrí.

Un rabilargo azul recorta el cielo hasta la frondosidad de los alcornoques. El coche ya ha salido del pinar. Ahora el paisaje es campo, los pastos de suelo

esquistoso extienden hasta el infinito sus encinas solitarias de follaje de bronce y ondulan exhalando un olor a jara tan embriagador como el de la goma arábica. Edénicos matorrales chorreantes de resina, como una compañera de miseria, que sólo agarra donde nada crece.

Castilblanco aparece por encima de una falla de la vieja meseta. Del castillo blanco no queda ni rastro, sólo un pueblo de 'mala muerte'. Un cruce. Dos carreteras nacionales que dibujan una cruz fatídica cuyos brazos conectan Castilla y Andalucía, Extremadura y Portugal. Un pueblucho de mala fama, una tierra de salvajes que ha pasado a la historia porque durante la huelga de 1931 sus habitantes lincharon a unos guardias civiles.

¿Y aquí quién lo sabe? ¿Quién quiere saberlo? La joven Aurora seguro que no.

El pan de este pueblo tiene mucha fama, declara la joven conductora. Hay dos panaderos que amasan todavía a la antigua, dominan el arte de hacer pan, la memoria del gesto que se ha conservado como un tesoro.

A los cuatro guardias civiles que enviaron para reprimir la huelga de los jornaleros los mataron con sus propias manos. Obreros que sólo contaban con sus brazos para trabajar, hombres máquina, buenos braceros para desbrozar la tierra y segar el trigo. La cohorte famélica avanzó hacia los hombres armados. El sol se reflejaba en sus tricornios de piel charolados como en una chapa de hojalata. La muerte brillaba por encima de sus cabezas. Nadie reconoció su deslumbramiento hasta que el capitán disparó.

Un hombre se desploma en la calle del Calvario, un campesino del que nadie recordará el nombre y que sólo existió en la fracción de segundo en el que una bala le atravesó el corazón. Entonces, se convirtió en el huelguista fusilado, y todas las Erinias desenfrenadas, fustigadas por la sangre brillante derramada en la arena, se abalanzaron sobre los guardias en una implacable zarabanda de muerte.

Estrangulamientos, barrigas reventadas, cabezas destrozadas a pedradas.

Un pan famoso, denso y redondo, el pan de los viejos tiempos con la

corteza tan lisa que parece de cera.

Dos mujeres bailaron por encima de los cadáveres después de haber desollado los cuerpos. Con las uñas, con sus uñas negras de tierra, les arrancaron las orejas, les desgarraron los labios, les sacaron los ojos...

De una miga firme como la carne.

La sangre de los guardias civiles contra la del huelguista fusilado. Porque matar cerdos sí que sabían. Dos o tres para mantener a la bestia. A hachazos a través del uniforme. ¡A brazo partido, que brote la sangre! ¡La sangre! «Porque les gusta el olor», decía Andrés.

Un pan embebido en sangre. Que se mastica con lentitud para que el insípido sabor a humanidad perdure más en la boca.

No encontraron a los culpables. Cuando la justicia preguntó los nombres, la respuesta fue invariablemente «‘todo el pueblo’», como en *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega. ‘El pueblo entero’, que, al igual que en la obra, cuatro siglos antes, bailó al son de las panderetas sobre los cadáveres del poder feudal.

«El mejor pan de la comarca», asegura Aurora. Comprará unos cuantos para el restaurante, así el viaje le resultará doblemente útil.

El pasajero no ha sido muy locuaz, pero Aurora ya se había acostumbrado a aquel anciano después de haberle servido la cena durante cinco días. Cree conocer a los de su especie: medio sordos y medio mudos.

—El autobús a Talavera para en la plaza del ayuntamiento. Sale uno a las diez, sólo tendrá que esperar media hora. ¿Va a visitar a la familia?

—Ya no me queda. Están todos muertos o desaparecidos.

—Pero ¿acaso no es lo mismo?

—¡Qué va! Los muertos se han ido en paz, los desaparecidos, no.

Medianoche se da cuenta de que Aurora no lo entiende. Ya ha hablado demasiado y sería incapaz de explicar el enorme vacío que ha dejado un único nombre: *Ramón*.

—Así que, ¿ya no le queda nadie?

—Sí, sí. Mi hermana. Me está esperando.

—Entonces, la querrá mucho.

El viejo mira a la tierna Aurora que tiene la gracia de una joven miliciana del 36 y le sonrío con su boca desgarrada.

Su corazón se abre y sonrío.

Agradecimientos

Podría dar las gracias a ese anciano anónimo, un auténtico desconocido, que durante años vi deambular con su perro y que me inspiró para crear el personaje de Medianoche, pero ha desaparecido misteriosamente. Una vez escrito el libro, jamás volví a ver al extraño anciano de la cara torcida. Tal vez murió para convertirse en un personaje de ficción. Él no lo sabe, pero es el origen de este libro.

La segunda persona sin la que *Mil años después de la guerra* no podría haber visto la luz es Caroline Laurent, mi editora. Le agradezco su apoyo inquebrantable en todas las etapas del largo recorrido de esta novela. Caroline, perfectamente afinada con lo que escribo, sabe hacer que los libros canten porque ella tiene la música.

Nota

[1] En español en el original. En adelante usaremos las comillas simples para indicar las numerosas palabras y frases en español que salpican el texto original en francés a lo largo de todo el libro. (*N. de la E.*)

Mil años después de la guerra

Carine Fernandez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Mille ans après al guerre*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la portada, Planet News Archive - Getty Images

© fotografía de la autora, p. Jacob

© ESCALES Domaine Français, 2017

© por la traducción, Rosa Martínez-Alfaro, 2018

Canciones del interior: © Las bodas de Figaro, 2013 Piros Comercial Digital, creada por Wolfgang A. Mozart e interpretada por la Orquesta Lírica de Barcelona & José María Damunt.

© Espasa Libros, S. L. U., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

ISBN: 978-84-670-5190-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!





Carine Fernandez

Mil años después de la guerra

Dos hermanos, dos caras
de una misma historia




ESPASA